

NOVENTA Y TRES.

TOMO PRIMERO.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

VICTOR HUGO

NOVENTA Y TRES

NOVELA HISTÓRICA , ORIGINAL

TRADUCIDA

POR D. N. FERNANDEZ CUESTA.

PRIMERA NARRACION.—LA GUERRA CIVIL.

TOMO I.

SEGUNDA EDICION.

MADRID

GASPAR Y ROIG, EDITORES.

CALLE DEL PRÍNCIPE NÚM. 4.

—
1874.



ADVERTENCIA.

Los editores Gaspar y Roig han adquirido el derecho exclusivo para publicar esta obra en idioma castellano en Francia, España y sus posesiones ultramarinas, por lo que se perseguirá á cualquiera que infrinja las leyes de propiedad literaria vigentes en la materia.

LIBRO PRIMERO.

EL BOSQUE DE LA SAUDRAIE.

PRIMERA PARTE.

EN EL MAR.

EL BOSQUE DE LA SAUDRAIE.

En los últimos días de mayo de 1793, uno de los batallones parisienses enviados á Bretaña por Santerre, registraba el temeroso bosque de la Saudraie en Astillé. Componiase el batallon de unos trescientos hombres, porque habia sido diezmado en aquella ruda guerra. Era la época en que, despues de los combates de Argonne, Jemmapes y

Valmy, del primer batallon de París, que tenia seiscientos voluntarios, quedaban solo veintisiete hombres, del segundo veintitres y del tercero cincuenta y siete. Tiempo de luchas épicas.

Los batallones enviados de París á la Vendée constaban de nuevecientos doce hombres. Cada batallon llevaba tres piezas de artillería, y habian sido organizados rápidamente. El 25 de abril, siendo Gohier ministro de Justicia y Bouchotte de la Guerra, la seccion del Bon-Conseil habia propuesto enviar batallones de voluntarios á la Vendée; Lubin, individuo de la municipalidad, habia presentado su dictámen sobre este punto; y el 1.º de mayo Santerre estaba en disposicion de enviar doce mil soldados, treinta piezas de campaña y un batallon de artilleros. Estos batallones, organizados con tanta presteza, lo fueron sin embargo tambien, que sirven hoy de modelos, y con arreglo á su organizacion se han formado las compañías de línea, no habiéndose cambiado mas que la antigua proporcion entre el número de soldados y el de sargentos y cabos.

El 28 de abril el municipio de París habia dado á los voluntarios de Sauterre esta consigna: *nada de perdon, nada de cuartel*. A fines de mayo

de los doce mil hombres que habian salido de París, ochomil habian muerto.

El batallon que habia entrado en el bosque de la Saudraie marchaba con grande precaucion. No se apresuraba, miraba al mismo tiempo á derecha é izquierda, delante y detrás de sí; Bléber ha dicho, el soldado tiene un ojo en la espalda. Hacía largo tiempo que caminaba. ¿Qué hora podría ser?, ¿en qué momento del dia estaba? Hubiera sido difícil decirlo, porque hay siempre una especie de crepúsculo en tan silvestres espesuras y no hace nunca dia claro en tales bosques.

El de la Saudraie tenia recuerdos trágicos: en él fue donde la guerra civil, desde el mes de noviembre de 1792 habia comenzado sus crímenes. Mosqueton, el cojo feroz, habia salido de aquellas espesuras funestas; y el número de asesinatos en ellas cometidos hacia erizar los cabellos. Sitio de los mas espantosos, los soldados penetraban en él con gran cautela. Todo estaba lleno de flores; alrededor se veia una trémula muralla de ramas, por donde penetraba la deliciosa frescura de las hojas; rayos de sol agujereaban acá y allá las verdes tinieblas; en tierra, la correhuela, el junco de los pantanos, el narciso de los prados,

la margarita, florecilla que anuncia la primavera, bordaban y festoneaban una tupida alfombra de vegetación, en la cual hormigueaban todas las formas del musgo, desde la que parece una oruga, hasta la que semeja una estrella. Los soldados se adelantaban paso á paso en silencio apartando suavemente la maleza. Los pajarillos gorgeaban por cima de las bayonetas.

La Saudraie era uno de esos matorrales donde antiguamente, en tiempos tranquilos, se hacia la caza de pájaros durante la noche. Pero á la sazón allí se cazaban hombres.

La espesura se componia toda de abedules, hayas y encinas; el suelo era llano, y el musgo y la yerba espesa amortiguaban el ruido de los pasos; ningun sendero, ó senderos que se perdian al momento; robles, citrinos, maleza, zarzas por todas partes; imposibilidad de ver á un hombre á diez pasos.

De cuando en cuando pasaba entre el ramaje una ardilla, ó bien una gallineta de agua indicaba la proximidad del pantano.

Los soldados caminaban á la ventura, con inquietud y como temiendo hallar lo que buscaban.

A veces encontraban señales de campamentos, sitios quemados, yerbas holladas, palos en cruz, ramas ensangrentadas. Aquí se había hecho el rancho; allí se había dicho la misa; mas allá se había curado á los heridos. Pero los que habían pasado por aquellos sitios no estaban ya en ellos. ¿Dónde habían ido? Muy lejos tal vez: acaso, sin embargo, estaban cerca, ocultos, con el trabuco en la mano. El bosque parecía desierto; el batallón redoblaba su prudencia; la soledad le inspiraba desconfianza: el no verse á nadie, era una razón mas para temer que hubiese alguno; el bosque tenía mala fama, y una emboscada era lo mas probable.

Treinta granaderos, destacados como exploradores y mandados por un sargento, marchaban delante, á gran distancia del grueso de la fuerza. La cantinera del batallón les acompañaba. Las cantineras se ponen de muy buen grado en la vanguardia; allí se corren peligros, pero se vá á ver alguna cosa; y la curiosidad es una de las formas del valor femenino. De repente los soldados del pequeño destacamento de vanguardia experimentaron aquella sensación, conocida de los cazadores, que indica la proximidad de la caza. Se

habia oido como una especie de respiracion en el centro de una espesura, y parecia que se acababa de ver un movimiento de oscilacion en las hojas. Los soldados se hicieron señales de atencion.

En la especie de espionaje confiado á los exploradores, los jefes no necesitan mezclarse; lo que debe hacerse se hace por sí mismo.

En menos de un minuto el punto en que se habia visto y sentido el movimiento, fue cercado: un círculo de fusiles apuntados le rodeó; de todas partes á la vez se inclinaron las bocas de fuego hácia el centro oscuro de la maleza, y los soldados, el dedo en el gatillo, la vista sobre el sitio sospechoso, no esperaban para fusilarlo mas que la voz de mando del sargento.

Entre tanto la cantinera se habia aventurado á mirar al través de las zarzas, y en el instante en que el sargento iba á gritar: ¡fuego!, ella gritó: ¡alto.!

Despues, volviéndose hácia los soldados, exclamó:

—No tireis, compañeros,

Y se precipitó en la espesura seguida de los demás.

Habia allí, en efecto, alguien.

En lo mas intrincado del matorral, junto á una de esas pequeñas esplanadas que hacen en los bosques los hornos de carbon quemando las raices de los árboles; en un agujero formado por las ramas, especie de cueva de follaje entreabierto como una alcoba, una mujer estaba sentada sobre el musgo dando el pecho á un niño y teniendo en sus rodillas las dos cabezas rubias de otros dos niños dormidos.

Aquello era la emboscada.

—¿Qué haceis aquí vosotros? gritó la cantinera.

La mujer levantó la cabeza.

La cantinera dijo furiosa:

—¡Estais loca para permanecer ahí.

Y añadió:

—Un minuto mas y todos erais muertos.

Y dirigiéndose á los soldados dijo:

—Es una mujer.

—Par diez, ya lo vemos, dijo un granadero.

La cantinera prosiguió:

—¡Venir al bosque á que la fusilen!

—¿Se ha visto una idea mas bestial?

La mujer, estupefacta, petrificada, miraba en derredor de sí, como al través del velo de un en-

sueño, aquellos fusiles, aquellos sables, aquellas bayonetas y aquellas caras feroces.

Los dos niños se despertaron y echaron á llorar.

—Tengo hambre, dijo uno.

—Tengo miedo, dijo el otro.

El mas pequeño continuaba mamando; la cantinera le dirigió la palabra diciendo:

—Tu eres quien tiene razon.

La madre estaba muda de espanto; el sargento exclamó:

—No tengais miedo, somos del batallon del gorro colorado.

La mujer tembló desde la cabeza hasta los pies. Miró al sargento, en cuyo duro semblante no se veian mas que las cejas, las pestañas, los bigotes, y dos brasas que eran los dos ojos.

—El batallon de la antigua cruz roja, añadió la cantinera.

El sargento continuó:

—¿Quién eres tú?

La mujer le contemplaba petrificada. Era delgada, jóven y pálida; estaba vestida de harapos; tenia el grueso capuchon de las labradoras bretonas y la manta de lana sujeta al cuello con un bra-

mante. Dejaba ver su seno desnudo con una indiferencia de nodriza; y sus pies, sin medias ni zapatos, chorreaban sangre.

—Es una pobre, dijo el sargento.

La cantinera añadió con su voz soldadesca y femenil, entre agria y dulce:

—¿Cómo te llamas?

La mujer murmuró tartamudeando casi indistintamente:

—Micaela Flechard.

La cantinera entre tanto acariciaba con su gruesa mano la cabecita del niño de pecho.

—¿Cuánto tiempo tiene este muñeco? preguntó.

La madre no comprendió. La cantinera insistió.

—Te pregunto la edad de esto.

—¡Ah! dijo la madre, diez y ocho meses.

—Ya es viejo, dijo la cantinera. Ya no debe mamar mas; será preciso destetarlo: le daremos rancho.

La madre comenzaba á tranquilizarse. Los dos niños que se habian despertado se mostraban mas curiosos que asustados. Admiraban los plumeros de la tropa.

—¡Ah! dijo la madre, tienen mucha hambre, y añadió:

—Ya no tengo leche.

—Se les dará de comer, dijo el sargento, y á tí tambien. Pero vamos á otra cosa. ¿Cuáles son tus opiniones políticas?

La mujer miró al sargento y no comprendió.

—¿Entiendes mi pregunta?

La mujer balbuceó:

—Entré en un convento muy jóven; pero despues me salí, y no soy religiosa; las madres me enseñaron á hablar francés. Mi aldea ha sido incendiada, y nos hemos venido con tanta ligereza, que no he podido ni aun ponerme los zapatos.

—Te pregunto cuáles son tus opiniones políticas.

—No entiendo de eso.

El sargento prosiguió:—Es que hay espías, y á los espías se les fusila. Vamos, habla; tú no pareces gitana: ¿cuál es tu patria?

Ella continuó mirándole sin comprender; el sargento repitió:

—¿Cuál es tu patria?

—No sé, dijo ella.

—¿Cómo! ¿No sabes de qué país eres?

—¿Ah! mi país, sí.

—Y bien, ¿de qué país eres?

La mujer respondió: de la alquería de Siscoignard en la parroquia de Azé.

El sargento á su vez se quedó estupefacto. Después de pensar un momento, añadió:

—¿De dónde has dicho?

—De Siscoignard.

—Esa no es una patria.

—Es mi país.

Y la mujer después de un instante de reflexión, añadió:

—Comprendo: vos sois de Francia y yo soy de Bretaña.

—¿Y qué?

—Que no es el mismo país.

—Pero es la misma patria, gritó el sargento.

La mujer se limitó á responder:

—Yo soy de Siscoignard.

—Vaya por Siscoignard, repuso el sargento. ¿Es de allí tu familia?

—Sí.

—¿Qué hace?

—Toda ha muerto. No tengo ya á nadie.

El sargento, que era un poco preguntón, continuó el interrogatorio.

—¡Qué diablo! Parientes siempre hay ó hubo. ¿Quién eres tú? Habla.

La mujer escuchó aturdida aquel *hay ó hubo* que parecia mas un grito de fiera que palabra humana.

La cantinera comprendió la necesidad de intervenir. Volvió á acariciar al niño que mamaba, y dió un golpecito en la mejilla á los otros.

—¿Cómo se llama la mamona? preguntó; porque veo que es una niña.

La madre respondió: Georgina.

—¿Y el mayor? porque es un hombre este tudentuelo.

—Renato Juan.

—¿Y el menor? porque tambien es un hombre, y bastante mofletudo.

—Alan, dijo la madre.

—Son guapos estos niños, dijo la cantinera, y ya se dan aires de personas.

El sargento volvió á insistir:

—Habla, pues. ¿Tienes casa?

—Tenia una.

—¿Dónde?

-
- En Azé.
- ¿Por qué no estás en tu casa?
- Porque la han quemado.
- ¿Quién?
- No lo sé. Ha habido una batalla.
- ¿De dónde vienes?
- De allí.
- ¿A dónde vas?
- No lo sé.
- Vamos al caso. ¿Quién eres?
- No lo sé.
- ¿No sabes quién eres?
- Somos fugitivos.
- ¿De qué partido eres tú?
- No lo sé.
- ¿Eres de los azules ó de los blancos? ¿Con quién estas tú?
- Estoy con mis hijos.
- Hubo una pausa, la cantinera dijo:
- Yo no he tenido hijos ni tiempo para tal cosa.
- El sargento prosiguió:
- ¿Pero y tus padres? Vamos, ponme al corriente de lo que son tus padres. Yo me llamo Radoub; soy sargento; soy de la calle de Cherché-Midi, y de allí eran también mi padre y mi madre. Hable-

mos ahora de los tuyos: ¿quienes eran tus padres?

—Eran los Flechard y nada mas.

—Sí, los Flechard son los Flechard, como los Radoub son los Radoub. Pero cada cual tiene una profesion ó un oficio. ¿Cuál era el de tus padres? ¿qué hacian ó qué hacen? ¿qué flechardeaban esos Flechard?

—Eran labradores. Mi padre estaba enfermo y no podia trabajar, á causa de los palos que el señor, nuestro señor, le habia mandado dar: lo cual era una bondad en el señor, porque mi padre habia cogido un conejo y estaba condenado á muerte por este hecho; pero el señor le perdonó la vida y dijo: dadle solamente cien palos; y mi padre quedó estropeado.

—¿Y qué mas?

—Mi abuelo era hugonote, y el señor cura le hizo enviar á galeras. Yo era muy pequeña.

—¿Qué mas?

—El padre de mi marido hacia el contrabando de sal, y el rey le mandó ahorcar.

—Y tu marido ¿qué es lo que hace?

—En estos dias combatia.

—¿Por quién?

—Por el rey.

—¿Y qué mas?

—Toma, por su señor.

—¿Y qué mas?

—Toma, por el señor cura.

—¡Voto al diablo! ¡cuánta barbaridad! gritó un granadero.

La mujer se sobresaltó y empezó á temblar.

—Ya ves, somos de París, dijo sonriéndose la cantinera.

La mujer cruzó las manos y exclamó:

—¡Oh, Dios mio, señor Jesús!

—Nada de supersticiones, gritó el sargento.

La cantinera se sentó al lado de la mujer, y atrajo á sus rodillas al mayor de los niños, que se dejó sentar en ellas. Los niños se tranquilizan con la misma facilidad que se espantan, sin que se sepa por qué; tal vez tienen movimientos interiores que les impulsan á una ú otra cosa.

—Buena mujer, dijo la cantinera; son muy monos estos chicos; ya adivino su edad. El mayor tiene cuatro años y su hermano tres; esta mamona traga famosamente. ¡Ah, mónstruo! ¡te vas á comer á tu madre? Vamos, buena mujer, no temas nada; tu deberias entrar en el batallon; serias como yo; yo me llamo la Húsar; es un mote, pero

prefiero llamarme la Húsar á que me llamen la señorita Bicorneau, como mi madre. Soy la cantinera, como quien dice la que da de beber cuando los hombres se ametrallan y se asesinan: el diablo y su cola. Tenemos tú y yo sobre poco mas ó menos el mismo pie; te daré zapatos míos. Yo estaba en París el 10 de agosto, y he dado de beber á Westermann. Todo ha ido bien. He visto cortar la cabeza á Luis XVI, á Luis Capeto que le llaman. No queria: ¡diablo! ¡Y decir que el 13 de enero hacia cocer castañas y se reia con su familia! Cuando le echaron por fuerza sobre la báscula, como la llaman, no tenia ni casaca ni zapatos: estaba en mangas de camisa con una chupa de piqué, unos calzones de paño gris y medias de seda grises. Yo he visto todo eso. El coche donde le llevaron estaba pintado de verde. Conque, vente con nosotros; hay buenos muchachos en el batallon; serás la cantinera número dos, y yo te enseñaré el oficio. ¡Oh! es muy sencillo; no hay mas que tener la cubeta y la campanilla y se va una donde hay ruido, donde se hace fuego por peloton, donde se tiran cañonazos, gritando: ¿Quién quiere beber un trago, muchachos? A eso se reduce todo. Yo doy de beber á todo el mundo: á los blancos como á los

azules , aunque por mi parte soy azul y aun muy buena azul. Pero doy de beber á todos. Los heridos siempre tienen sed y se mueren sin distincion de opiniones. Los que mueren , ya para lo poco que les falta , deberian estrecharse la mano. ¡Qué estúpido es combatir! Ven con nosotros. Si me matan tendrás mi herencia. Ya ves , mi aspecto no es bueno , pero en el carácter lo soy y tan valiente como un hombre. No temas nada.

Cuando la cantinera cesó de hablar , la mujer murmuró :

—Nuestra vecina se llamaba María Juana y nuestra criada se llamaba María Claudia.

Durante esta conversacion el sargento Radoub amonestaba al granadero.

—Callate , has dado miedo á esa mujer. No se jura delante de las señoras.

—Es que , mi sargento , no me puede caber en la cabeza , ni cabe en la de un hombre honrado , replicó el granadero , el que haya unos iroqueses de la China como estos , que despues de haber tenido á su suegro estropeado por el señor , á su abuelo en galeras á causa del cura , y á su padre ahorcado por el rey , vengan á batirse y á sublevarse y á hacerse descuartizar por el señor , por el cura y por el rey.

El sargento gritó:

—Silencio en las filas.

—Ya me callo, sargento, dijo el granadero, pero eso no impide pensar que es lástima que una linda jóven como esa se esponga á que le rompan el cráneo por mor de un solideo.

—Granadero, dijo el sargento, aquí no estamos en el club de la seccion de las Picas. Basta de elocuencia.

Y volviéndose hacia la mujer, añadió:

—Y tu marido ¿qué hace? ¿qué ha sido de él?

—No hace nada, porque le han muerto.

—¿Donde?

—En el seto.

—¿Cuándo?

—Hace tres dias.

—¿Y quien le ha muerto?

—No lo sé.

—¿Como! ¿no sabes quien há matado á tu marido?

—No.

—¿Era un azul ó un blanco?

—Ha sido un tiro.

—¿Y hace tres dias?

—Sí.

—¿Hacia qué parte?

—Hacia Ernée. Mi marido cayó y nada mas.

—Y desde que ha muerto tu marido ¿qué haces tú?

—Llevar mis niños.

—¿A donde los llevas?

—Conmigo.

—¿Dónde duermes?

—En el suelo.

—¿Que comes?

—Nada.

El sargento estiró los labios hasta tocar con los bigotes en las narices.

—¿Nada? exclamó.

—Endrinas, zarzamoras de las que han quedado el año pasado y hojitas tiernas de helecho.

—Es decir, tanto como nada.

El mayor de los niños que parecia entender la conversacion dijo:

—Tengo hambre.

El sargento sacó de su morral un pedazo de pan de municion y le ofreció á la madre; esta partió el pan en dos porciones y las dió á los niños que se las comieron ávidamente.

—No ha dejado nada para ella, murmuró el sargento.

—Consiste en que no tiene hambre dijo un soldado.

—Consiste en que es madre, replicó el sargento: los niños interrumpieron este diálogo.

—Agua, dijo uno; agua repitió el otro.

—¿No hay ningun arroyo en este bosque del diablo? preguntó el sargento.

La cantinera tomó el vaso de cobre que pendia de su cintura al lado de la campanilla; dió vuelta al grifo del cubeto que llevaba suspenso de la banderola, vertió algunas gotas en el vaso y le acercó á los labios de los niños. El primero bebió é hizo un gesto, el segundo bebio y escupió.

—Pues sin embargo es bueno, dijo la cantinera.

—¿Es peñascaró? preguntó el sargento.

—Sí y del mejor, pero esta gente no lo entiende. Y enjugó su vaso.

El sargento repuso.

—¿Y segun eso tú huyes?

—Es preciso.

—¿Corriendo á través como perseguida?

—Sí, corro con todas mis fuerzas, despues ando, y luego caigo.

—¡Pobre infeliz! dijo la cantinera.

—Por todas partes hay batallas, balbuceó la mujer; estoy rodeada de tiros, no sé lo que unos ni otros quieren. Lo único que he podido comprender es que han muerto á mi marido.

El sargento dió un golpe en tierra con la culata del fusil gritando:

—¡Diablo de guerra! ¡que bestialidad!

—La noche pasada nos hemos acostado en el hueco de un árbol,

—¿Los cuatro?

—Los cuatro.

—¿Acostado?

—Sí.

—Es decir, añadió el sargento que os habeis acostado de pie.

Y se volvió hácia los soldados diciendo:

—Camaradas, estos salvajes llaman acostarse á meterse en el tronco de un gran árbol viejo como en una vaina. ¿Qué quereis? No todos están obligados á ser de París.

—¡Acostarse en el hueco de un árbol, dijo la cantinera y con tres niños!

—Y cuando los niños lloraban, dijo el sargento, seria gran cosa para los transeuntes oír á un árbol gritar: ¡papá! ¡mamá!

—Por fortuna, estamos en verano, dijo suspirando la madre y bajó resignada los ojos, en los cuales se leía el estupor de las catástrofes.

Los soldados silenciosos formaban círculo en derredor de aquel cuadro de miseria.

Una viuda, tres huérfanos, la fuga, el abandono, la soledad, la guerra resonando todo al rededor del horizonte, el hambre, la sed, por único alimento la yerba, por única techumbre el cielo.

El sargento se acercó á la mujer y fijó su vista en la niña que mamaba.

La niña dejó el seno de la madre, volvió suavemente la cabeza, dirigió sus hermosos ojos azules á la espantosa faz velluda, erizada y leonada, que se inclinaba sobre ella y se puso á sonreír.

El sargento se enderezó y una gruesa lagrима rodó por su mejilla deteniéndose en el extremo del bigote como una perla.

Poco despues levantó la voz diciendo:

—Camaradas, de todo esto deduzco yo que el batallon va á ser padre. ¿Está dicho? Adoptamos á estos tres niños.

—¡Viva la república! gritaron los granaderos.

—Está dicho, añadió el sargento.

Y estendió las dos manos por cima de la madre y de los niños.

—Aquí teneis, dijo, los hijos del batallon del gorro colorado. La cantinera dió un salto de gozo.

—¡Tres cabezas en un gorro! gritó.

—Despues echó á llorar, abrazó tiernamente á la pobre viuda y la dijo:

—¡Que aire tan picarillo tiene ya la niña.

—¡Viva la república! repitieron los soldados.

El sargento dijo á la madre:

—Ven ciudadana.

LIBRO SEGUNDO.

LA CORBETA CLAIMORE.

LIBRO SECONDO

LA CORBETTA CLAIMORE

I.

MEZCLA DE INGLATERRA Y FRANCIA.

En la primavera de 1793, en el momento en que la Francia, atacada á un tiempo y en todas sus fronteras, se proporcionaba la patética distraccion de la caida de los Girondinos, sucedia lo que vamos á narrar en el archipiélago de la Mancha.

La tarde del 1.º de junio en Jersey en la pe-

queña bahía de Bonnenuit, como una hora antes de ponerse el sol, con tiempo brumoso, cómodo para huir, porque es peligroso para navegar, se daba á la vela una corbeta. Llevaba este buque tripulacion francesa, pero formaba parte de la escuadrilla inglesa situada en estacion y como de centinela en la punta oriental de la isla. El príncipe de la Tour-d'Auvergne, que era de la casa de Bouillon, mandaba la escuadrilla inglesa, de la cual se destacaba esta corbeta por órden suya y para un servicio urgente y especial.

La corbeta, matriculada en la Trinity-House bajo el nombre de la *Claymore*, era en apariencia una corbeta de transporte, pero en realidad de guerra.

Tenia la marcha pacífica y pesada de un buque mercante, pero no habia que fiarse de las apariencias. Habia sido construida con dos fines; el de la astucia y el de la fuerza: para engañar si era posible, para combatir si era necesario. Para el servicio que habia de prestar aquella noche el cargamento habia sido reemplazado en el entre-puente por treinta carronadas de grueso calibre. Estas treinta carronadas, ya fuera que se previese una tempestad ó ya mas bien, que se quisiera dar un aspecto pacífico al buque, esta-

ban á la amarra , es decir fuertemente amarradas en lo interior cada una por tres cadenas y el tiro apoyado en las escotillas, que iban tapadas. Nada se veia al exterior; las portas estaban cegadas; las escotillas cerradas como si se hubiera puesto una máscara á la corbeta. Las corbetas construidas con arreglo á ordenanza no tienen cañones mas que sobre el puente; pero esta, que habia sido construida para sorpresas, aunque llevaba el puente desarmado, ocultaba una batería en el entre-puente. *La Claymore* era maciza y corpulenta, buena andadora sin embargo, el casco mas sólido de toda la marina inglesa, y en el combate valía casi tanto como una fragata, aunque no tenia por palo de mesana mas que un arbolillo con una sola cangreja. Su timon de forma rara y científica, tenía una membradura curva casi única, que habia costado cincuenta libras esterlinas en los talleres de Southampton.

La tripulacion, toda francesa, se componia de oficiales emigrados y marineros desertores: hombres escogidos, entre los cuales no habia uno que no fuese buen marino, buen soldado y buen realista. Tenian el triple fanatismo del mar, de la espada y del rey.

Medio batallon de infantería de marina, que en caso necesario podia efectuar un desembarque, iba amalgamado con la tripulacion.

El capitán del buque era el conde de Boisberthelot, caballero de la órden de San Luis, uno de los mejores oficiales de la antigua marina real. El teniente era el caballero de La Vieuville, que habia mandado, en el regimiento de guardias franceses, la compañía de que Hoche fué sargento. El piloto era el mas sagaz patron de Jersey, Felipe de Gacquoil.

Desde luego se adivinaba que este buque estaba destinado á ejecutar alguna empresa extraordinaria. En efecto, acababa de embarcarse en él un hombre que tenia todo el aire de prepararse para una aventura. Era un anciano, alto, derecho y robusto, de rostro severo, cuya edad hubiera sido difícil determinar, porque parecia al mismo tiempo viejo y jóven; uno de esos hombres llenos de años y de fuerza, que tienen cabellos blancos y un relámpago en la mirada; cuarenta años á juzgar por el valor, ochenta á juzgar por la autoridad. En el momento en que hubo subido á la corbeta, su capa de mar se habia entreabierto y se habia podido observar que iba vestido de

anchos calzones, llamados *bragou-bras*, en lengua bretona, botas altas y jubon de piel de cabra mostrando encima el cuero bordado de seda y ocultando debajo el pelo erizado y natural; trage completo del aldeano breton. Aquellos antiguos coletos bretones servian para dos fines, para los dias de fiesta y para los dias de trabajo, y se volvian ofreciendo á voluntad la cara velluda ó la cara bordada: pieles de animal toda la semana, vestidos de gala el domingo. El que llevaba este anciano, tal vez para aumentar una verosimilitud que se buscaba y que se queria, estaba usado en las rodillas y en los codos y parecia que llevaba largo tiempo de servicio, mientras que la capa de mar, de gruesa tela, tenia el aspecto de un viejo capote de pescador. Aquel anciano llevaba ademias en la cabeza el sombrero redondo de la época, de forma alta y anchas alas que bajándolas le daban un aspecto campesino y levantadas por un lado, por medio de una escarapela, podian darle aspecto militar. A la sazon llevaba las alas bajas á la campesina, sin presilla ni escarapela.

Lord Balcarras, gobernador de la isla y el príncipe de la Tour-d'Auvergne le condujeron en persona y le instalaron á bordo. Gélambre, agen-

te secreto de los príncipes y antiguo guardia de Corps del conde de Artois, había vigilado por sí mismo el arreglo de su cámara, extremando el cuidado y el respeto, á pesar de ser él también un noble, hasta llevar por sí mismo la maleta del anciano. Al despedirse de él para volver á tierra, le había dirigido un profundo saludo; Lord Balcarras le había dicho: «buen éxito mi general,» y el príncipe de la Tour-d'Auvergne le había dicho; «hasta la vista primo mio.»

El paisano le llamaban los de la tripulación en los cortos diálogos que tenían entre sí; pero sin saber otra cosa comprendían que aquel hombre era tan paisano como corbeta mercante era la corbeta de guerra.

El viento era flojo: La *Claymore* salió de Bonnenuit, pasó delante de Boulay-Bay y estuvo algun tiempo á la vista, corriendo bordadas; despues se la vió disminuir segun avanzaba la noche, y por último se perdió de vista.

Una hora despues Gélambre, de regreso á su casa en Saint-Hélier, envió por el espreso de Southampton al conde de Artois en el cuartel general del duque de York las cuatro líneas que siguen:

Serenísimo señor : acaba de verificarse la marcha. Exito seguro : dentro de ocho dias arderá toda la costa de Granville á Saint-Malo.

Cuatro dias antes , por medio de un emisario secreto, el representante del Marne, Prieur, comisionado cerca del prefecto de las costas de Cherburgo que residia accidentalmente en Granville, habia recibido, escrito de la misma letra que el despacho anterior, el mensaje que sigue :

Ciudadano representante: el 1.º de junio á la hora de la marea la corbeta de guerra la *Claymore* de batería oculta , aparejará para dejar en la costa de Francia á un hombre cuyas señas son estas: estatura alta , viejo, cabellos blancos, vestidos de aldeano , mano de aristócrata. Advertid al cruce-ro , capturad la corbeta y haced guillotinar al hombre.

II.

NOCHE DEL BUQUE Y DEL PASAJERO.

La corbeta, en vez de tomar por el Sur y dirigirse hácia Sainte-Catherine, habia puesto la proa al Norte; despues habia vuelto al Oeste y se habia introducido resueltamente entre Serk y Jersey, en el brazo de mar que se llama el paso de la Déroute. No habia entonces faro en ningun punto de las dos costas.

El sol se habia puesto completamente; la noche era oscura mas que lo son de ordinario las de verano; era noche de luna, pero grandes nubes, mas bien del equinoccio que del solsticio, cubrian el cielo, y segun todas las apariencias la luna no seria visible sino cuando tocase al horizonte en el momento de ocultarse. Algunas nubes llegaban hasta el mar y le cubrian de bruma.

Toda esta oscuridad era favorable. La intencion del piloto Gacquoil era dejar á Guernesey á la derecha y llegar, por medio de una marcha atrevida entre los Hanois y los Douvres, á una bahía cualquiera del litoral de Saint-Malo; camino mas largo que el de los Minquiers, pero mas seguro, porque el crucero francés tenia por consigna habitual vigilar sobre todo la costa entre Saint-Helier y Granville.

Si el viento era favorable y no habia ningun obstáculo extraordinario, cubriendo la corbeta de trapo, Gacquoil esperaba tocar la costa de Francia al romper el dia.

Todo iba bien; la corbeta acababa de pasar de Gros-Nez; hácia las nueve de la noche, el tiempo parecia querer torcerse, como dicen los mari-

neros y hubo algo de viento y de mar, pero el viento era bueno y el mar aunque fuerte no era violento. Sin embargo ciertas oleadas hacian de cuando en cuando buzar la corbeta.

El paisano, á quien lord Balcarras habia llamado general y á quien el príncipe de la Tour-el'Auvergne habia dicho: «primo mio,» estaba acostumbrado al parecer á andar por un buque, y se paseaba con gravedad tranquila por el puente de la corbeta, sin hacer caso de las fuertes sacudidas que el mar le daba. De cuando en cuando, sacaba del bolsillo de su jubon una pastilla de chocolate, de la cual partia y comia un pedazo: sus cabellos blancos no impedian que tuviera completa su dentadura.

No hablaba á nadie sino por instantes, en voz baja y brevemente al capitan, que le escuchaba con deferencia y parecia considerar al pasajero como mas comandante que él mismo.

La *Claymore*, hábilmente dirigida por el piloto, costeó sin ser vista en medio de la bruma la escarpada y larga costa del Norte de Jersey navegando muy cerca de ella, á causa del temible escollo llamado Pierres-de-Leeq que está en medio del brazo de mar situado entre Jersey y Serk. Gac-

quoil, de pie junto á la barra, señalando sucesivamente la punta de Leeq, Gros-Nez y Plémont, hacia deslizar la corbeta entre estas cadenas de arrecifes, á tientas, digámoslo así, pero con seguridad, como hombre de la casa y que conocia las entradas y salidas del Océano. La corbeta no llevaba faroles encendidos, para no denunciar su paso por aquellos mares vigilados, Todos se felicitaban de aquella niebla. Llegaron á la Grande-Etaque; la bruma era tan espesa, que apenas se distinguia el alto perfil del Pinnacle. Oyéronse las diez en el campanario de Saint-Ouen, señal de que el viento se mantenía de popa. Todo continuaba bien, aunque el mar iba haciéndose mas agitado á causa de la proximidad de la Corbière.

Un poco despues de las diez el conde de Boisberthelot y el caballero de La Vieuville condujeron al hombre vestido de paisano hasta su cámara, que era la misma del capitán.

En el momento de entrar les dijo bajando la voz;

—Ya lo sabeis, señores, importa mucho el secreto. Silencio hasta el momento de la esplosion; sois los únicos que conoceis mi nombre.

—Irá con nosotros á la tumba, respondió Boisberthelot.

—Por mi parte, repuso el anciano, aun cuando estuviese delante de la muerte, no lo diria.

Y entró en su cámara.

III.

MEZCLA DE NOBLES Y PLEBEYOS.

El capitán y el teniente volvieron á subir sobre cubierta y se pusieron á pasear hablando. La conversacion versaba evidentemente sobre el pasajero; y este es poco mas ó menos el diálogo que el viento dispersaba por las tinieblas.

Boisberthelot murmuró á media voz al oído de La Vieuville:

—Vamos á ver si es un jefe.

La Vieuville respondió:

—Por de pronto es un príncipe.

—Casi, casi.

—Noble en Francia, pero príncipe en Bretaña.

—Como los La Trémouille, como los Rohan.

—Deudos suyos.

Boisberthelot respondió.

—En Francia y en las carrozas del rey, es marqués, como yo soy conde, y vos caballero.

—Las carrozas están lejos, dijo La Vieuville. Ahora no tenemos mas que carretas.

Hubo un poco de silencio.

Boisberthelot dijo despues:

—A falta de un príncipe francés, se toma un príncipe breton.

—A falta de un hombre de bien..... no, á falta de un águila, se toma un cuervo.

—Preferiria un buitre, dijo Boisberthelot.

La Vieuville replicó:

—Cierto, con buen pico y garras.

—Veremos.

—Si, repuso La Vieuville, ya es tiempo de que haya un jefe. Soy del parecer de Tinténiac: un jefe y pólvora. Oid, comandante, conozco á casi

todos los jefes posibles é imposibles, los de ayer los de hoy y los de mañana: ninguno tiene las cualidades de guerra que debe tener el que nos hace falta. En esa endiablada Véndee necesitamos un general que sea al mismo tiempo un procurador; es necesario cansar al enemigo, disputarle el molino, el seto, el foso, los guijarros, suscitarle obstáculos en todas partes, sacar partido de todo, vigilarlo todo, matar mucho, hacer ejemplares, no tener ni sueño ni compasion. Ahora en ese ejército de paisanos hay héroes, pero no hay capitanes. D'Elbée es nulo; Lescure está enfermo, Bonchamps es compasivo, bueno, pero bruto; La Rochejacquelein es un magnífico subteniente; Silz es un oficial de filas, impropio para la guerra de expedientes y de sorpresas; Cathelineau es un carretero inocente; Stofflet es un guarda de monte astuto; Bérard es inepto; Boulainvillers ridículo, Charette horrible. Y no hablo del barbero Gaston, porque ; vive Dios! ¿de qué sirve tanto declamar contra la revolucion cuando no hay diferencia entre los republicanos y nosotros, pues que tambien nosotros damos el mando de los nobles á los plebeyos?

—Es que esa endiablada revolucion se ha introducido tambien entre nosotros.

—Es una sarna que ha salido á la Francia.

—Sarna del tercer estado, dijo Boisberthelot.
Solo la Inglaterra nos la puede curar.

—Nos la curará, no lo dudeis, capitan.

—Entre tanto nos mata.

—Cierto, no se ven mas que plebeyos por todas partes; la monarquía que tiene por general en jefe á Stofflet, guarda de monte del señor de Maulevrier, no tiene nada que envidiar á la república, cuyo ministro es Pache hijo del portero del duque de Castries. Buen contraste forma la guerra de la Vendée; por un lado Santerre el cervecero, por otro el peluquero Gaston.

—Pero, querido La Vieuville, ese Gaston no me parece despreciable. No se ha portado mal en su mando de Gueménée, porque ha sabido arcabucear á trescientos azules despues de haberlos hecho cavar por sí mismos sus sepulturas.

—Vaya en gracia; pero yo lo hubiera hecho tan bien como él.

—Par diez, sin duda, y yo lo mismo.

—Los grandes actos de la guerra, dijo La Vieuville, requieren nobleza en quien los ejecuta; esas son cosas de caballeros y no de plebeyos.

—Hay, sin embargo, en esa clase media, repli-

có Boisberthelot, hombres estimables. Por ejemplo: abí teneis el relojero Joly que fue sargento del regimiento de Flandes. Ahora se ha hecho jefe vendeano y manda una partida de la costa; pues bien, su hijo que era republicano servia en las filas de los azules, mientras su padre militaba en las de los blancos. Viene un encuentro, hay una batalla, el padre hace prisionero al hijo, y le salta la tapa de los sesos.

—Eso es muy bueno, dijo La Vieuville.

—¿Qué decís de este Bruto realista? dijo Boisberthelot.

—Eso no impide que sea insoportable el verse mandado por un Coquereau, un Jean-Jean, un Moulins, un Focart, un Bouju, un Chouppes.

—Mi querido caballero, de la misma manera pueden quejarse nuestros enemigos. Nosotros estamos llenos de nobles. ¿Creereis que los descamisados están contentos con verse á las órdenes del conde de Canclaux, el vizconde de Miranda, el vizconde de Beauharnais el conde de Valence el marques de Custine y el duque de Biron?

—¿Qué potaje!

—Y el duque de Chartres.

—Hijo de Igualdad ¡ah! ¿cuando será rey ese?

—Jamás.

—Sin embargo, está en camino del trono; le sirven sus crímenes.

—Pero le desirven sus vicios, dejó Boisberthelot.

Hubo otra vez silencio por ambos interlocutores, al cabo del cual prosiguió Boisberthelot.

—Sin embargo quiso reconciliarse. Vino á ver al rey; yo estaba allí en Versalles cuando le escupieron en la espalda.

—¿Desde lo alto de la escalera principal?

—Sí.

—Hicieron bien.

—Le llamabamos Borbon el Burboso.

—Es calvo, tiene pústulas y es regicida, ¡puf!

Y La Vieuville añadió:

—Yo estuve en Ouessant con él.

—¿En el Saint-Esprit?

—Sí.

—Si hubiera obedecido la señal de guardar el viento que le hacia el almirante d' Orvilliers, hubiera impedido el paso á los ingleses.

—¿Es verdad que se ocultó en la bodega?

—No, pero bueno es que se diga.

Y La Vieuville soltó una carcajada.

Boisberthelot añadió.

—Siempre hay imbéciles. Ahí teneis á ese Boulainvilliers de que hablábamos hace poco; le he conocido y le he visto de cerca. Al principio los paisanos estaban armados de picas: ¿y no se le puso en la cabeza hacerlos alabarderos? Quería enseñarles el ejercicio de la alabarda, soñando que podría transformar aquellos salvajes en soldados de línea. Pretendia que aprendieran á forzar y á formar el cuadro por batallones. Les hablaba en lenguaje militar, que ellos no entendian, y para decir, jefe de escuadra, les decia cabo de escuadra, que era como se llamaban los cabos en tiempo de Luis XIV. Se obstinaba en crear un regimiento compuesto de cazadores furtivos; tenia compañías regulares, cuyos sargentos formaban corro todas las tardes para recibir el santo y seña del sargento de la coronela, el cual los decia en voz baja al sargento de la tenencia coronela, que los trasmitia al inmediato y este á su vecino y así de oido en oido hasta el último. Destituyó á un oficial que no se habia descubierto al oir la consigna de la boca del sargento. En fin, ya suponeis en lo que esto habrá venido á parar.

Aquel bruto no comprendia que los campesinos quieren ser gobernados á su manera y que no se hacen hombres de cuartel de hombres de los bosques. Sí, yo he conocido bien á ese Boulainvilliers.

Dieron algunos pasos cada uno meditando por su lado y despues continuó la conversacion.

—A propósito, dijo Boisberthelot, ¿se confirma la noticia de la muerte de Dampierre?

—Sí, comandante.

—¿Delante de Condé?

—En el campo de Pamars, de una bala de cañon.

Boisberthelot suspiró.

—¡El conde de Dampierre! Otro de los nuestros que era de los suyos.

—Buen viaje, dijo La Vieuville.

—Y las señoras, ¿dónde están?

—En Trieste.

—¿Todavía?

—Todavía.

Y la Vieuville exclamó:

—¡Ah república, república! ¡qué de estragos por tan poca cosa! ¡Cuando pienso que esta revolucion ha venido por un déficit de algunos millones!

—Hay que desconfiar de las causas pequeñas.

—Todo vá mal, contestó La Vieuville.

—Sí. La Rouarie ha muerto; Du Dresnay es idiota. ¡Qué tristes agitadores todos esos obispos! Ese Coucy obispo de la Rochela, ese Beaupoil Saint-Aulaire obispo de Poitiers, ese Mercy, obispo de Luzon amante de madama de L'Eschasserie!.....

—La cual se llama Servanteau, ya lo sabeis comandante, L'Eschasserie es el nombre de una tierra suya.

—Y ese falso obispo de Agra, que es cura de no sé donde.

—De Dol. Se llama Guillot de Folleville; es valiente, por lo demás, y pelea bien.

—¡Curas, cuando se necesitarian soldados! ¡Obispos que no son hombres! ¡Generales que no son generales!

La Vieuville interrumpió á Boisberthelot:

—Comandante, ¿teneis el *Monitor* en vuestra cámara?

—Sí.

—¿Qué representan en París en este momento?

—*Adela y Paulino y la Caverna.*

—Quisiera verlas.

—Las vereis; estaremos en París dentro de un mes.

Boisberthelot reflexionó un momento y añadió :

—Un mes, lo mas tarde, así lo ha dicho M. Windham, á milord Hood.

—Pero entonces, comandante, no van tan mal las cosas.

—Todo iria perfectamente si la guerra de Bre- taña fuese bien conducida. La Vieuville movió la cabeza con aire de duda.

—Comandante, ¿desembarcaremos la infantería de marina?

—Sí, si la costa está por nosotros; no, si nos es hostil. Algunas veces es preciso que la guerra rompa las puertas para entrar; pero otras, es necesario que se introduzca furtivamente. La guerra civil debe tener siempre en su bolsillo una llave falsa. Se hará lo posible; lo que importa es la llave.

Y Boisberthelot añadió:

—¿Qué pensais del caballero de Dieuzie?

—¿Del jóven?

—Sí.

—¿Para mandar?

—Sí.

—Que es tambien un oficial de filas y de batalla regular. El monte no conoce mas que al montañés.

—Entonces renunciad al general Stofflet y al general Cathelineau.

La Vieuville meditó un momento y dijo:

—Necesitaríamos un príncipe; un príncipe de Francia, un príncipe de la sangre, un verdadero príncipe.

—¿Para qué? Quien dice príncipe.....

—Dice cobarde, ya lo sé, comandante; pero yo le quiero para que produzca efecto entre esos papamoscas.

—Mi querido caballero, los príncipes no quieren venir.

—Tendremos que pasarnos sin ellos.

Boisberthelot hizo el movimiento maquinal que consiste en apretarse la frente con la mano como para hacer salir de la cabeza una idea, y añadió:

—En fin, haremos el ensayo de este general.

—Es un noble de importancia.

—¿Creeis que bastará?

—Con tal que sea bueno, dijo La Vieuville.

—Es decir feroz, añadió Boisberthelot.

El conde y el caballero se miraron.

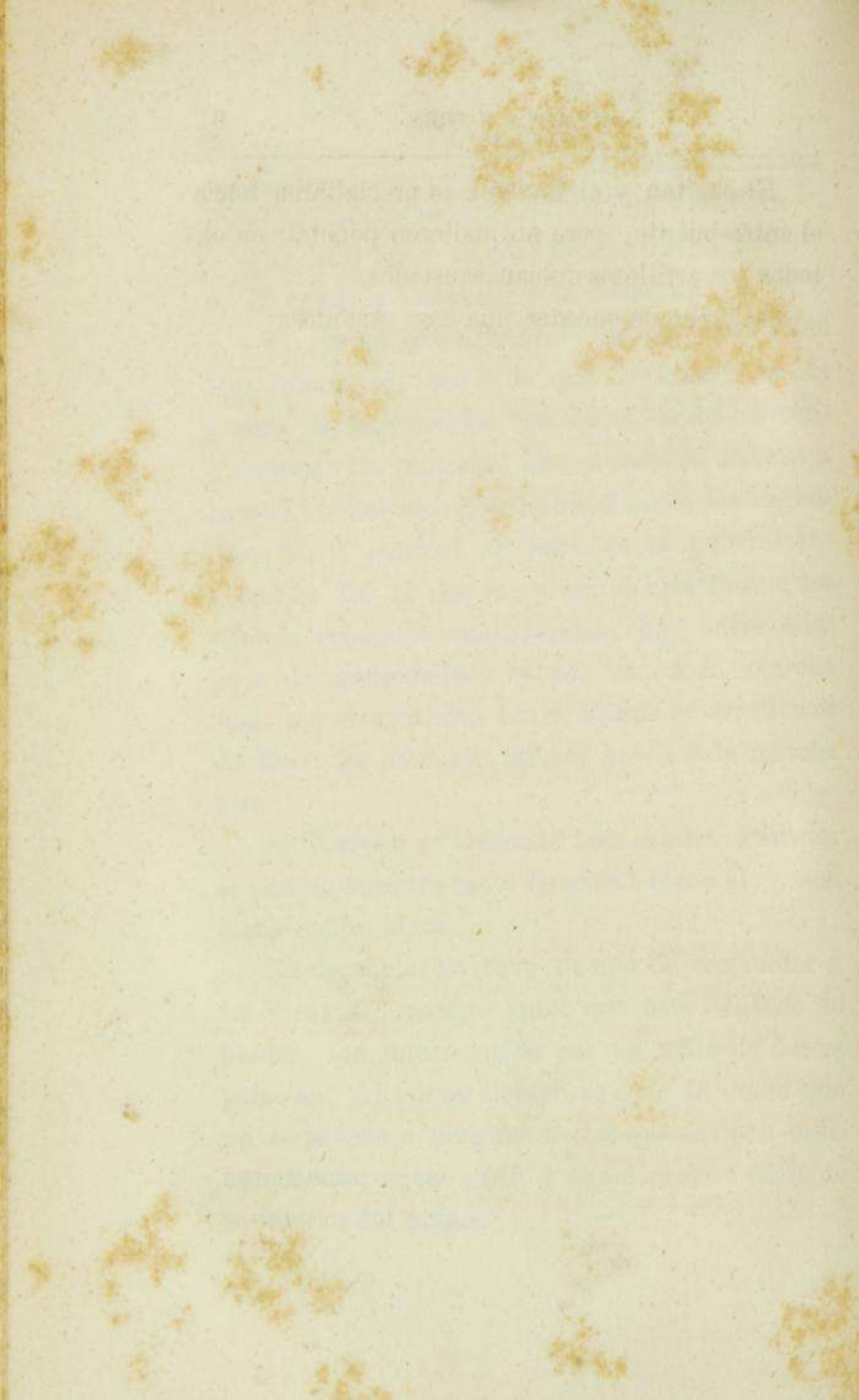
—Sí, señor Boisberthelot, habeis dado en el hito. Feroz, sí, eso es lo que nos hace falta, la guerra sin misericordia. La época es de los sanguinarios: los regicidas han cortado la cabeza á Luis XVI; nosotros descuartizaremos á los regicidas. Sí, el general necesario es el general Inexorable. En el Anjou, y en el alto Poitou los jefes la echan de magnánimos, hay entre ellos puja de generosidad, y por eso todo marcha mal; por el contrario en el Marais y en el país de Retz, los jefes son atroces y allí todo marcha bien.

Si Charette se defiende bien contra Parrein, es porque muestra tanta ferocidad como él, y son hiena contra hiena.

Boisberthelot no tuvo tiempo de responder á La Vieuville, porque antes que este acabase de hablar, fué interrumpido por un grito de desesperacion. Al mismo tiempo se oyó un ruido que no se parecia á ninguno de los que se oyen ordinariamente: aquel grito y aquel ruido venian de lo interior del buque.

El capitán y el teniente se precipitaron hacia el entre-puente, pero no pudieron penetrar en él; todos los artilleros subían asustados.

Acababa de suceder una cosa espantosa.



IV.

TORMENTUM BELLII.

Una de las carronadas de la batería, pieza de á veinticuatro, se habia desprendido de sus amarras.

Este es quizá el acontecimiento mas terrible que puede ocurrir en el mar. Nada mas tremendo puede sobrevenir á un buque de guerra en alta mar y en plena marcha.

Un cañon que rompe sus amarras se convierte

bruscamente en una especie de bestia sobrenatural; es una máquina que se trasforma en mónstruo; una masa que corre sobre sus ruedas, que tiene movimientos de bola de billar, que se inclina al rodar, se sumerge al chocar, va, viene, se detiene, parece meditar, recobra su carrera, atraviesa como una flecha el buque de un extremo á otro, salta, huye, se encabrita, choca, rompe, mata, extermina. Es un ariete que bate á su antojo una muralla, con la diferencia de que el ariete es de hierro y la muralla es de madera. Es la entrada en libertad de la materia, como si ese esclavo eterno quisiera vengarse. Parece que la maldad que hay en lo que llamamos objetos inertes, se subleva y estalla de repente; parece que pierde la paciencia y toma una rebancha oscura. Nada mas inexorable que la cólera de lo inanimado. Aquel pedazo de hierro poseído de locura, tiene los saltos de la pantera, la pesadez del elefante, la agilidad del raton, la terquedad del hacha, lo inesperado de las oleadas, los golpes del rayo, la sordera del sepulcro. Pesa diez mil, y salta como una pelota de niño, ó tuerce bruscamente cortando en ángulo recto la línea que antes trazó. ¿Qué hacer? ¿cómo dominar semejante mónstruo? La tempestad cesa; un torbe-

lino pasa; el viento se apacigua; un mastil roto se reemplaza; una via de agua se tapa; un incendio se extingue; ¿pero qué hacer con ese enorme bruto de bronce? ¿de qué medio valerse? Se puede hacer entrar en razon á un perro de presa, espantar á un toro, fascinar á un boa, poner miedo á un tigre, enternecer á un leon; pero no hay recurso contra ese mónstruo que se llama un cañon desamarrado. No se le puede matar porque está muerto y al mismo tiempo vive. Vive con una vida siniestra, que le viene del infinito; tiene debajo de sí el piso que le balancea, y se mueve á impulsos del buque, el cual es movido por la mar, la cual lo es á su vez por el viento. Ese esterminador es un juguete del buque y de las olas, de los vientos; y como todo se enlaza, de aquí procede su espantosa vida. ¿Qué hacer con semejante máquina? ¿cómo trabar ese mecanismo monstruoso del naufragio? ¿cómo prever sus idas y venidas, sus vueltas y sus choques? Cada uno de sus golpes puede hundir el buque: ¿cómo adivinarlos? Los hombres tienen que habérselas con un proyectil que reflexiona, que parece tener ideas y que cambia á cada instante de direccion; ¿cómo saber lo que hay que evitar? El horrible cañon se mueve, avanza, retrocede, cho-

ca á la derecha y á la izquierda, huye, pasa, desconcierta la prevision, atropella el obstáculo, aplasta á los hombres como moscas. Todo el terror de la situacion está en la movilidad del suelo. ¿Cómo combatir un plano inclinado que tiene caprichos? El buque tiene por decirlo así en el vientre el rayo prisionero que trata de escaparse; una especie de trueno redoblando sobre un temblor de erra.

En un momento, toda la tripulacion estuvo en pie; la falta era de un cabo de cañon que habia olvidado echar el clavo de la cadena de amarra y habia atado mal las cuatro ruedas de la carronada, lo cual habia hecho mover la plantilla y el bastidor, y concluido por dislocar la braga. El tiro se habia roto, de modo que el cañon no quedó ya firme en el afuste. La braga fija que impide el retroceso no estaba en uso en aquella época. Un golpe dado en la porta de la batería, habia hecho que la carronada, mal amarrada, retrocediese y rompiera su cadena, empezando á rodar de un modo formidable por el entrepuente.

Figurémonos, para formar una idea de aquel movimiento extraño, una gota de agua corriendo por un cristal.

En el momento en que se rompió la amarra, los artilleros estaban en la batería; los unos agrupados, los otros esparcidos, ocupados en las obras de mar que ejecutan los marinos en la prevision del zafarrancho de combate. La carronada, lanzada por el cabeceo del buque, penetró en uno de los grupos y aplastó cuatro hombres del primer golpe. Despues, empujada por el balance, partió por medio á otro infeliz, y fue á chocar en el muro de babor con una pieza de la batería que desmontó. De aquí el grito de angustia que se acababa de oír. Todos los hombres se apresuraron á correr á la escalera, y la batería quedó desocupada de gente en un abrir y cerrar de ojos.

La enorme pieza habia quedado sola, entregada á sí misma: era dueño de sí y dueño tambien del buque; podia hacer de él lo que quisiera. Toda aquella tripulacion, acostumbrada á reir durante las batallas, temblaba; su espanto era imposible de describir.

El capitan Boisberthelot y el teniente La Vieuville, que eran dos valientes, se habian detenido en lo alto de la escalera, y mudos, pálidos, vacilantes, miraban hácia el entre-

punte. Un hombre les apartó con el codo y bajó.

Era el paisano, el pasajero, el hombre de que acababan de hablar momentos antes.

Al llegar al pie de la escalera se detuvo.

V.

VIS ET VIR.

El cañon iba y venia en el entrepuente, parecido al carro viviente del Apocalipsis; el farol oscilando bajo la roda de la batería, añadía á esta vision un vertiginoso balanceo de sombra y de luz. La forma del cañon se disipaba en la violencia de su carrera y aparecia unas veces negro en la claridad, otras veces reflejando una blancura vaga en la oscuridad.

Así continuaba la ejecución del buque; había ya roto otras cuatro piezas y hecho en los costados dos hendiduras que por fortuna caían sobre la línea de flotación, pero por las cuales el agua entraría si sobreviniese una borrasca. Chocaba frenéticamente contra los costados del buque; la madera resistía, pero se oían sus chasquidos bajo aquella masa desmesurada, que golpeaba con una especie de ubicuidad inaudita, por todas partes á la vez. Un grano de plomo sacudido en una botella no tiene percusión mas incesante ni mas rápida. Las cuatro ruedas pasaban y repasaban sobre los cadáveres; les cortaban, les despedazaban, les aplastaban, y de los cinco de la tripulación, habían hecho veinte trozos que rodaban al través de la batería. Las cabezas de los muertos parecía que gritaban; arroyos de sangre corrían sobre el suelo, según los balances del buque. Los costados, averiados en muchos sitios, comenzaban á entreabrirse y todo el buque estaba lleno de un ruido monstruoso.

El capitán había recobrado en breve su serenidad y mandado arrojar al entrepuente todo lo que podía amortiguar é impedir el curso desenfrenado del cañón: los colchones, las hamacas, los repuestos de velas, los rollos de cuerdas, los sacos de

equipage y los paquetes de asignados falsificados, de que la corbeta llevaba todo un cargamento, pues que aquella infamia inglesa era considerada como buen ardid de guerra.

¿Pero qué podían hacer todos aquellos trapos? Nadie se atrevía á bajar para disponerlos como hubiera sido conveniente, y en algunos minutos quedaron convertidos en hilas.

Habia precisamente bastante mar para que el accidente fuera lo mas completo posible. Hubiera sido de desear una tempestad; esta tal vez habria derribado al cañon sobre su caña; y una vez en el aire las cuatro ruedas, se habria podido dominar el peligro. Pero el estrago continuaba; veíanse desolladuras y aun fracturas en los mástiles que empotrados en la madera de la quilla atraviesan los pisos de los buques, y que desempeñan el papel de grandes pilares redondos. A los golpes convulsivos del cañon el palo de mesana se habia agrietado, el mismo palo mayor estaba lastimado; la batería se dislocaba. De treinta piezas, las diez estaban fuera de combate; las brechas se multiplicaban y la corbeta empezaba á hacer agua.

El pasajero anciano que habia bajado al entrepuente, parecia un hombre de piedra dirigiendo á

aquella escena de devastacion una mirada serena. No se tañeaba; no se movia.

Parecia imposible dar un paso en el entrepuente.

Cada movimiento de la carronada en libertad, hacia prever el hundimiento del buque. Pocos instantes mas y el naufragio era inevitable; era preciso contener el desastre ó morir; tomar un partido.

¿Pero cuál tomar?

¿Cómo dominar á aquel combatiente?

Se trataba de detener aquel loco espantoso.

Se trataba de amarrar aquel rayo.

Se trataba de derribar á aquel mónstruo.

Boisberthelot dijo á La Vieuville:

—¿Creeis en Dios, caballero?

La Vieuville respondió:

—Sí, no, algunas veces.

—¿Creeis en Dios cuando hay tempestad?

—Sí, y en momentos como este.

—En efecto, dijo Boisberthelot; solo Dios puede librarnos de esta.

Todos callaban dejando á la carronada seguir su terrible carrera. Al exterior las olas batian al buque, respondiendo á los golpes del cañon con gol-

pes de mar, y produciendo el efecto de dos martillos alternando en sus golpes.

De repente, en aquella especie de circo inabordable donde saltaba el cañon escapado, se vió aparecer un hombre con una barra de hierro en la mano. Era el autor de la catástrofe, el culpable de negligencia y causa del accidente, el cabo de cañon encargado de la carronada. Habia hecho el mal y queria repararlo: llevaba una barra en una mano y una cuerda con nudo corredizo en la otra, y de esta manera habia saltado al entrepuente.

Entonces comenzó un espectáculo titánico y feroz; el combate del cañon contra el artillero; la batalla de la materia y de la inteligencia; el duelo de la cosa contra el hombre.

El hombre se habia apostado en un ángulo, y su barra y su cuerda en las manos, firme sobre sus piernas que parecian dos pilares de acero, y lívido, tranquilo y trágico, estaba como arraigado en el suelo, y esperaba.

Esperaba que la carronada pasara á su inmediacion.

El artillero conocia á su cañon y le parecia que el cañon por su parte debia conocerle; vivia con él

desde largo tiempo. ¡Cuántas veces le habia medido la mano en la boca! Era su mónstruo familiar. Se puso á hablarle como á su perro.

—Ven, le decia; tal vez le amaba.

Parecia desear que se dirigiese á él.

Pero dirigirse á él era echarse sobre él, y entonces estaba perdido, ¿cómo evitar que le aplastara? Tal era la cuestion. Todos contemplaban aterrados aquel espectáculo.

Nadie respiraba libremente, excepto quizá el anciano que estaba solo en el entrepuente como testigo siniestro de aquel combate. El mismo podia ser triturado por la pieza.

Y sin embargo no se movia.

Debajo de ellos, las ondas movedizas y ciegas dirigian el combate.

En el momento en que aceptando el espantoso duelo llegó el artillero á provocar al cañon, una casualidad de los balances del mar hizo que la carronada se quedara por un momento inmóvil y como estupefacta.—Ven, pues, le decia el hombre, y ella parecia escuchar.

Súbitamente saltó sobre él. El hombre esquivó el choque. La lucha se empeñó: lucha inaudita; el frágil atacando al invulnerable; el combatiente

de carne atacando á la bestia de bronce; de un lado una fuerza, del otro un alma.

Todo esto pasaba en la penumbra. Era como la vision indistinta de un prodigio.

Un alma: cosa estraña; parecia que el cañon la tenia tambien, pero alma de odio y de rabia. Aquella ceguedad parecia tener ojos; el monstruo tenia el aire de espiar al hombre. Habia cierta astucia, asi á lo menos hubiera podido creerse, en aquella masa. Ella tambien elegia sus momentos de ataque. Era como un insecto gigantesco de hierro, que tenia ó parecia tener una voluntad de demonio.

Por momentos aquella langosta colosal botaba hasta el techo bajo de la batería, y despues caia sobre sus cuatro ruedas como un tigre sobre sus cuatro garras, poniéndose de nuevo á correr sobre el hombre. Este, mostrándose flexible, agil, diestro, se torcia como una culebra bajo todos los movimientos de aquel rayo. Evitaba los encuentros; pero los golpes que él evitaba caian sobre el buque y continuaban demoliéndole.

Un extremo de la cadena rota habia quedado adherido á la carronada. Esta cadena se habia arrollado no se sabe como al tornillo del boton de la

culata, y un extremo de ella se habia fijado en el afuste, mientras el otro libre daba vueltas al rededor del cañon suyos saltos exageraba. El tornillo le tenia como una mano cerrada y aquella cadena multiplicaba los golpes del ariete con los suyos propios, formando alrededor del cañon un molinete terrible; látigo de hierro manejado, por un puño de bronce, que complicaba el combate.

Sin embargo, el hombre luchaba, y aun en algunos momentos era él quien atacaba el cañon. Arrastrábase á lo largo del costado con la barra y la cuerda en la mano; y el cañon que parecia comprender sus movimientos, huia como si adivinase un lazo. El hombre, formidable, le perseguia.

Tales cosas no pueden durar mucho tiempo. El cañon pareció decirse á sí propio: vamos, concluyamos de una vez, y se detuvo. Todos comprendieron que se acercaba el desenlace. El cañon, como en suspenso, parecia tener ó tenia (pues para todos era un ser) una premeditacion feroz. Bruscamente se precipitó sobre el artillero; éste le dejó pasar dando un quiebro y le gritó sonriendo: ¡á otra! El cañon como furioso rompió una carronada á babor. Despues impulsado por la onda invisible que le manejaba, se lanzó á estribor sobre el hombre, el cual esquivó

otra vez el choque. Tres carronadas se rompieron bajo el impulso del cañon. Este entonces como ciego y no sabiendo ya qué hacer, volvió la espalda al hombre, rodó de atras á delante, chocó en la roda y fué á hacer una brecha en el muro de proa. El hombre se habia refugiado al pie de la escalera á pocos pasos del anciano, teniendo en la mano la barra y la cuerda. El cañon pareció verle y sin tomarse el trabajo de volverse de frente, retrocedió sobre el hombre con la prontitud de un hachazo: el hombre estaba perdido; toda la tripulacion dió un grito.

Pero el anciano pasagero, hasta entonces inmóvil, se lanzó mas rápido que todas las rapideces salvajes, y asiendo un gran paquete de asignados falsos y á riesgo de ser aplastado, logró arrojarlos entre las ruedas de la carronada. Aquel movimiento decisivo y peligroso fué ejecutado con tanta exactitud y precision, como si lo hubiera sido por un hombre cursado en todos los ejercicios descritos en el libro de Darosel sobre la *Maniobra del cañon de marina*.

El paquete hizo el efecto de un tapon. Un guijarro detiene una rueda; una rama de árbol desvía una avalancha. La carronada tropezó; el artillero

á su vez aprovechando aquella terrible coyuntura metió su barra de hierro entre los rayos de una de las ruedas traseras. El cañon se detuvo.

Estaba inclinado: el hombre con un movimiento de palanca impreso á la barra, le derribó; la pesada masa cayó con el ruido de una campana que se desploma, y el hombre echándose sobre ella bañado en sudor, pasó el nudo corredizo al cuello de bronce del mónstruo, tendido en el suelo. Todo habia concluido; el hombre era el vencedor. La hormiga habia dominado al mastodonte; el pigmeo habia hecho prisionero al gigante.

Los soldados y los marineros aplaudieron.

Toda la tripulacion se precipitó con cables y cadenas.

Y en un instante el cañon fué amarrado en su sitio.

El artillero saludó al anciano.

—Señor, le dijo, me habeis salvado la vida.

El anciano recobró su actitud impassible y no respondió.

VI.

LOS DOS PLATILLOS DE LA BALANZA.

El hombre habia vencido, pero podia decirse que el cañon habia vencido tambien. Se habia evitado el naufragio inmediato; pero no se habia salvado la corbeta. Los desperfectos del buque parecian irremediabiles; el bordaje tenia cinco brechas una de ellas muy grande; de treinta caronadas veinte habian quedado inútiles; la misma

que habia producido el desastre, vuelta á poner en su sitio y encadenada, estaba sin embargo fuera de servicio; el tornillo del boton de culata, estaba forzado y la puntería era imposible. Quedaba pues la batería reducida á nueve piezas. La bodega hacia agua; fue preciso inmediatamente acudir al reparo de las averías y hacer funcionar las bombas.

El entrepuente á la sazón presentaba un espectáculo espantoso; el interior de una jaula de elefante furioso no está mas desmantelado que lo estaba aquel sitio.

Cualquiera que fuese para la corbeta la necesidad de ocultarse á la vista de los cruceros, habia una necesidad mas imperiosa todavía, que era la salvacion inmediata. Fue preciso iluminar el puente con algunos faroles plantados aquí y allí en el bordaje.

Entre tanto y durante todo el tiempo de aquella escena trágica, absorta la tripulacion por una cuestion de vida ó muerte, no habia sabido lo que pasaba fuera en el mar. La niebla se habia espesado; el tiempo habia cambiado; el viento habia hecho del buque lo que habia querido; la corbeta estaba fuera de rumbo, al descubierto de Jersey y de Guernesey, mas al Sur de lo que debia estar

y con una mar muy alterada. Gruesas oleadas venían á besar las heridas abiertas de la corbeta, besos terribles; el balanceo del mar era amenazador; la brisa se convertía en huracan; una borrasca, una tempestad tal vez, empezaba á manifestarse, y no se veía á cuatro olas delante de sí.

Mientras que los hombres de la tripulación reparaban á toda prisa y sucesivamente los estragos del entrepuente cegaban las vías de agua y ponían de nuevo en batería las piezas que se habían librado del desastre, el anciano pasajero había vuelto á subir sobre cubierta, y se había recostado contra el palo mayor sin hacer caso del movimiento que se efectuaba en el buque.

En efecto, el caballero de La Vieuville había mandado formar en batalla á los dos lados del palo mayor á los soldados de infantería de marina, y después á un silbido del contramaestre, los marineros ocupados en la maniobra, se habían puesto de pie sobre las vergas.

El conde de Boisberthelot se adelantó hácia el pasajero.

Detrás del capitán marchaba un hombre de rostro pálido, jadeante, los vestidos en desorden, y el aire en cierto modo satisfecho.

Era el cabo de cañon que acababa de mostrarse tan oportuno domador de monstruos, y que habia logrado hacer entrar en razon al suyo.

El conde hizo el saludo militar al anciano vestido de paisano, y le dijo:

—Mi general, este es el hombre.

El artillero se mantuvo de pie con la vista baja en la actitud de ordenanza; el conde de Boisberthelot añadió:

—Mi general, en vista de lo que ha hecho este hombre ¿no pensais que sus jefes deben hacer alguna cosa?

—Sí, le dijo el anciano,

—Tened la bondad de darnos vuestras órdenes, repuso Boisberthelot.

—Vos sois quien las debe dar; sois el capitan.

—Y vos el general, contestó Boisberthelot.

El anciano miró al artillero:

—Acércate, dijo.

El artillero dió un paso.

El anciano se volvió hácia el conde de Boisberthelot, desprendió la cruz de San Luis de su pecho y la prendió en la chaqueta del artillero.

—¡Hurra! gritaron los artilleros.

Los soldados de marina presentaron las armas.

El anciano pasajero, señalando con el dedo al artillero deslumbrado, añadió:

—Ahora, que se fusile á este hombre.

El estupor sucedió á su aclamacion.

Entonces, en medio de un silencio sepulcral, levantó la voz y dijo:

—Una negligencia ha comprometido el buque, que á estas horas se encuentra quizá perdido. Estar en la mar es estar delante del enemigo. Un buque que hace una travesía es un ejército que dá una batalla. La tempestad se oculta, pero no se ausenta. Todo el mar es una emboscada, y toda falta cometida en presencia del enemigo merece la pena de muerte. No hay en estos casos falta reparable, el valor debe ser recompensado, y la negligencia debe ser castigada.

Estas palabras cayeron una detrás de otra lentamente, gravemente, con una especie de medida inexorable como golpes de hacha sobre una encina.

Y el anciano, mirando á los soldados, añadió:

—Que se cumplan mis órdenes.

El hombre en cuya chaqueta brillaba la cruz de San Luis bajó la cabeza. A una señal del conde de Boisberthelot, dos marineros bajaron al entrepuen-

te y despues volvieron trayendo la hamaca sudario; el capellan del buque, que desde su partida estaba orando en la cámara de los oficiales, acompañaba á los dos marineros. Un sargento sacó de la línea de batalla doce soldados, que formó en dos filas; el artillero sin decir una palabra se colocó entre estas dos filas, y el capellan con el crucifijo en la mano se adelantó y se puso á su lado.—«Marchen» dijo el sargento. El peloton se dirigió á pasos lentos al sitio de la ejecucion, seguido de los dos marineros que llevaban el sudario.

Un triste silencio reinó en toda la corbeta: el huracan silbaba á lo lejos.

Pocos momentos despues se oyó una detonacion en las tinieblas, pasó un relámpago; luego todo volvió al silencio, sin que se oyera mas que el ruido que hacia un cuerpo al caer en el mar.

El anciano pasajero, recostado todavía en el palo mayor, cruzó los brazos y meditó.

Boisberthelot, dirigiendo hácia él el índice de la mano derecha, dijo al oido de La Vieuville:

—La Vendée tiene ya un jefe.

VII.

EL QUE SE DA Á LA VELA JUEGA Á LA LOTERÍA.

Las nubes que toda la noche se habian mezclado con las olas , concluyeron por bajar de tal modo , que no habia ya horizonte , apareciendo todo el mar como bajo una capa. No habia mas que niebla: situacion siempre peligrosa , aun para un buque en buen estado.

A la bruma se añadian las olas.

Aprovechando el tiempo, la tripulación había aligerado la corbeta, arrojando al mar todo lo que había quedado inservible á causa de los destrozos hechos por la carronada, como los cañones desmontados, los afustes rotos, los trozos de madera torcidos ó desclavados, las piezas de hierro rotas; se habían abierto las portas y por ellas hecho deslizar sobre tablas hácia el mar, los cadáveres y los restos humanos envueltos en sus sudarios.

El mar comenzaba á hacerse formidable; no que la tempestad fuese á estallar; parecía por el contrario que se oía decrecer el huracan bramando detrás del horizonte, y que sus ráfagas se alejaban hácia el Norte; pero las olas seguían muy altas, lo que indicaba un mal fondo de mar. Debil como había quedado la corbeta, podía resistir poco á las sacudidas, y las grandes olas podían también serle funestas.

Gacquoil seguía en la barra pensativo: presentar á mal tiempo buena cara, es la máxima de los jefes de mar.

La Vieuville, que era de un carácter alegre en los desastres, se llegó á Gacquoil.

—Y bien, piloto, le dijo, el huracan se apacigua. No llega á satisfacer la gana de estornudar;

me parece que saldremos bien de esto; tendremos viento, pero nada mas.

Gacquoil con rostro serio respondió:

—Quien tiene viento, tiene mar.

Tal es el marino, ni risueño ni triste.

La respuesta tenia un sentido poco tranquilizador, pues para un buque que hace agua, tener mar es llenarse de ella pronto.

Gacquoil habia marcado este pronóstico con un vago fruncimiento de cejas. Tal vez, despues de la catástrofe del cañon y del artillero, la Vieuville se habia apresurado un poco á pronunciar palabras ligeras; hay cosas de mal agüero cuando se está en alta mar; la mar es secreta; no se sabe nunca lo que tiene, y hay que desconfiar de ella.

La Vieuville comprendió la necesidad de hablar con seriedad,

—¿Dónde estamos, piloto? preguntó.

El piloto respondió:

—Estamos en poder de la voluntad de Dios.

Un piloto es un amo; es preciso siempre dejarle hacer y muchas veces dejarle decir.

Ademas esta especie de hombres hablan poco.

La Vieuville se alejó del timon.

Pero á la pregunta que La Vieuville habia he-

cho al piloto, el horizonte se encargó de responder.

La mar se descubrió de repente.

Rasgáronse las brumas que se arrastraban sobre las olas; presentóse á la vista todo su oscuro movimiento en una claridad crepuscular; y ofrecióse el espectáculo que vamos á decir.

El cielo estaba cubierto de nubes; pero las nubes no tocaban ya al mar; al oriente se veía una luz blanca que anunciaba el amanecer; al oeste veíase otro resplandor blanco azulado que indicaba el punto por donde habia desaparecido la luna.

Estas dos blancuras formaban sobre el horizonte frente una de otra, dos bandas extrañas de resplandor pálido, entre el mar oscuro y el cielo tenebroso.

Sobre estas dos claridades se destacaban rectos é inmóviles varios perfiles negros.

Al occidente sobre el horizonte iluminado por la luna se dibujaban tres altas rocas como dos peulvens célticos.

Al oriente, sobre el horizonte pálido de la mañana, se levantaban ocho velas formadas en orden y espaciadas de una manera temible.

Las tres rocas eran un escollo; las ocho velas eran una escuadra.

La corbeta tenia detrás de sí los *Minquiers* roca de mala reputacion; y delante de sí el crucero francés. Al oriente el abismo, al occidente la matanza; estaba entre un naufragio y un combate.

Para hacer frente al escollo, la corbeta tenia un casco agujereado, dislocado, y una arboladura conmovida en sus raices; para hacer frente á la batalla, tenía una artillería de la cual veintiun cañones de los treinta habian sido desmontados y cuyos mejores artilleros habian muerto.

La claridad del dia era todavía muy débil. Tenian aun bastante oscuridad los tripulantes de la corbeta. Aquella oscuridad podia aun durar algun tiempo porque su causa eran las nubes altas y espesas que formaban como una bóveda.

El viento, que habia disipado; las nieblas bajas, empujaba la corbeta hácia los *Minquiers*.

En el exceso de fatiga y de estrago en que la corbeta habia quedado, no obedecia ya á la barra y era arrastrada y abofeteada por las olas, siendo mas bien juguete que dominadora de ellas.

El escollo de los *Minquiers* era mas terrible y mas áspero en aquel tiempo que hoy. Muchas torres de aquella ciudadela del abismo, han sido

arrasadas por el incesante golpeteo de la mar; la configuracion de los escollos cambia; las olas y las mareas, aun sin estar agitadas, hacen el oficio de sierras ó de cuchillos. En aquella época, tocar en los Minquiers era naufragar.

En cuanto al crucero, componíalo aquella escuadra de Cancale que se hizo despues célebre bajo el mando del capitan Duchesne, á quien Loquinio llamaba el padre Duchêne.

La situacion era crítica; la corbeta, durante el desencadenamiento de la carronada, se habia desviado de su rumbo, dirigiéndose mas bien hácia Grauville que hácia Saint-Malo. Aun cuando hubiera podido navegar y hacer fuerza de vela, los Minquiers le cerraban la vuelta hácia Jersey y el crucero la llegada á las costas de Francia.

Por lo demás, la tempestad habia cesado: pero como decia el piloto, habia mar. El mar, agitado bajo un viento duro y con un fondo horrible no podia estar mas bravo.

El mar no dice nunca de una vez todo lo que quiere. Hay de todo en aquel abismo, inclusa la astucia curialesca. Podria casi decirse que el mar tiene un procedimiento; adelanta y retrocede; propone y se desdice; preludia una borrasca y re-

nuncia á ella, promete el abismo y no le presenta; amenaza en el Norte y dá en el Sur. Toda la noche la corbeta *La Claymore* habia tenido encima la niebla y temido la tormenta; la mar acababa de desmentirse, pero de una manera feroz; habia bosquejado la tempestad y realizado el escollo. Bajo otra forma, el resultado era el mismo: el naufragio.

Y á la pérdida sobre el escollo se añadía el esterminio por el combate. Un enemigo completaba á otro.

La Viueville exclamó con carcajada irónica:
—Naufragio acá y batalla allí: por ambas partes tendremos diversion.

VIII.

9.=380.

La corbeta estaba á punto de naufragar, no siendo sino un resto de lo que antes era.

En la azulada claridad esparcida en torno del buque; en la lobreguez de las nubes; en la movilidad confusa del horizonte; en el fruncido misterioso de las olas, habia una serenidad sepulcral. A excepcion del viento, que soplaba con un im-

pulso hostil, todo era silencio: la catástrofe surgía del abismo con magestad, parecida mas bien á una vision que á un ataque. Nada se movía ni en las rocas ni en los barcos; era una especie de silencio colosal. Los tripulantes de la corbeta ¿tenían delante de sí algo real, ó era aquel un sueño que pasaba sobre el mar? Las leyendas tienen esta clase de visiones; la corbeta estaba en cierto modo, entre el escollo demonio y la escuadra fantasma.

El conde de Boisberthelot dió á media voz órdenes á La Vieuville, el cual bajó á la batería; despues el capitan tomó su anteojo y fué á situarse en la proa al lado del piloto.

Todo el esfuerzo de Gacquoil se dirigia á mantener la corbeta á flote, porque tomada de costado por el viento y por el mar se hubiera hundido inevitablemente.

—Piloto, dijo el capitan, ¿dónde estamos?

—Sobre los Minquiers.

—¿De qué lado?

—Del malo.

—¿Qué fondo?

—Roca pelada.

—¿Se puede acoderar?

—Siempre se puede morir, dijo el piloto.

El capitán dirigió su anteojo hacia el Oeste y examinó los Minquiers; después le volvió hacia el Este y contempló las velas que tenía á la vista.

El piloto continuó como hablándose á sí mismo.

—Son los Minquiers que sirven de punto de reposo á la gaviota risueña cuando se vá de Holanda y al gran cuervo marino de manto negro.

Entre tanto, el capitán había contado las velas.

En efecto, veíanse distintamente ocho buques formados, cuyo perfil de guerra se destacaba sobre las aguas, y en el centro se descubría la alta estatura de un navío de tres puentes.

El capitán preguntó al piloto:

—¿Conoceis esas velas?

—Ciertamente, respondió Gacquoil.

—¿Qué son?

—La escuadra.

—¿De Francia?

—Del diablo.

Hubo un momento de silencio.

—El capitán repuso: todo el crucero está ahí.

—No todo.

Y en efecto, el 2 de abril Valacé habia anunciado á la Convencion que diez fragatas y seis navíos de línea cruzaban por el canal de la Mancha. El capitan recordó entonces esta circunstancia.

—En efecto, dijo, la escuadra se compone de diez y seis buques, y aquí no hay mas que ocho.

—Los otros ocho, dijo Gacquoil, andan por ahí hácia la costa y nos espian.

El capitan, mirando con el anteojo, murmuró :

—Un navío de tres puentes, dos fragatas de primer órden y cinco de segundo.

—Pero yo tambien, murmuró Gacquoil, les he espiado.

—Buenos barcos, dijo el capitan : yo he mandado en algunos de ellos.

—Yo, dijo Gacquoil, les he visto todos de cerca. No me equivoco con ninguno; tengo en la cabeza las señas de todos.

El capitan pasó el anteojo al piloto.

—Piloto ¿distingues bien el buque de alto bordo?

—Sí, mi comandante; es el navío *La Costa de oro*.

—Que han desbautizado, dijo el capitan; antes se llamaba *Los Estados de Borgoña*; navio nuevo; ciento veinti-ocho cañones.

Y sacando la cartera del bolsillo y un lapiz, escribió en el cuaderno el número ciento veinti-ocho.

Despues prosiguió:

—Piloto, ¿cual es la primera vela á babor?

—*La Esperimentada*: Fragata de primer orden. Cincuenta y dos cañones. Estaba armándose en Brest hace dos meses.

El capitan marcó en su cuaderno el número cincuenta y dos.

—Piloto, añadió, ¿cual es la segunda vela á babor?

—*La Driada*.

—Fragata de primer orden: cuarenta cañones de á diez y ocho. Ha estado en la India y tiene una buena historia. Y escribió debajo del número cincuenta y dos el de cuarenta; despues levantando la cabeza dijo:

—Pasemos á estribor.

—Mi comandante, son todas fragatas de segundo orden, y hay cinco.

—¿Cual es la primera contando desde el navio?

—*La Resuelta.*

—Treinta y dos piezas de á diez y ocho.

—¿Y la segunda?

—*La Richemont.*

—La misma fuerza.

—¿Despues cual viene?

—*La Atea.* (1)

—Mal nombre para andar por el mar. ¿Y luego?

—*La Calipso.*

—¿Y luego?

—*La Aprensora.*

—Cinco fragatas de á treinta y dos cada una.

El capitan escribió debajo de los primeros números el ciento sesenta.

—Piloto, dijo, ¿las conoceis bien?

—Y vos tambien, respondió Gacquoil.

—Conocerlas desde aquí, es algo; conocerlas á fondo, vale mas.

El capitan tenia la vista fija en su cuaderno, y lo examinaba murmurando entre dientes.

—Ciento veinti-ocho, cincuenta y dos, cuarenta, ciento sesenta.

En aquel momento *La Vieuville* subia sobre cubierta.

(1) *Archivos de la marina*, estado de la armada en Marzo de 1793.

—Caballero, exclamó el capitán, estamos á la vista de trescientas ochenta piezas de artillería.

—Sea, dijo La Vieuville.

—Venís de la inspección, La Vieuville; ¿cuantas piezas tenemos definitivamente en estado de hacer fuego?

—Nueve.

—Sea, dijo á su vez Boisberthelot. Tomó de nuevo su anteojo de manos del piloto y miró al horizonte.

Los ocho buques silenciosos y negros parecían inmóviles; pero su tamaño iba aumentándose gradualmente. Era que se aproximaban poco á poco.

La Vieuville hizo el saludo militar.

—Comandante, dijo, voy á daros mi dictámen. Siempre desconfié de esta corbeta *Claymore* porque es triste verse embarcado repentinamente en un buque que no os conoce ó que no os ama. Buque inglés, traidor para los franceses; la perra de la carronada lo ha probado; he jirado la visita; buenas anclas, buen hierro, forjado todo, con barras soldadas al martinete; solidez en las cadenas; cables escelentes, fáciles de largar y con la longitud de ordenanza; ciento veinte brazas; bastantes muni-

ciones; seis artilleros muertos. Pueden dispararse sesenta y un tiros por pieza.

—Porque no hay mas que nueve piezas, murmuró el capitán.

Boisberthelot dirigió su anteojo sobre el horizonte; continuaba la lenta aproximación de la escuadra.

Las carronadas tienen una ventaja y es que tres hombres bastan para maniobrar con ellas; pero tienen un inconveniente, y es que su alcance es menor y menos certero que el de los cañones. Era, pues, preciso dejar que la escuadra se acercase á tiro de carronada.

El capitán dió sus órdenes en voz baja, y se estableció el silencio en el buque. No se tocó á zafarrancho, pero se ejecutó.

La corbeta estaba tan fuera de combate contra los hombres, como contra las olas. Se sacó sin embargo todo el partido posible de aquel resto de buque de guerra; se acumularon cerca de los guardines sobre el pasamano, todos los calabrotes de repuesto, y todo lo que pudiera afirmar en caso de necesidad la arboladura. Se puso en órden el puesto destinado á los heridos; se formaron bastiones de estopa sobre el puente, lo que es una garantía

contra las balas de fusil, pero no contra las de cañon; se llevaron pasabalas, aunque era un poco tarde para examinar los calibres; pero no se habian previsto tantos incidentes. Cada marinero recibió una cartuchera y se puso en la cintura un par de pistoletes y un puñal. Se apuntó la artillería, se preparó la fusilería; se dispusieron convenientemente las hachas y los garfios de abordaje; se prepararon los cartuchos de cañon y de fusil; se abrió el depósito de pólvora; cada hombre tomó su puesto; todos sin decir una palabra y como en el cuarto de un moribundo. Aquel movimiento fué rápido y lúgubre.

Despues se acodero la corbeta. Tenia seis anclas como una fragata.

Se echaron al mar las seis; el áncora de vigilancia delante; el áncora de remolque detrás, el áncora del flujo del lado del mar; el áncora del reflujo del lado del escollo; el áncora de horquilla á estribor y el áncora maestra á babor.

Las nueve carronadas que quedaban vivas fueron puestas en batería, todas á un solo lado, al lado del enemigo.

La escuadra, no menos silenciosa, habia completado por su parte la maniobra. Los ocho buques

formaban á la sazón un semicírculo, cuya cuerda constituían los Minquiers. La *Claymore* encerrada en este semicírculo, agarrotada además por sus propias áncoras, tenía delante el enemigo, y detrás el escollo, es decir, el naufragio.

Era una trailla alrededor de un jabalí, que no gruñía pero que mostraba los dientes.

De una parte y otra parecía que se esperaba el ataque del enemigo.

Los artilleros de *La Claymore* estaban en sus puestos.

Boisberthelot dijo á La Vieuville:

—Quisiera ser yo el primero en hacer fuego.

—Placer de coqueta, contestó La Vieuville.

IX.

ALGUNO SE ESCAPA.

El pasajero que no habia abandonado el puente, lo observaba todo impasible.

Boisberthelot se acercó á él.

—Señor, dijo, los preparativos están hechos. Estamos ya casi sujetos á la tumba, agarrados á ella, y por cierto que no la soltaremos. Somos prisioneros ó de la escuadra ó de los escollos. Tene-

mos que rendirnos al enemigo ó naufragar en las rompientes; no hay otra alternativa. Nos queda un recurso solo, y es morir. Combatir vale mas que naufragar: prefiero ser ametrallado á morir ahogado; en materia de muerte creo preferible el fuego al agua. Pero si á nosotros no nos toca mas que morir, á vos os toca otra cosa. Sois el hombre elegido por los príncipes, y teneis la gran mision de dirigir la guerra de la Vendée; si vos pereceis, la monarquía se pierde; debeis, pues, vivir. Nuestro honor consiste en no salir de aquí; el vuestro, por el contrario, en salir. Vais, pues, mi general, á dejar el buque; os voy á dar un hombre y un bote, en el cual no es imposible llegar á la costa por un rodeo. Todavía no es de dia; las olas son altas; el mar está oscuro; os librareis. Hay casos en que huir es vencer.

El anciano inclinó gravemente su severa cabeza en señal de asentimiento.

El conde de Boisberthelot levantó la voz.

—Soldados y marineros, dijo.

Todos prestaron atencion y de todos los puntos del buque los semblantes se volvieron hácia el capitán.

Este prosiguió:

—El hombre que está con nosotros representa al rey. Nos ha sido confiado y debemos conservarlo, porque es necesario al trono de Francia. A falta de un príncipe, él será, á lo menos así lo esperamos, jefe de la Vendée. Es un gran militar; debia llegar á Francia con nosotros; es preciso que llegue de todos modos, aunque sea sin nosotros. Salvar la cabeza es salvarlo todo.

—Sí, sí, gritaron todas las voces de la tripulación.

El capitán continuó:

—El también va á correr sérios peligros. No es fácil llegar hasta la costa. Sería preciso que el bote que le llevara fuese grande para arrostrar las grandes oleadas, y es necesario que sea pequeño, para burlar la vigilancia del crucero. Se trata de tomar tierra en un punto cualquiera, que sea seguro, y mas bien hácia la parte de Fougères que hácia Coutances. Se necesita un marinero robusto, buen remero y buen nadador, que sea del país y que conozca los pasos. Hay todavía bastante oscuridad para que el bote pueda alejarse de la corbeta sin ser visto. Además, aquí haremos bastante humo, que acabará de ocultarle. Su pequeñez le ayudará á librarse de los escollos, porque donde

la pantera queda presa, la comadreja se libra. No hay salida para nosotros, pero la hay para él. El bote se alejará de aquí á fuerza de remos; los buques enemigos no le verán, y ademas durante ese tiempo, nosotros desde aquí vamos á darles diversion. ¿Está dicho?

—Sí, sí, gritó la tripulacion.

—No hay un momento que perder, repuso el capitan, ¿hay un hombre de buena voluntad?

Un marinero salió de las filas entre la oscuridad y dijo:

—Yo.

X.

¿SE ESCAPARÁ?

Algunos instantes despues, uno de esos botes que se llaman *you-yous*, y que están especialmente afectos al servicio de los capitanes, se alejaba de la corbeta. En él no habia mas que dos hombres, el anciano pasajero que estaba sentado á popa, y el marinero de *buena voluntad* que ocupaba la proa.

La noche era todavía muy oscura.

El marinero, conforme á las indicaciones del capitán, remaba vigorosamente en la dirección de los Minquiers, única salida, por lo demás, que era posible en aquellas circunstancias.

En el fondo del bote se habían puesto algunas provisiones, un saco de bizcocho, una lengua de vaca ahumada y un barril de agua.

En el momento en que el you-you se hizo á la mar, La Vieuville, chocarrero delante del abismo, se inclinó sobre el codaste del timón de la corbeta y dirigió riendo este adiós al bote.

—Muy bueno para escaparse y mejor todavía para ahogarse.

—Caballero, dijo el piloto, acabemos de reir.

El bote se apartó en breve de la corbeta y tomó buena distancia. El viento y el mar estaban de acuerdo con el remero, y la frágil embarcación huía rápidamente ondulando en el crepúsculo y oculta por los grandes pliegues de las olas.

Había en el mar no sé qué momentos sombríos de espera.

De repente en aquel vasto y tumultuoso silencio del Océano, se levantó una voz que aumentada por el porta-voz, como por la máscara de

bronce de la tragedia antigua, parecia casi sobre humana.

Era el capitán Boisberthelot que tomaba la palabra.

—Marinos del rey, gritó; clavad el pabellon blanco en el palo mayor. Vamos á ver levantarse nuestro último sol.

Y un cañonazo partió de la corbeta.

—¡Viva el rey! gritó la tripulacion.

Entonces se oyó al extremo del horizonte otro grito inmenso, lejano, confuso y sin embargo distinto, que decia:

—¡Viva la república!

Y un estrépito parecido al de trescientos rayos, estalló entre las profundidades del Oceano.

La lucha principiaba,

El mar se cubrió de humo y de fuego.

Los chorros de espuma que forman las balas de cañon al caer en el agua, picaron las olas por todas partes.

La *Claymore* se puso á escupir fuego sobre los ocho buques. Al mismo tiempo toda la escuadra formada en semicírculo alrededor de La *Claymore* vomitaba llamas por todas sus baterías. El horizonte se incendió asemejándose á un volcan sa-

liendo del mar. El viento retorcia aquella inmensa púrpura de la batalla, entre la cual los buques aparecian y desaparecian como espectros. En primer término se dibujaba el esqueleto negro de la corbeta sobre aquel fondo rojo.

Distinguíase en la punta del palo mayor el pabellon sembrado de flores de lis.

Los dos hombres que iban en el bote guardaban silencio.

El bajo triangular de los Minquiers, especie de Trinacrio submarino, es mayor que la isla entera de Jersey; el mar le cubre; y tiene por punto culminante una meseta que sobresale, aun en las mas altas mareas, y de la cual parten al Nordeste seis poderosas rocas formadas en línea recta, que parecen como una gran muralla derruida en diversos puntos. El estrecho entre la meseta y los seis escollos, no es practicable sino para los botes de poquísimo calado. Mas allá se encuentra ya la mar alta.

El marinero que se habia encargado de salvar el bote, metió la embarcacion por entre aquellas rocas, poniendo de este modo los Minquiers entre la batalla y el bote. Remó despues con destreza por el estrecho canal, evitando los arrécifes á babor

como á estribor; las rocas entonces le ocultaban la batalla. El resplandor del horizonte y el estrépito furioso del cañoneo comenzaban á decrecer á causa de la distancia, que iba haciéndose cada vez mayor; pero á juzgar por lo contínuo de las detonaciones, podia comprenderse que la corbeta se sostenia y que queria apurar, hasta la última, sus noventa y una andanadas.

Pronto el bote se halló en agua libre, fuera del escollo, fuera de la batalla y fuera tambien del alcance de los proyectiles.

Poco á poco el mar se iba haciendo menos oscuro: ibanse ensanchando los puntos luminosos; la espuma se rompía acá y allá en chorros de luz, y brillantes blancuras flotaban sobre la superficie de las olas. Apareció por fin el día.

El bote estaba fuera del alcance del enemigo, pero quedaba todavía lo mas difícil, porque si se habia salvado de la metralla, no lo estaba aun del naufragio. Hallábase en alta mar, cáscara de nuez imperceptible, sin puente, sin vela, sin mastil, sin brújula, sin mas recurso que el remo, en presencia del Oceano y del huracan; átomo á la merced del coloso.

Entonces en aquella inmensidad, en aquella

soledad, el hombre que iba á proa, levantando su cara, que la luz de la mañana hacia mas pálida, miró fijamente al hombre que iba á popa y le dijo: —Yo soy hermano de aquel á quien habeis hecho fusilar.

LIBRO TERCERO.

HALMALO.

I.

LA PALABRA ES EL VERBO.

El anciano levantó lentamente la cabeza.

El hombre que le hablaba tenía como unos treinta años; la frente tostada por el aire del mar; la mirada extraña; era la mirada sagaz del marinero en la pupila cándida del aldeano.

Apretaba los remos con las manos y parecía tranquilo. En la cintura llevaba un puñal, dos pistolas y un rosario.

—¿Quién eres? dijo el anciano.

—Acabo de decíroslo.

—¿Qué me quieres?

El hombre dejó los remos, cruzó los brazos y respondió:

—Mataros.

—Como gustes, dijo el anciano.

El hombre levantó la voz.

—Preparaos.

—¿A qué?

—A morir.

—¿Por qué? preguntó el anciano.

Hubo un momento de silencio. El hombre pareció como cortado por esta pregunta. Después exclamó:

—Os digo que quiero mataros.

—Y yo te pregunto por qué.

Los ojos del marinero despidieron un relámpago.

—Porque habeis hecho matar á mi hermano.

El anciano replicó con tranquilidad.

—He principiado por salvarle la vida.

—Es verdad: le habeis salvado primero, y después le habeis mandado matar.

—No soy yo quien le há muerto.

—¿Pues quién, entonces?

—Su falta.

El marinero miró al anciano con la boca abierta; despues sus cejas recobraron su fruncimiento feroz.

—¿Cómo te llamas? dijo el anciano.

—Me llamo Halmalo; pero no teneis necesidad de saber mi nombre para que yo os mate.

En aquel momento se elevó el sol en el horizonte; un rayo de su luz dió al marinero en el rostro é iluminó vivamente aquel semblante feroz.

El anciano le consideraba con atencion.

El cañoneo, que se prolongaba aun, tenia ya interrupciones y sacudidas de agonía; grandes nubes de humo se dibujaban sobre el horizonte; y el bote, abandonado por el remero, iba á merced de las olas.

El marinero sacó con la mano derecha una de las pistolas de su cinturon y tomó con la izquierda su rosario.

El anciano se puso en pié.

—¿Creeis en Dios? preguntó.

—Padre nuestro que estas en los cielos, replicó el marinero.

E hizo la señal de la cruz.

—¿Tienes madre?

—Sí.

E hizo una segunda señal de la cruz. Después añadió:

—Está dicho: os doy un minuto, señor.

Y armó la pistola.

—¿Por qué me llamas señor?

—Porque lo sois: eso se vé.

—¿Tienes tú señor?

—Sí, y es un grande. ¿Por ventura hay nadie que viva sin señor?

—¿Dónde está?

—No lo sé: ha dejado el país; se llama el señor marqués de Lantenac, vizconde de Fontenay y es príncipe en Bretaña y señor de las siete Florestas; y aunque jamás le he visto, eso no impide que sea mi amo.

—Y si le vieses ¿le obedecerías?

—Ciertamente; sería un pagano si no le obedeciese. Se debe obediencia á Dios en primer lugar, después al rey, que es como Dios, y luego al señor, que es como el rey. Pero aquí no se trata de eso; habeis muerto á mi hermano, y es preciso que yo os mate.

El anciano respondió :

—En primer lugar debo decirte que si he muerto á tu hermano, he hecho bien.

El marinero apretó el puño sobre su pistola,

—Vamos, dijo.

—Sea, contestó el anciano.

Y añadió con serenidad.

—¿Dónde está el sacerdote?

El marinero le miró.

—¿El sacerdote?

—Sí, el sacerdote. Yo he dado un sacerdote á tu hermano; tu debes darme á mí otro.

—No le tengo, dijo el marinero.

Y continuó :

—¿Acaso hay sacerdotes en alta mar?

Oyéronse las detonaciones convulsivas, cada vez mas lejanas.

—Los que mueren allí tienen el suyo, dijo el anciano.

—Es verdad, murmuró el marinero; tienen al señor capellan.

El anciano prosiguió :

—Tu pierdes mi alma, lo cual es grave.

El marinero bajó la cabeza pensativo.

—Y al perder mi alma, añadió el anciano, pier-

des la tuya. Escucha; tengo lástima de tí. Harás lo que quieras; yo he cumplido con mi deber, primero salvando la vida á tu hermano, y despues quitándosela. Ahora, en este momento, cumplo tambien con mi deber tratando de salvar tu alma. Reflexiona, que te importa. ¿Oyes los cañonazos que allí se tiran? Hay hombres que perecen, desesperados que agonizan, maridos que no volverán á ver á sus mujeres, padres que no verán mas á sus hijos, hermanos que como tú no han de ver ya nunca á sus hermanos. ¿Y por culpa de quién? Por culpa del tuyo. Tú crees en Dios, ¿no es verdad? Pues bien, tú sabes que Dios padece en este momento. Dios padece en su hijo cristianísimo el rey de Francia, que es un niño como el niño Jesús, y que está preso en la torre del Temple; Dios padece en su iglesia de Bretaña; Dios padece en sus catedrales insultadas, en sus evangelios destrozados, en sus casas de oracion violadas, en sus sacerdotes asesinados. ¿Qué es lo que veníamos á hacer nosotros en ese buque que sucumbe en estos instantes? Veníamos al auxilio de Dios. Si tu hermano hubiese sido un buen servidor; si hubiese cumplido fielmente su oficio de hombre instruido y útil, no habria sucedido la desgracia de la car-

ronada; la corbeta no hubiera quedado desamparada; no se habria separado de su rumbo; no habria caido en poder de esa escuadra de perdicion, y á esta hora todos nosotros estaríamos desembarcando en Francia como valientes hombres de guerra y de mar que somos, sable en mano, bandera desplegada, numerosos, contentos, alegres, para ayudar á los valientes aldeanos de la Vendée á salvar la Francia, á salvar al rey, á salvar la causa de Dios. Eso es lo que veníamos á hacer; eso es lo que hubiéramos hecho; eso es lo que yo, el único que resta, podria hacer todavía. Pero tú te opones á ello; en esta lucha de los impíos contra los sacerdotes; en esta lucha de los regicidas contra el rey, de Satanás contra Dios, tú estas por Satanás. Tu hermano ha sido el primer auxiliar del demonio; tú eres el segundo, él ha comenzado, tú acabas la obra. Tú estas por los regicidas contra el trono, por los impíos contra la Iglesia; tú quitas á la causa de Dios su último recurso. Porque no estando yo allí, yo que represento al rey, las aldeas van á continuar ardiendo, las familias llorando, los sacerdotes muriendo, la Bretaña padeciendo, el rey en la carcel y Jesucristo en la afliccion. ¿Y quién habrá hecho eso? Tú. Adelante pues;

concluye tu obra. Contaba contigo para todo lo contrario; pero veo que me he engañado. Sí, es verdad, tienes razon, he mandado matar á tu hermano. Tu hermano habia sido valiente; le he recompensado; habia sido culpado; le he impuesto su castigo; habia faltado á su deber; yo no he faltado al mio. Lo que he hecho lo volveria á hacer de nuevo; y lo juro por la gran Sta. Ana de Auray que nos mira; en casos semejantes, lo mismo que he mandado fusilar á tu hermano, hubiera mandado fusilar á mi hijo. Ahora tú eres aquí el amo; pero yo te compadezco. Has mentido á tu capitan. Tú cristiano, te muestras sin fé; tú breton, te presentas sin honor; he sido confiado á tu lealtad y aceptado por tu traicion, y das mi muerte á aquellos á quienes has prometido mi vida. ¿Sabes lo que pierdes aquí? Pues te pierdes á tí propio. Tomas mi vida, que es del rey, y das tu eternidad al demonio. Adelante, comete tu crimen; no te detengas; vende por nada tu parte de paraiso; gracias á tí, el diablo vencerá; gracias á tí las iglesias caerán; los paganos continuarán fundiendo las campanas y convirtiéndolas en cañones; los hombres serán ametrallados con aquello mismo que salvaba las almas. En el momento en

que te hablo, la campana que ha tocado en tu bautizo, mata tal vez á tu madre. Prosigue, ayuda al demonio; no te detengas; sí; he condenado á tu hermano, pero sabe que soy instrumento de Dios. ¡Ah! tú juzgas los medios de Dios; tú vas á ponerte á juzgar del rayo que está en el cielo. ¡Desdichado! el rayo te juzgará á tí. Mira lo que vas á hacer; ¿sabes tú siquiera si me hallo en estado de gracia? No: sin embargo, haz lo que gustes; eres libre de enviarme al infierno y arrojarte en él conmigo. La condenacion de ambos está en tus manos; el responsable ante Dios serás tú. Estamos solos frente á frente del abismo. Continúa, acaba, termina; soy anciano y tú eres jóven, estoy desarmado y tú con armas; mátame.

Mientras que el anciano, en pie, con voz que dominaba el ruido del mar, decia estas palabras, las ondulaciones de las olas le hacian aparecer ya en la sombra, ya en la luz. El marinero se habia puesto lívido; gruesas gotas de sudor le caian de la frente; temblaba como la hoja en el árbol; besaba de cuando en cuando su rosario; y cuando el anciano hubo concluido, arrojó la pistola y cayó de rodillas.

—Perdon, señor, perdon, exclamó; hablais como

Dios. No tenia yo razon; mi hermano era culpado; haré cuanto esté de mi parte por reparar su crimen. Disponed de mí; mandad, yo obedeceré.

—Te perdono, dijo el anciano.

II.

MEMORIA DE CAMPESINO, EQUIVALE A CIENCIA DE CAPITAN.

Las provisiones que habia en el bote, no fueron inútiles.

Los dos fugitivos, obligados á dar largos rodeos, gastaron treinta y seis horas en llegar á la costa. Pasaron una noche en el mar; pero la noche fué hermosa, si bien con demasiada luna para gente que trataba de ocultarse.

Debieron desde luego alejarse de Francia y tomar el largo hácia Jersey.

Oyeron el último y supremo cañoneo de la corbeta vencida, como se oye el último rujido del leon muerto por los cazadores en la selva. Después se estableció el silencio en el mar.

La corbeta *La Claymore* murió del mismo modo que *El Vengador*; pero la gloria lo ha ignorado. Nadie es héroe contra su país.

Halmalo era un marinero excelente. Hizo milagros de destreza y de inteligencia; y aquella improvisacion de un itinerario al través de los escollos, las olas y la vigilancia del enemigo, fué una obra maestra. El viento habia disminuido y el mar héchose manejable.

Halmalo evitó las rocas de los Minquiers, costó *La Calzada de los Bueyes* abrigándose, á fin de tomar algunas horas de reposo en la pequeña ensenada que allí se forma al Norte en la baja marea; y descendiendo luego al Sur, halló medio de pasar entre Granville y las islas Chausey, sin ser visto ni del vigía de Chausey ni de la atalaya de Granville. Metióse después en la bahía de San Miguel: golpe de osadía, á causa de la vecindad de Cancale, fondeadero habitual del crucero.

Por la tarde del segundo día, como una hora antes de ponerse el sol, dejó detras de sí el monte de San Miguel, y fué á tomar tierra á una playa que está siempre desierta porque es peligrosa y expuesta á naufragios.

Por fortuna la marea estaba alta.

Halmalo empujó el bote lo mas adentro que pudo, tanteó la arena, la encontró sólida, hizo varar la embarcacion y saltó á tierra.

El anciano hizo lo mismo despues y examinó el horizonte.

—Señor, dijo Halmalo, estamos en la embocadura del Couesnon. A estribor tenemos á Beauvoir, y Huisnes á babor. El campanario que está enfrente es el de Ardevon.

El anciano se inclinó hácia el bote, tomó de él un poco de galleta que se metió en el bolsillo y dijo á Halmalo:

—Quédate con lo demás.

Halmalo metió en el saco lo que quedaba de carne con lo que restaba de bizcocho; lo cargó al hombro y dijo:

—Señor, ¿debo guiaros ó seguiros?

—Ni lo uno, ni lo otro.

Halmalo, estupefacto, miró al anciano.

El anciano continuó:

—Halmalo, vamos á separarnos; dos no valen nada, es preciso ser mil, ó estar solo.

Aquí se interrumpió; sacó del bolsillo un nudo de seda verde, bastante parecido á una escarapela, en el centro del cual estaban bordadas unas flores de lis de oro; y añadió:

—¿Sabes leer?

—No.

—Muy bien, un hombre que lee es un estorbo. ¿Tienes buena memoria?

—Sí.

—Perfectamente. Escucha Halmalo: vás á tomar por la derecha, mientras yo voy por la izquierda; yo me dirijo hácia Fougères, tu te dirigirás hácia Bazouges. Conserva el morral, que te dá las apariencias de aldeano; oculta las armas; córtate un palo en cualquier vallado; arrástrate entre los centenos altos; deslízate detrás de los setos; salta los vallados para atravesar los campos; evita el encuentro de los transeuntes; evita también los puentes y los caminos; no entres en Pontorson. ¡Ah! tendrás que atravesar el Couesnon: ¿cómo le pasarás?

—A nado.

—Está bien; además hay un vado. ¿Sabes dónde está?

—Entre Ancey y Vieux-Viel.

—Muy bien; veo que verdaderamente conoces el país.

—Pero la noche se acerca; ¿dónde va á dormir el señor?

—Yo me encargo de lo que me toca.

—¿Y tú dónde pasarás la noche?

—Sobre el césped, en cualquier parte. Antes de ser marinero he sido campesino.

—Quítate el sombrero de marinero, que podría dar que sospechar. Por ahí encontrarás una caperuza.

—Una montera se encuentra en cualquier parte. El primer pescador que halle me venderá la suya.

—Está bien. Ahora escucha. ¿Conoces las selvas?

—Todas.

—¿De todo el país?

—Desde Noirmoutier hasta Laval.

—¿Conoces también los nombres?

—Conozco los bosques, los nombres y todo.

—¿No olvidarás nada?

—Nada.

—Bien, ahora atención. ¿Cuántas leguas puedes caminar al día?

—Diez, quince, diez y ocho, veinte si es necesario (1).

—Lo será; no pierdas una palabra de lo que te voy á decir: irás al bosque de Saint-Aubin.

—¿Cerca de Lamballe?

—Sí. Al borde del barranco que hay entre Saint-Rieul y Pledéliac, hay un gran castaño; allí te detendrás, aunque no veas á nadie.

—Lo cual no impedirá que haya alguno. Ya lo sé.

—Harás la señal. ¿Sabes hacer la señal?

Halmalo infló los carrillos, se volvió al lado del mar y se oyó entonces el grito del mochuelo. Parecía que aquel grito salía de las profundidades nocturnas; era semejante al del ave y siniestro como ella.

—Bien, dijo el anciano, lo sabes perfectamente.

Y tendió á Halmalo el nudo de seda verde.

—Este es el nudo de mando, añadió; tómale.

(1) La legua francesa no tiene mas que cuatro quilómetros.
(N. del T.)

Importa que nadie sepa todavía mi nombre; pero este nudo basta; la flor de lís ha sido bordada por la princesa real en la prision del Temple.

Halmalo hincó una rodilla en tierra; recibió con emocion el nudo de la flor de lis y le acercó á sus labios. Despues deteniéndose como asustado de su atrevimiento, preguntó :

—¿Puedo besarlo?

—Sí, pues que besas el crucifijo.

—Halmalo besó la flor de lis.

—Levantate, dijo el anciano.

Halmalo se levantó y metió el nudo en su pecho. El anciano prosiguió: Atiende bien á lo que voy á decirte: esta es la consigna: *levantaos; guerra sin cuartel*. Irás, pues, al extremo del bosque de Saint-Aubin, harás la señal; la harás tres veces y á la tercera verás salir un hombre de tierra.

—De un hueco practicado bajo los árboles; lo sé.

—Ese hombre es Planchenault, alias Corazon de Rey. Le enseñarás este nudo y te comprenderá. Despues irás, por los caminos que creas mejores, al bosque de Astillé y allí encontrarás á un hombre patizambo á quien llaman por mote Mosqueton y que no tiene compasion de nadie: le dirás que

le aprecio y que ponga en movimiento sus parroquias. Irás despues al bosque de Couesbon que está á una legua de Ploërmel; allí harás la señal del mochuelo y saldrá un hombre de un agujero. Es M. Thuault, senescal de Ploërmel, que ha sido de lo que llaman la asamblea constituyente, pero de los buenos de esa reunion. Le dirás que arme el castillo de Couesbon que es del marqués de Guer, emigrado. Allí hay barrancos, bosquecillos, terreno desigual, todo bueno para nuestro objeto; y M. Thuault es hombre diestro y de ingenio. Irás despues á Saint-Ouez-les-Toits, y hablarás á Juan Chouan que á mis ojos es el verdadero jefe. Luego irás al bosque de Ville-Anglose, donde verás á Gwitter á quien llaman San-Martin, y le dirás que vigile á cierto sugeto llamado Courmesnil que es yerno del viejo Goupil de Prefeln y jefe del jacobinismo de Argentan. Conserva bien todo esto en la memoria: no escribo porque no conviene escribir nada: La Rouarie escribió una lista y con eso lo echó todo á perder. Irás despues al bosque de Rougefeu, donde está Miellette que salta los barrancos con ayuda de un palo largo.

—Esa se llama una pértiga.

—¿Sabes servirte de ella?

—No sería breton ni campesino si no lo supiera. La pértiga es nuestra amiga; alarga nuestros brazos y nuestras piernas.

—Es decir que hace mas pequeño al enemigo y acorta el camino: buena máquina.

—Una vez con mi pértiga me he defendido de tres aduaneros que llevaban sables.

—¿Cuándo?

—Hace diez años.

—¿En tiempo del rey?

—Se entiende.

—¿Has peleado en tiempo del rey?

—Sí señor.

—¿Contra quien?

—No lo sé: era contrabandista de sal.

—Está bien.

—Llamabamos á eso, pelear contra las gavelas. ¿Por ventura las gavelas son la misma cosa que el rey?

—Sí y no; pero no es necesario que tu comprendas ahora eso.

—Pido perdon al señor por haberle hecho esa pregunta.

—Continuemos: ¿conoces la Tourgeu?

—¿Que si conozco la Tourgue? Soy de allí.

—¿Cómo?

—Sí, pues soy de Parigné.

—En efecto la Tourgue está inmediata á Parigné.

—¡Si conozco la Tourgue! Allí hay un castillo grande y redondo que es la casa solariega de mis señores. Tiene una gran puerta de hierro que separa el edificio nuevo del viejo y que no es posible echar abajo ni aun con un cañon. En el edificio nuevo es donde está el famoso libro sobre San Bartolomé que la gente iba á ver por curiosidad. En los charcos alrededor hay muchas ranas, yo he jugado con ellas cuando niño. Hay tambien un paso subterráneo que yo conozco y quizá no hay nadie que le conozca mas que yo.

—¿Qué paso subterráneo? No sé lo que quieres decir.

—Se abrió hace muchísimos tiempos, cuando la Tourgue estuvo sitiada; entonces la gente de adentro podia salvarse por un pasadizo que hay bajo tierra y que va á salir al bosque.

—En efecto, hay un paso subterráneo de ese género en el castillo de la Jupelliére, en el de la

Hunaudaye y en la torre de Champeon; pero no hay nada semejante en la Tourgue.

—Sí, señor, no tengais duda. No conozco esos subterráneos de que el señor habla; pero conozco el de la Tourgue porque soy del país, y puedo añadir que no hay nadie mas que yo que lo sepa. En mi tiempo no se hablaba de eso; estaba prohibido porque ese paso habia servido cuando las guerras de M. de Rohan; y mi padre sabia el secreto y me lo enseñó. Por eso sé yo el secreto para entrar y el secreto para salir. Si estoy en el bosque puedo ir á la torre, y si estoy en la torre, puedo pasar al bosque sin que me vean, y cuando los enemigos entrasen ya no habria nadie. Esa es la Tourgue: ¡vaya si la conozco!

El anciano permaneció un momento silencioso.

—Te engañas evidentemente: si hubiese un secreto semejante, yo lo sabria.

—Señor, estoy seguro de ello: hay una piedra que gira.....

—¡Ah! bueno; vosotros los campesinos creeis en las piedras que giran, en las piedras que cantan y hasta en las piedras que van á beber por la noche en el arroyo próximo: coleccion de cuentos.

—¡Pero si yo mismo he hecho girar á esa piedra!

—Como otros las han oído cantar. La Tourgue es un castillo seguro y fuerte, fácil de defender; pero el que contase con una salida secreta para librarse de un sitio, sería muy candoroso.

—Pero señor.....

El anciano se encogió de hombros, y dijo:

—No perdamos tiempo, hablemos de nuestros negocios.

Aquel tono perentorio acabó con la insistencia de Halmalo.

El anciano añadió:

—Prosigamos. Escucha: de Rougefeu irás al bosque de Montchevrier, donde está *Benedicite* que es el jefe de los Doce. Este es también un buen jefe; mientras hace arcabucear á las personas, reza el *Benedicite*; para hacer la guerra está demás la sensibilidad. De Montchevrier irás..... Aquí se detuvo.

—Me olvidaba del dinero.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsa y una cartera, que dió á Halmalo.

—En esa cartera, dijo, van treinta mil francos en asignados, cantidad que vendrá á valer unas tres libras y diez sueldos en metálico. Debo añadir que los asignados son falsos; pero en cambio

los verdaderos no valen mas. En la bolsa, sin embargo, van cien luises en oro; te doy todo lo que tengo; no necesito nada aquí; y por otra parte, vale mas que no se me pueda encontrar dinero en el bolsillo. Continuemos: de Montchevrier irás á Antrain, donde verás á M. de Frotté; de Antrain á la Jupelliére, donde verás á M. Rochecotte; de la Jupelliére á Noirieux donde verás al presbítero Baudoin. ¿Te acordarás de todo esto?

—Como del Padre nuestro.

—Verás á M. Dubois en Saint-Brice-en-Cogles; á M. de Turpin en Morannes, que es una aldea fortificada; y al príncipe de Talmont, en Chateau-Gonthier.

—¿Y me hablará un príncipe?

—Pues que te hablo yo.....

Halmalo se quitó el sombrero.

—Todo el mundo te recibirá bien al ver esa flor de lis de la princesa. No olvides que tienes que ir por sitios donde hay campesinos y'patanes. Te disfrazarás; eso es cosa fácil; porque esos republicanos son tan bestias, que con una casaca azul, el sombrero de tres picos y una escarapela tricolor, se puede pasar por todas partes. No hay regimientos, ni uniformes; los cuerpos no tienen número, y

cada cual se pone los trapos que quiere. Irás á Saint-Mhervé, donde verás á Gaulier, llamado Pedro el Grande. Irás luego al canton de Parné, donde estan los hombres de rostro ennegrecido, que echan guijarros en los fusiles y doblan la carga de pólvora para hacer mas ruido. Hacen bien; pero sobre todo díles que maten, maten y maten. Irás en seguida al campo de la Vache-Noire, que está en una altura enmedio del bosque de la Charnie; despues al campo de la Avoine: luego al campo Vert y luego al campo des Fourmis. Irás tambien al Grand-Bordage, que se llama igualmente El Alto del Prado, y que está habitado por una viuda de quien es yerno Treton, llamado el inglés. El Grand-Bordage está en la parroquia de Quelaines; visitarás á Epineux-le-Chevreuil, á Sille-le-Guillaume, á Parannes y á todos los hombres que estén en los bosques. Allí te harás amigos y los enviarás á los extremos del Alto y del Bajo Maine; verás á Juan Treton en la parroquia de Vaisges, á Sans-Regret en Bignon, á Chambord en Bonchamps, á los hermanos Corbin en Maisoncelles y á *Chico-sin-miedo* en Saint-Jean-sur-Erve. Es el mismo que se llama Bourdoiseau. Hecho esto, y dada la consigna en todas partes de *levantaos, guer-*

ra sin cuartel, irás á unirme con el grande ejército, con el ejército católico y real donde quiera que se encuentre. Verás á los señores de Elbée, de Les-cure, de Larochejacquelein y á los jefes que vivan para entonces; les enseñarás mi nudo de mando, y ya saben lo que quiere decir. Tú no eres mas que un marinero, pero Cathelineau no es mas que un carretero, Les dirás de mi parte esto: ya es tiempo de hacer las dos guerras á la vez, la grande y la pequeña. La grande produce mas ruido, pero la pequeña hace mas negocio. La Vendée es buena, la chuanería peor, y en las luchas civiles la peor guerra es la mejor. La bondad de una guerra se juzga por la cantidad de mal que produce.

Aquí se detuvo, y despues de un rato de silencio, añadió:

—Hálmalo, te digo todo esto, porque aunque no comprendes las palabras, comprendes las cosas. He adquirido confianza en tí viéndote maniobrar en el bote. Aunque no sabes geometría, haces en el mar movimientos sorprendentes. El que sabe manejar un barco sabe dirigir una insurrección; y por la manera con que has dirigido la intriga del mar, deduzco que sal-

drás bien de todas mis comisiones. Continuo: dirás esto á los jefes, como tú puedas decírselo, pero de cualquier manera que lo digas estará bien: prefiero la guerra de los bosques á la guerra de las llanuras. No quiero poner en línea á cien mil paisanos bajo la metralla de los soldados azules y bajo la artillería de M. Carnot. Antes de un mes quiero tener quinientos mil matadores emboscados en las selvas. El ejército republicano es la caza que persigo; cazar furtivamente es guerrear; y yo sé bien la estrategia de los bosques. Esta es otra palabra que tú no comprenderás, pero es igual; comprenderás estas otras: nada de cuartel y emboscadas por todas partes. Quiero que haya mas chuanería que Vendée. Añadirás que los ingleses estan con nosotros; que vamos á coger la república entre dos fuegos. La Europa nos ayuda; concluyamos, pues, con la revolucion. Los reyes la hacen la guerra de los reinos. Hagámosle la guerra de las parroquias. Dirás todo esto. ¿Has entendido?

—Sí, señor, que es preciso llevarlo todo á sangre y fuego.

—Eso es.

—Sin dar cuartel.

—A nadie; eso es.

—Iré á todas partes con esa consigna.

—Y mucho cuidado, porque en este país se encuentra la muerte fácilmente.

—La muerte no me importa; quien da su primer paso, usa quizá sus últimos zapatos.

—Eres un valiente.

—¿Y si me preguntan el nombre del señor?

—Todavía no conviene que se sepa. Dirás que no lo sabes, y dirás la verdad.

—¿Dónde volveré á ver al señor?

—Donde me encuentre.

—¿Y cómo lo sabré?

—Porque lo sabrá todo el mundo. Antes de ocho dias se hablará de mí; haré ejemplares, vengaré al rey y á la religion, y tú comprenderás que es de mí de quien se habla.

—Entiendo,

—No olvides nada.

—Quede el señor tranquilo.

—Ahora marcha: que Dios te guíe.

—Haré todo lo que me habeis dicho, iré, hablaré, obedeceré, mandaré.

—Bien.

—Y si salgo bien de mi comision.....

—Te haré caballero de San Luis.

—Como á mi hermano ; y si no salgo bien, me hareis fusilar.

—Como á tu hermano.

—Está dicho, señor.

El anciano bajó la cabeza y cayó al parecer en una profunda meditacion. Cuando levantó la vista estaba solo: Halmalo no era ya mas que un punto negro que iba desapareciendo en el horizonte.

El sol acababa de ponerse.

Las gaviotas y demás aves acuáticas volvian á sus nidos. El mar es lo exterior ; la patria, la casa, estan en tierra.

Sentiase en el espacio ese género de inquietud que precede á la noche ; las ranas cantaban, las cercetas huian silbando de los estanques ; las grullas, las ánades, los vencejos, lanzaban sus gritos vespertinos ; las aves de la playa se llamaban unas á otras ; pero no se oia ningun ruido humano. La soledad era profunda ; ni una vela en la bahía, ni un aldeano en el campo ; toda la extension del horizonte parecia desierta. El viento silbaba entre los grandes cardos de las arenas ; el cielo blanco del crepúsculo arrojaba sobre la pla-

ya una vasta claridad lívida ; á lo lejos los estanques en la llanura sombría parecían manchas de estaño sobre el suelo, y el viento soplaba del mar.

LIBRO CUARTO.

TELLMARCH.

I.

LA CUMBRE DE LA DUNA.

El anciano, despues que vió desaparecer á Halmalo, se embozó en su capa de mar y se puso en marcha. Caminaba á paso lento y pensativo dirigiéndose hácia Huisnes, mientras que Halmalo se dirigia á Beauvoir.

Detrás de él se erguia el monte de San Miguel, que es al Oceano lo que la pirámide de

Chéops es al desierto : enorme triángulo negro con su tiara de catedral y su coraza de fortaleza, con sus dos gruesas torres de levante , la una redonda , la otra cuadrada que ayudan á la montaña á llevar el peso de la iglesia y de la aldea.

Las arenas movedizas de la bahía del monte de San-Miguel , hacen que sus dunas cambien insensiblemente de lugar. Habia en aquella época entre Huisnes y Ardevon una duna muy alta, que hoy ha desaparecido. Aquella duna, nivelada ya por una de las tempestades del equinoccio, tenia la particularidad de ser bastante antigua y de ostentar en su cima una piedra miliar colocada allí en el siglo XII, en conmemoracion del concilio celebrado en Avranches contra los asesinos de Santo Tomás de Cantorbery.

Desde lo alto de aquella duna, se descubria todo el país y era fácil orientarse.

El anciano marchó hácia ella y subió su pendiente.

Cuando estuvo en la cumbre , se recostó contra la piedra miliar, se sentó sobre uno de los lados de su cuadrada base y se puso á examinar la especie de mapa geográfico que tenia á sus piés. Parecia buscar un camino en aquel país , que , por

otra parte, le era conocido. En aquel vasto paisaje, poco distinto á causa del crepúsculo, nada se destacaba con precision mas que el horizonte negro sobre el cielo blanco.

Veíanse los grupos de tejados de once aldeas y aldehuelas; distinguíanse á muchas leguas de distancia, todos los campanarios de la costa, que son muy altos y que sirven en caso de necesidad, de puntos de mira á los que están en el mar.

Al cabo de algunos momentos pareció haber hallado en aquel claro-oscuro lo que buscaba. Su mirada se detuvo en un recinto de árboles, de paredes y de tejados, algo visibles en medio de la llanura y de los bosques, y que constituian una alquería. A su vista hizo ese movimiento de cabeza que indica que un hombre está satisfecho, y se dijo mentalmente: «allí es.» Despues se puso á trazar con el dedo el bosquejo de un itinerario al través de los vallados y de los sembrados. De cuando en cuando examinaba un objeto informe y poco visible que se agitaba por cima del tejado principal de la alquería y parecia preguntarse: ¿qué es aquello? Aquello era incoloro y confuso á causa de la hora; no era una veleta porque on-

deaba, y no habia ninguna razon para que fuese una bandera.

El anciano estaba cansado, y por eso permanecia sentado sobre aquella piedra donde se hallaba, dejándose llevar de la especie de olvido vago que dá á los hombres cansados el primer minuto de reposo.

Hay una hora del dia que podria llamarse la hora de la ausencia de ruido, la hora serena; y esa es la de la tarde, la que reinaba en aquel momento. El anciano gozaba de ella; miraba; escuchaba, ¿qué? La tranquilidad. Los hombres mas crueles tienen sus instantes de melancolía. Súbitamente aquella tranquilidad fué, no diremos turbada, pero sí acentuada por voces de transeuntes: eran voces de mujeres y de niños. Hay á veces en la sombra estos repiques de alegría inesperados. No se veia, á causa de la maleza, el grupo de donde salian las voces; pero se adivinaba que iba caminando al pié de la duna y se dirigia hácia la llanura y el bosque. Las voces subian claras y frescas hasta el anciano pensativo; y venian de tan cerca, que no perdió una palabra de ellas.

Una voz de mujer decia :

—Aprieta el paso, tú La Flecharde. ¿Es por aquí?

—No, es por allí.

Y el diálogo continuaba entre las dos voces, la una alta, la otra tímida.

—¿Cómo llamas á esa alquería que habitamos ahora?

—La de Herbe en Pail.

—¿Estamos lejos todavía?

—Nos falta un buen cuarto de hora de marcha.

—Apretemos el paso para llegar pronto á comer el rancho.

—Es verdad que nos hemos retardado un poco.

—Deberíamos correr; pero estos muñecos están fatigados. Somos solo dos mujeres y no podemos llevar á tres chiquillos: y despues tú llevas ahí una, la Flecharde, que es un verdadero plomo. Ya la has destetado; y sin embargo la llevas siempre en brazos; mala costumbre; hazla andar un poco. En fin, cuando lleguemos, el rancho estará frio.

—¡Ah! ¡qué buenos zapatos me has dado! No parece sino que están hechos para mí.

—Eso vale mas que andar descalza.

—Anda mas deprisa, Renato.

—El es quien nos ha hecho tardar, porque quiere hablar á todas las niñas que encuentra. Ya parece un hombre.

—Vaya, vá á tener cinco años.

—Dime Renato, por qué has hablado á aquella chiquilla en la aldea?

Una voz de muchacho respondió :

—Porque es una que conozco.

—La mujer volvió á preguntar. ¿Cómo la conoces?

—Sí, respondió el niño, porque es mi novia desde esta mañana.

—Esto si que es bueno, exclamó la madre; no estamos en el país sino desde hace tres dias, ¡este chico no ha salido del cascaron, y dice que tiene novia!

Las voces se alejaron y se estableció de nuevo el mas profundo silencio.

II.

AURES HABET , ET NON AUDIET .

El anciano permanecía inmóvil. No meditaba; apenas soñaba; y á su alrededor todo era serenidad, letargo, confianza, soledad. Habia claridad todavía en la duna, pero era casi de noche en la llanura y noche enteramente en los bosques. La luna iba subiendo por el Oriente; algunas estrellas rasgaban el azul pálido del zenit; y aquel hombre, aun-

que lleno de cuidados violentos, se abismaba en la inefable mansedumbre de lo infinito. Sentia subir en su alma el alba oscura de la esperanza, si la palabra esperanza puede aplicarse á la de las guerras civiles. Por el momento, pareciale que al salir de aquel mar que acababa de ser para él tan inexorable y al tocar en tierra, todo peligro se habia desvanecido. Nadie sabia su nombre; estaba solo perdido para el enemigo, sin huellas detrás de sí, porque la superficie del mar no conserva nada; oculto, ignorado, ni aun sospechado; sentia pues cierta tranquilidad suprema. Un instante mas y se habria dormido.

Lo que para aquel hombre, presa en lo interior como en lo exterior de tantos tumultos, presentaba un atractivo extraño en aquella hora tranquila que atravesaba, era el profundo silencio que reinaba en el cielo y en la tierra.

No se oia mas que el viento que venia del mar; pero el viento es un bajo continuo y cesa casi de ser un ruido por su misma continuacion.

De repente el anciano se levantó.

Su atencion se acababa de despertar brúscamente: consideró el horizonte y su mirada adquirió una fijeza particular.

Lo que miraba era el campanario de Cormeray que tenia enfrente de sí al extremo de la llanura; y en efecto, alguna cosa extraordinaria pasaba en aquel campanario.

Su perfil se destacaba claramente; veíase la torre, coronada de la pirámide, y entre la torre y la pirámide la caja de la campana, cuadrada sin reparo contra el viento, espuesta á las miradas por sus cuatro lados como es la moda en los campanarios bretones.

Aquella caja parecia alternativamente abierta y cerrada á intervalos iguales. Su alta ventana se dibujaba, ya enteramente blanca, ya completamente negra; unas veces se veia el cielo al través de su abertura; otras veces no se le veia; por intervalos se observaba claridad y despues ocultacion, y la apertura y la clausura se sucedian de un segundo al otro con la seguridad del martillo sobre el yunque.

El anciano tenia aquel campanario delante de sí á una distancia de dos leguas; miró á su derecha la torre de Baguer-Pican, igualmente erguida sobre el horizonte; la caja de las campanas se abria y se cerraba como la de Cormeray.

Miró á su izquierda el campanario de Tanis;

y la caja de este campanario se abría y se cerraba también como la de Baguer-Pican.

Miró á todos los campanarios del horizonte, uno tras otro: á su izquierda los de Courtils, de Precey, de Crollon y de la Croix Avranchin; á su derecha los de Raz-sur-Couesnon, de Mordrey y de Pas, enfrente el de Pontorson. La caja de todos estos campanarios se presentaba alternativamente negra y blanca.

¿Qué significaba aquello?

Significaba que todas las campanas eran tocadas á vuelo.

Era necesario, para aparecer y desaparecer de este modo, que estuviesen fuertemente sacudidas.

¿Qué era aquello, pues? Indudablemente el toque de somaten. Tocaban á somaten; tocaban frenéticamente; tocaban por todas partes, en los campanarios, en todas las parroquias, en todas las aldeas; y sin embargo á la distancia en que se hallaba el anciano no se oía nada.

Debíase este fenómeno, no solo á la distancia, sino también al viento del mar, que soplaba del lado opuesto y que alejaba del horizonte todos los ruidos de la tierra.

Nada mas siniestro que aquellas campanas fuertemente agitadas, tocando á rebato por todas partes, y aquel silencio al mismo tiempo en que se hallaban sumergidos los sitios donde descansaba el anciano.

Este miraba y escuchaba.

No oia el somaten, pero le veia. Ver el toque de somaten: sensacion estraña.

¿Qué querian aquellas campanas?

¿Contra quien tocaban?

III.

UTILIDAD DE LAS LETRAS GRANDES.

Ciertamente el toque de somaten se dirigia contra alguno.

¿Quien?

Aquel hombre de acero se estremeció por un momento.

No podia ser él á quien se buscaba. ¡No se habia podido adivinar su llegada; era imposible que

los representantes en mision estuviesen ya informados de ella, pues acababa de desembarcar. La corbeta evidentemente habia zozobrado, sin que un solo hombre se escapase del naufragio; y en la corbeta misma, á escepcion de Boisberthelot y La Vieuville, nadie sabia su nombre.

Las campanas continuaban su juego feroz: él las examinaba y las contaba maquinalmente; y su meditacion, llevada de una congetura á otra, tenia esa fluctuacion que produce el paso de una seguridad profunda, á una incertidumbre terrible. Sin embargo, todo bien considerado, aquel somaten podia esplicarse de muchas maneras, y el anciano acabó por tranquilizarse, repitiendo: en suma, nadie sabe mi llegada ni tampoco mi nombre.

Pero hacia unos instantes que se movia un ligero ruido por cima y detrás de él; un ruido semejante al roce de la hoja de un árbol agitada contra otra. Al principio no fijó su atencion en aquel incidente; pero como el ruido persistiese, y aun pudiera decirse insistiese, acabó por volverse á mirar lo que le producía. Era una hoja en efecto, pero una hoja de papel. El viento parecia querer despegar por cima de su cabeza un gran cartel fi-

jado sobre la piedra miliar. Hacia poco tiempo que se habia puesto aquel cartel, porque estaba todavía húmedo y ofrecia presa al viento, que se habia puesto á jugar con él y á desprenderle. El anciano habia subido á la cumbre de la duna por el lado opuesto y no habia visto aquel cartel al llegar.

Subió sobre el escalon de la piedra en que estaba sentado, y puso la mano sobre el extremo del cartel que levantaba el viento. El cielo estaba sereno; los crepúsculos son largos en junio; el pié de la duna era tenebroso, pero el alto estaba iluminado: una parte del cartel estaba impresa en letras grandes y habia aun bastante claridad para poder leerlo. Leyó pues lo siguiente:

REPUBLICA FRANCESA UNA E INDIVISIBLE.

«Nos, Prieur, diputado del Marne, representante del pueblo en mision cerca del ejército de las costas de Cherburgo, mandamos:

El ex-marqués de Lantenac, ex-vizconde de Fontenay, que se dice príncipe breton y ha desembarcado furtivamente en la costa de Granville, queda declarado fuera de la ley, y su cabeza puesta á precio.

Se pagará á quien le entregue muerto ó vivo la suma de sesenta mil libras.

Esta suma no será satisfecha en asignados, sino en oro.

Se enviará inmediatamente un batallon del ejército de las costas de Cherburgo en busca del ex-marqués de Lantenac.

Las poblaciones deberán prestar auxilio á esta fuerza para el desempeño de la comision de que está encargada.

Dado en las casas consistoriales de Granville á 2 de Junio de 1793.

PRIEUR, del Marne.»

Por debajo de este nombre habia otra firma, pero en caractéres mucho mas pequeños, y que no se podian leer á causa de la poca claridad que quedaba.

El anciano se metió el sombrero hasta los ojos, se embozó en la capa tapándose la cara, y bajó repentinamente la duna. Era inútil y peligroso, en efecto, detenerse en aquella cima, iluminada aun por el crepúsculo.

Tal vez habia estado allí ya demasiado tiempo; lo alto de la duna era el único punto del paisaje que habia quedado visible.

Cuando estuvo abajo en la oscuridad, disminuyó la rapidez de su marcha. Dirigióse, en el sen-

tido del itinerario que habia trazado, hácia la alquería, en la cual sin duda esperaba encontrarse en seguridad.

Todo estaba desierto; era la hora en que no habia ya transeuntes.

Detrás de unas matas se detuvo, se quitó la capa, volvió su casaca del lado velludo, se ató al cuello la capa con una cuerda, y volvió á ponerse en marcha.

La luna iluminaba el espacio.

Llegó á la encrucijada de dos caminos, donde se levantaba una antigua cruz de piedra. Sobre el pedestal de la cruz se distinguía un cuadrado blanco que verosímilmente era un cartel parecido al otro que acababa de leer. Aproximóse á leerlo en efecto.

—¿A dónde vais? le dijo una voz.

El anciano se volvió.

Estaba allí un hombre junto al vallado, un hombre de alta estatura como él, anciano como él, también como él de cabellos blancos, pero más haraposo todavía que él; casi su igual.

Aquel hombre se apoyaba en un palo largo.

—Os pregunto á donde vais, añadió.

—En primer lugar, ¿dónde estoy? dijo el preguntado con una serenidad casi altanera.

El hombre respondió:

—Estais en la señoría de Tanis, señoría de la cual yo soy el mendigo, y vos el señor.

—¡Yo!

—Sí, vos, señor marqués de Lantenac.

IV.

EL CAIMAND.

El marqués de Lantenac, á quien llamaremos en adelante por su verdadero nombre, respondió gravemente:

—Está bien, entrégame á mis enemigos.

El hombre respondió:

—Los dos estamos aquí en nuestra casa, vos en el castillo, yo en el monte.

—Acabemos; haz lo que pensabas; entrégame.

El hombre continuó:

—Ibais á la alquería de Herbe en Pail, ¿no es verdad?

—Sí.

—No vayais.

—¿Por qué?

—Porque estan allí los azules.

—¿Desde cuando?

—Desde hace tres dias.

—Los habitantes de la alquería y de la aldea, ¿se han resistido?

—No: han abierto todas las puertas.

—¡Ah! dijo el marqués.

El hombre mostró con el dedo el tejado de la alquería que se veia á alguna distancia por cima de los árboles.

—¿Veis el tejado, señor marqués?

—Sí.

—¿Veis lo que hay encima?

—¿Una cosa que ondea?

—Sí.

—Es una bandera.

—Tricolor, añadió el hombre.

Era el objeto que habia llamado ya la aten-

cion del marqués cuando estaba en lo alto de la duna.

—¿No tocan á rebato? preguntó el marqués.

—Sí.

—¿Por qué?

—Evidentemente á causa de vos.

—Pero no se oye el toque.

—Es el viento el que lo impide.

El hombre continuó:

—¿Habeis visto vuestro anuncio?

—Sí.

—Os buscan.

Y echando una mirada al lado de la alquería, añadió:

—Hay allí medio batallon.

—¿De republicanos?

—Parisienses.

—Pues bien, dijo el marqués, marchemos.

Y dió un paso hácia la alquería.

El hombre le asió del brazo diciendo: No vayais.

—¿Y á dónde quieres que vaya?

—A mi habitacion.

El marqués miró al mendigo.

—Escuchad, señor marqués; mi casa no es de

las mejores , pero es segura : una cabaña mas baja que una cueva ; por suelo un lecho de yerba , por techo uno de ramas y paja ; venid . En la alquería seríais fusilado ; en mi casa dormireis . Debeis estar cansado ; y como mañana por la mañana los azules se habrán puesto en marcha , ireis adonde queráis .

El marqués contemplaba en silencio á aquel hombre .

—¿De qué partido sois ? le preguntó al fin : ¿sois republicano ? ¿sois realista ?

—Soy un pobre .

—¿Ni realista ni republicano ?

—No creo ser lo uno ni lo otro .

—¿Estais en favor ó en contra del rey ?

—No tengo tiempo de pensar en eso .

—¿Qué es lo que pensais de lo que está pasando ?

—Que no tengo de qué vivir .

—Sin embargo , venís á socorrerme .

—Hé visto que estábais fuera de la ley . ¿Qué significa eso de la ley ? Se puede estar fuera de ella ? No lo comprendo . Por lo que á mí toca , no sé si estoy dentro ó fuera de la ley . ¿Por ventura morir de hambre es estar dentro de la ley ?

—¿Desde cuándo morís de hambre?

—Desde que nací.

—¡Y me salvais!

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me hé dicho á mí mismo: este es todavía mas pobre que yo: yo tengo el derecho de respirar, y él no le tiene.

—Es verdad: ¿y me salvais?

—Sin duda. Somos hermanos, señor marqués: yo pido una limosna, vos pedís la vida; somos dos mendigos.

—¿Pero sabeis que han puesto á precio mi cabeza?

—Sí.

—¿Cómo lo sabeis?

—He leído el cartel.

—¿Sabeis leer?

—Sí, y escribir tambien. ¿Por qué habia de ser un bruto?

—Entonces, pues que sabeis leer y habeis leído el cartel, sabreis tambien que el hombre que me entregase ganaria sesenta mil francos.

—Lo sé.

—No en asignados.

—Sí, lo sé, en oro.

—¿Sabeis que sesenta mil francos son un caudal?

—Sí.

—¿Y que el que me entregase haria su fortuna?

—Es verdad, ¿y qué?

—¡Su fortuna!

—Eso es justamente lo que he pensado. Al veros, he dicho para mí: ¡cuando pienso que el que entregara á este hombre ganaria sesenta mil francos y haria su suerte! Apresurémonos á ocultarle.

El marqués siguió al pobre. Entraron en una espesura donde estaba la cueva del mendigo. Era una especie de aposento que una grande encina muy baja habia dejado formar debajo de ella á aquel hombre: un aposento abierto bajo sus raices y cubierto con sus ramas. El sitio era oscuro, bajo, oculto, invisible; pero habia espacio para dos.

—He previsto que podia tener un huesped, dijo el mendigo.

Aquella especie de habitacion subterránea, mas comun en Bretaña de lo que se cree, se llama en lengua bretona *carnichot*, nombre que se aplica tambien á las aberturas secretas practicadas en el espesor de las paredes.

Tenia por mueblaje algunos pucheros, un ca-

mastro de paja lavada y despues secada, un toscobertor de lana y algunas mechas de sebo, con piedra y eslabon para encender lumbre.

Encorváronse los dos, se arrastraron un poco, penetraron en el aposento donde las gruesas raices del árbol formaban estrañas habitaciones y se sentaron sobre el monton de hojas secas estendidas sobre el camastro. El intervalo de dos gruesas raices por donde habian entrado, y que hacia el oficio de puerta, daba alguna claridad. La noche habia llegado; pero la mirada se proporciona siempre á la luz y acaba por hallar generalmente un poco de claridad en la sombra. Un reflejo de la luna blanqueaba vagamente la entrada. Habia en un rincon un cántaro de agua, un pan moreno y castañas.

—Cenemos, dijo el pobre.

Se repartieron las castañas; el marques dividió con el pobre su pedazo de galleta, mordieron en la misma miga de pan negro, y bebieron en el cántaro uno despues de otro.

Enseguida renovaron la conversacion. El marques se puso á interrogar á aquel hombre.

—Es decir, que tanto os importa que sucedan grandes cosas como que no suceda nada.

—Casi lo mismo. Vosotros sois señores: esos son negocios vuestros.

—Pero en fin, lo que pasa....

—Pasa allá arriba.

El mendigo añadió:

—Y despues hay cosas que pasan todavía mas arriba que estas; el sol que se levanta; la luna que se aumenta ó se disminuye: de esas son de las que yo me cuido.

Bebió un trago de agua del cántaro y añadió:

—¡Que buen agua fresca!

—Despues dijo: ¿qué os parece esta agua señor marqués?

—¿Cómo os llamais? dijo el marqués.

—Me llamo Tellmarch, alias el Caimand.

—Lo sé: *Caimand* es una palabra del pais.

—Que quiere decir mendigo: me llaman tambien el viejo.

—Y prosiguió: cuarenta años hace, en efecto, que me llaman el viejo.

—¡Cuarenta años! Seriais muy jóven entonces.

—Jamás he sido jóven, mientras que vos lo sois todavía. Vos teneis piernas de veinte años, pues que podeis subir á lo alto de la gran duna, mientras que yo comienzo á no poder andar, y al cabo

de un cuarto de legua estoy cansado. Somos sin embargo de la misma edad; pero los ricos tienen sobre nosotros una ventaja, y es que comen todos los dias. El comer conserva la salud.

El mendigo despues de un rato de silencio continuó:

—¡Los pobres! ¡los ricos! terrible cosa: eso es lo que produce las catástrofes. A lo menos á mí me parece así. Los pobres quieren ser ricos, y los ricos no quieren ser pobres; eso es lo que creo yo que hay en el fondo de todas estas cosas. No me mezclo en ellas; lo que sucede, sucede; no estoy ni por el acreedor ni por el deudor; sé que hay una deuda y que la pagan, y nada mas. Habria preferido que no matasen al rey, pero me seria dificil decir por qué. Despues oigo que me responden; en otro tiempo se ahorcaba á las personas de los árboles por nada; y en efecto, yo por un mal tiro disparado contra un cervatillo del rey, he visto ahorcar á un hombre que tenia mujer y siete hijos. De una y otra parte se pueden presentar argumentos.

Guardó silencio algunos instantes, y despues añadió:

—Ya comprendéis que yo no estoy al corriente

de lo que pasa; los unos van, los otros vienen; y yo no me meto en nada.

Tellmarch volvió á interrumpirse y estuvo como meditando algunos instantes. Despues continuó:

—Soy algo herborista y algo médico; conozco las yerbas y saco partido de las plantas; los aldeanos me ven muy atento á veces examinando lo que á ellos les parece nada y esto me hace pasar por brujo. Porque medito y á veces sueño, creen que sé algo.

—¿Sois del país? preguntó el marqués.

—No hé salido nunca de él.

—¿Me conoceis?

—Sin duda. La última vez que os ví fue cuando pasasteis por aquí hace dos años para ir á Inglaterra. Hace poco observé en lo alto de la duna un hombre de alta estatura. Los hombres altos son poco comunes por aquí, porque la Bretaña es un país de hombres de poca estatura. Miré bien; habia leído el cartel y dije, ¡calla! y cuando os volvisteis, como hacia luna, os conocí.

—Sin embargo, yo no os conocia.

—Me habeis visto, pero no habeis reparado en mí.

—Y Tellmarch el Caimand añadió: pero yo re-

paraba en vos. De mendigo á transeunte, la mirada no es la misma.

—¿Nos hemos encontrado alguna otra vez?

—Muchas veces, pues que soy vuestro mendigo. Yo era el pobre que se situaba al pié del camino de vuestro castillo. En algunas ocasiones me habeis dado limosna; pero el que dá no mira, mientras el que recibe examina y observa. Quien dice mendigo dice espia; pero yo, aunque muchas veces triste, trato de no ser un mal espia. Tendia la mano; vos no veiais mas que la mano y echabais en ella la limosna de que yo necesitaba para no morir de hambre aquel dia. A veces está uno veinticuatro horas sin comer; y una moneda de un sueldo es la vida. Os debo pues la vida y os la devuelvo.

—Es verdad, me salvais.

—Sí, os salvo, señor marqués.

Y la voz de Tellmarch se volvió grave, al añadir:

—Con una condicion.

—¿Cual?

—Que no venis aquí para hacer el mal.

—Vengo aquí para hacer el bien, dijo el marqués.

—Durmamos añadió el mendigo.

Tendiéronse el uno al lado del otro sobre el lecho de hojas y el mendigo se quedó inmediatamente dormido. El marqués, aunque muy cansado estuvo por un instante pensativo; despues en aquella oscuridad, miró al pobre y se volvió del otro lado. Echarse sobre aquel lecho era echarse en el suelo; aprovechó pues la ocasion de aplicar el oido á tierra y escuchó. Oíase un rumor sordo: sabido es que el sonido se propaga por las profundidades del suelo. Oíase el tañido de las campanas.

El somaten continuaba.

El marqués se durmió.

V.

FIRMADO GAUVAIN.

Cuando se despertó era de día.

El mendigo estaba en pié, no en la cueva, porque allí no era posible mantenerse derecho, sino fuera y en el umbral. Estaba apoyado en su garrote y tenía el semblante animado, como si un rayo de sol le iluminase.

—Señor marqués, dijo, acaban de dar las cua-

tro de la mañana en el reloj de la torre de Tanis. Hé oido las cuatro campanadas, lo cual quiere decir que el viento ha cambiado y ahora sopla de tierra. No oigo ningun ruido; de donde deduzco que ha cesado el toque de rebato. Todo está tranquilo en la alquería y en la aldea de Herbe-en Pail. Esto me indica que los azules ó duermen ó se han marchado. Lo mas fuerte del peligro ha pasado ya, y es prudente separarnos. Esta es la hora en que yo acostumbro á hacer mi escursion diaria.

Y designando un punto del horizonte añadió:
—Yo me voy por ahí.

Despues designó el punto opuesto y dijo:
—Vos, señor marqués, os ireis por allí.

El mendigo hizo al marcharse un grave saludo con la mano, y añadió señalando los restos de la cena.

—Llevaos castañas si teneis ganas.

Un momento despues habia desaparecido entre los árboles.

El marqués se levantó y se puso en marcha hácia el sitio que le habia indicado Tellmarch. Era la hora deliciosa que en la antigua lengua de los aldeanos normandos, se llama *el reclamo del dia*. Oíanse piar los pajarillos en los bosques. El

marqués siguió el sendero por donde habia llegado la víspera; y saliendo de la espesura, se encontró en la encrucijada donde estaba la cruz de piedra. Allí vió el cartel blanco y reflejando el sol levante. Recordó que habia al pié del anuncio una cosa que no habia podido leer la víspera, á causa de lo pequeño de las letras y de la poca claridad que habia. Llegóse al pedestal de la cruz y vió que el cartel terminaba en efecto, por debajo de la firma de PRIEUR DEL MARNE, con estas dos líneas en caractéres pequeños:

«Una vez identificada la persona del marqués de Lantenac, será inmediatamente pasado por las armas. Firmado: *El jefe de batallon comandante de la columna espedicionaria, GAUVAIN.*»

—¡Gauvain! dijo el marqués.

Detúvose profundamente pensativo con la mirada fija en el cartel y repitió:

—¡Gauvain!

Se puso luego en marcha, se volvió, miró la cruz, deshizo el camino que habia andado y leyó de nuevo el cartel.

Despues se alejó á pasos lentos; y el que hubiera estado cerca de él en aquel momento, le habria oido murmurar á media voz:

¡Gauvain!

Desde el fondo de la cañada por donde marchaba, no se veían los tejados de la alquería, que había dejado á la izquierda. Costeaba una eminencia escabrosa toda cubierta de zarzas en flor, de la especie llamada de larga espina. Aquella eminencia tenía por cumbre una de esas puntas de tierra que se llaman en el país «hures»; y á sus pies la mirada se perdía entre los árboles. El follaje estaba como sumergido en un Oceano de luz y toda la naturaleza presentaba el júbilo profundo de la madrugada.

De repente todo aquel paisaje tomó un aspecto terrible, como cuando se descubre una emboscada. Una especie de tromba formada de gritos feroces y de tiros, cayó sobre aquellos campos y aquellos bosques llenos de luz, y en breve se levantó del lado donde estaba la alquería un grande humo cortado acá y allá por llamas claras como si el pueblo y la granja no fuesen mas que un haz de paja ardiendo. Aquello fué súbito y lúgubre; el paso repentino de la serenidad á la furia; una esplosion del infierno en plena aurora; el horror sin transición. Sin duda se daba una batalla del lado de Herbe-en-Pail.

El marqués se detuvo.

No hay nadie que en semejantes casos no haya experimentado una sensación de curiosidad mas fuerte todavía que el peligro. Se quiere saber, aun á costa de esponerse á perecer. Subió sobre la eminencia por cuya falda pasaba la cañada, y desde donde podia verse todo, aun á riesgo de ser visto. Pocos minutos tardó en hallarse en la cima y desde allí miró.

En efecto, habia tiros y habia un incendio. Oíanse clamores y veíase el fuego; la alquería era como el centro de una catástrofe desconocida.

¿De dónde venia aquella catástrofe? ¿Atacaban la alquería? ¿Quiénes? ¿Era aquello un combate ó una ejecucion militar? Los azules, y esto les estaba mandado por un decreto revolucionario, castigaban con mucha frecuencia las alquerías y las aldeas refractarias incendiándolas; se ponía fuego por ejemplo á toda alquería y á toda aldea que no habian derribado los árboles prescritos por la ley para abrir claros en la espesura de los bosques y paso para la caballería republicana. A este castigo habia sido sometida especialmente en los últimos tiempos la parroquia de Bourgon

cerca de Ernée. ¿Se hallaba ahora en el mismo caso la alquería de Herbe-en-Pail? Era evidente que ninguna de las tales trochas estratégicas mandadas ejecutar por el decreto, se había hecho en los bosques y espesuras de Tanis ni de Herbe-en-Pail. ¿Podría ser aquello el castigo? ¿Habría llegado una orden para el efecto á la vanguardia que ocupaba la alquería? Esta vanguardia ¿no formaba parte de una de aquellas columnas expedicionarias llamadas *columnas infernales*?

Un bosque lleno de maleza rodeaba por todas partes la eminencia en cuya cumbre se había situado el marqués en observacion. Aquella espesura, llamada el bosquecillo de Herbe-en-Pail, pero que tenía las proporciones de bosque, se extendía hácia la alquería y ocultaba como todos los sotos bretones una red de barrancos, senderos y cañadas, laberintos donde se perdían los ejércitos republicanos.

La ejecucion, si es que lo era, había debido de ser feroz, porque fue corta. Como todas las cosas brutales, en breve estuvo consumada. La atrocidad de las guerras civiles consiente estos atentados salvajes. Mientras que el marqués, multiplicando sus conjeturas, no sabiendo si huir ó quedarse escu-

chaba y espiaba, cesó aquel estrépito de esterminio, ó por mejor decir se dispersó. El marqués observó en efecto como la dispersion de una multitud feroz y alegre al mismo tiempo. Oyóse entre los árboles un zumbido espantoso; la multitud acudia desde la alquería sobre el bosque y habia entre ella tambores que tocaban paso de ataque. Ya no se disparaban tiros; lo que pasaba asemejábase mas que á una batalla, á un ojeo; parecia que buscaban, que perseguian, que iban sobre la pista de alguno. El ruido era difuso y profundo; una confusion de palabras de cólera y de triunfo, un rumor compuesto de clamores; no se distinguia nada. Pero de repente, como un perfil que se dibuja en una nube de humo, hubo una cosa articulada y precisa en aquel tumulto: era un nombre repetido por mil voces, y el marqués oyó claramente este grito:

«¡Lantenac! ¡Lantenac! el marqués de Lantenac!»

Era él á quien buscaban.

VI.

LAS PERIPECIAS DE LA GUERRA CIVIL.

Súbitamente alrededor de él y por todos los lados á la vez, el bosque se llenó de fusiles, de bayonetas y de sables; una bandera tricolor se dibujó en la penumbra; el grito ¡Lantenac! estalló á sus oídos, y rostros enfurecidos aparecieron á sus pies entre las matas y las zarzas.

El marqués estaba solo en pié sobre la emi-

nencia, visible de todos los puntos del bosque. Apenas veía á los que gritaban su nombre; pero era visto de todos. Si había mil fusiles en el bosque, él estaba allí pudiendo servir de blanco á los mil fusiles. No distinguía nada en la espesura mas que pupilas ardientes fijas sobre él.

Quitóse el sombrero, levantó una de las alas, arrancó una espina seca de una zarza, sacó del bolsillo una escarapela blanca, la fijó con la espina al ala levantada prendiendo también está sobre la copa del sombrero; y volviéndosele á poner en la cabeza de manera que se viesen bien el rostro y la escarapela, dijo en alta voz hablando á todo el bosque á un tiempo:

—Yo soy el hombre á quien buscáis. Yo soy el marqués de Lantenac, vizconde de Fontenay príncipe breton, teniente general de los ejercitos del rey. Acabemos: ¡apunten! ¡fuego!

Y apartando con las dos manos su colete de piel de cabra, mostró el pecho desnudo.

Bajó los ojos buscando con la mirada los fusiles dirigidos contra su pecho y se vió rodeado de hombres hincados de rodillas.

Levantóse un inmenso grito: ¡Viva Lantenac! ¡viva el señor! ¡viva el general!

Al mismo tiempo saltaban sombreros por el aire, agitábanse sables en señal de alegría y veíanse salir de todos los sitios palos y al extremo de ellos monteras de lana parda.

Lo que habia alrededor de él era una partida de vendeanos.

Aquella partida se habia arrodillado al verle.

La leyenda refiere que habia en las antiguas selvas turingias seres estraños, raza de gigantes, mas ó menos que hombres, á quienes los romanos consideraban como animales horribles y los germanos como encarnacion divina, y que, por tanto segun la tropa con que se encontraban, se hallaban espuestos al esterminio ó á la adoracion.

El marqués experimentó una cosa semejante á la que debia de sentir uno de esos seres cuando pensando que iba á ser tratado como un mónstruo, se encontraba bruscamente tratado como un Dios.

Todos aquellos ojos llenos de relámpagos terribles, se fijaban sobre el marqués con una especie de amor salvaje.

Aquella muchedumbre iba armada de fusiles, de sables, de hoces, de picas, de palos; todos llevaban grandes sombreros ó monteras pardas con escarapelas blancas, profusion de rosarios y de

amuletos, anchos calzones abiertos por la rodilla, casaca de piel, botines de cuero, la rodilla desnuda, los cabellos largos, algunos, aire feroz, todos aire de simples.

Un jóven de bella presencia atravesó por entre aquella gente arrodillada y subió á grandes pasos hasta el marqués. Iba como los demás cubierto con un sombrero de ala levantada y escarapela blanca, y vestido con una casaca de piel; pero tenia las manos blancas y camisa fina, y llevaba por encima una faja de seda blanca de la que pendia una espada de puño dorado.

Al llegar á la eminencia arrojó su sombrero, se quitó la faja, puso la rodilla en tierra y presentó al marqués la faja con la espada diciendo:

—Os buscabamos, en efecto, y os hemos encontrado al fin. Aquí está la espada de mando. Esos hombres os pertenecen desde este momento como subordinados. Yo era su comandante; ahora asciendo á soldado vuestro. Aceptad nuestro homenaje como señor, y dadnos vuestras órdenes como general.

Despues hizo una señal y varios hombres que llevaban una bandera tricolor, salieron del bosque subiendo hasta el marqués y depositando á sus

pies la bandera. Esta era la que acababa de ver al través de los árboles.

Mi general, dijo el jóven que le habia presentado la espada y la faja, esta es la bandera que acabamos de tomar á los azules que estaban en la alquería de Herbe-en-Pail. Yo me llamo Gavard, y he pertenecido al marqués de la Rouarie.

—Está bien, dijo el marqués.

Y tranquilo y grave se ciñó la faja.

Despues sacó la espada y agitándola por cima de su cabeza, exclamó:

—En pie y ¡viva el rey!

Todos se levantaron.

Y oyóse en las profundidades del bosque un clamor inmenso y triunfante:

—¡Viva el rey! ¡viva nuestro marqués! ¡viva Lantenac!

El marqués se volvió hácia Gavard.

—¿Cuanta gente tenemos?

—Siete mil hombres.

Y bajando de la eminencia, mientras que los aldeanos apartaban las zarzas por donde tenia que pasar el marqués, Gavard continuó:

—Señor nada mas sencillo: todo se esplica en pocas palabras. No se esperaba mas que una chispa

que prendiese los combustibles hacinados. El bando de la República revelando vuestra presencia ha sublevado el país á favor del rey. Habíamos sido prevenidos secretamente de vuestra llegada por el alcalde de Granville que es hombre nuestro. Es el mismo que ha salvado al padre Olivier. Esta noche se ha tocado á rebato.

—¿Por quién?

—Por vos.

—¡Ah! dijo el marqués.

—Y aquí estamos, repuso Gavard.

—¿Y sois siete mil?

—Hoy siete mil; mañana seremos quince mil, que es el cupo que corresponde al país. Cuando M. Enrique de la Rochejacquelein salió para el ejército católico, se ha tocado á somaten, y en una noche seis parroquias que son las de Ysernay, Corqueux, Echaubroignes, Aubiers, Saint-Aubin y Nueil, le han llevado diez mil hombres. No habia municiones, pero se han encontrado en casa de un albañil sesenta libras de pólvora de mina, y con ellas ha marchado M. de la Rochejacquelein. Pensábamos que debíais estar por aquí en este bosque y por eso os buscábamos.

—¿Y habeis atacado á los azules en esa alquería?

—El viento les habia impedido oír el toque de somaten. No sospechaban nada; la gente del pueblecillo que son todos patanes les habian recibido bien. Esta mañana hemos atacado la alquería; los azules dormian y la cosa ha quedado concluida en un minuto. Tengo un caballo. ¿Os dignareis aceptarlo, mi general?

—Sí.

Un paisano acercó un caballo blanco militarmente ensillado y dispuesto. El marqués sin usar del auxilio que le ofrecia Gavard, montó á caballo.

—¡Hurra! gritaron los paisanos; porque los gritos ingleses son muy usados en la costa bretona-normanda, en relaciones continuas con las islas del canal de la Mancha.

Gavard hizo el saludo militar y preguntó:

—¿Cuál será vuestro cuartel general?

—Por ahora el bosque de Fougères.

—Uno de vuestros siete bosques señor marqués.

—Necesito un cura.

—Tenemos uno.

—¿Quien?

—El vicario de la Chapelle-Erbrée.

—Le conozco: ha hecho el viaje de Jersey.

Salió de las filas un clérigo y dijo:

—Tres veces.

—El marqués volvió la cabeza. Buenos días señor vicario, dijo, vais á tener mucho que hacer.

—Tanto mejor, señor marqués.

—Tendreis mucha gente que confesar: los que quieran, porque no se hará fuerza á nadie.

—Señor marqués, dijo el clérigo, Gaston en Guemenée, obligó á los republicanos á confesarse.

—Gaston es un peluquero, dijo el marqués; pero la muerte debe ser libre. Gavard, que habia ido á dar algunas órdenes, volvió.

—Mi general ¿qué hacemos? Esperamos vuestra voz de mando.

—En primer lugar, ya he dicho que la reunion general es en el bosque de Fougères; que se dispersen todos, y que vayan allá por distintos caminos.

—Ya está dada esa orden.

—¿No me habeis dicho que los habitantes de Herbe-en-Pail habian recibido bien á los azules?

—Sí, mi general.

—¿Habeis quemado la granja?

—Sí, mi general.

—¿Habeis quemado el pueblecillo?

—No, mi general.

—Quemadlo.

—Los azules han tratado de defenderse; pero eran ciento cincuenta y nosotros siete mil.

—¿Que especie de azules eran esos?

—Azules de Santerre.

—El que mandó tocar el tambor mientras cortaban la cabeza al rey. ¿Entonces es un batallon de París?

—Medio batallon.

—¿Cómo se llama ese batallon?

—Mi general, hay en la bandera un letrero que dice, batallon del gorro colorado.

—De bestias feroces.

—¿Qué haremos con los heridos?

—Acabarlos.

—¿Qué haremos con los prisioneros?

—Fusilarlos.

—Hay unos ochenta.

—Fusiladlos á todos.

—Hay tambien dos mujeres.

—Fusiladlas tambien.

—Hay tres niños.

—Traedlos acá, veremos despues lo que se hace de ellos.

Y el marqués metió espuelas al caballo.

VII.

NADA DE PERDON (CONSIGNA DEL MUNICIPIO. — GUERRA
SIN CUARTEL (CONSIGNA DE LOS PRÍNCIPES).

Mientras esto sucedía cerca de Tanis, el mendigo se había dirigido hácia Crollon. Se había entrado por los barrancos bajo la vasta y sorda espesura del follaje, descuidado de todo y atento á una nada como él mismo había dicho; soñador más que pensador, porque el pensador tiene un objeto, y el soñador no lo tiene; errante, vagabundo, de-

teniéndose á comer acá y allá un tallo de mimbre silvestre ó á beber en los manantiales ; levantando la cabeza por momentos para oír ruidos lejanos, despues volviendo á la fascinacion deslumbradora de la naturaleza, ofreciendo sus harapos al sol, oyendo tal vez el ruido de los hombres, pero escuchando el canto de las aves.

Era viejo y pesado ; no podia andar mucho ; como habia dicho al marqués de Lantenac, un cuarto de legua le fatigaba ; dió un breve rodeo hácia la Croix-Avranchin , y empezaba á anoche- cer cuando volvió.

Un poco mas allá de Macey el sendero que se- guia le condujo á una eminencia desnuda de ár- boles, desde donde se veia á bastante distancia descubriéndose todo el horizonte del Oeste hasta el mar.

Una grande humareda le llamó la atencion.

Nada mas suave que una humareda en el pai- sage , nada en ocasiones mas espantoso. Hay hu- maredas pacíficas , y las hay que son anuncios de maldades. En una humareda , el espesor y el color del humo forman toda la diferencia entre la paz y la guerra , entre la fraternidad y el ódio , entre la hospitalidad y el sepulcro , entre la vida y la

muerte. El humo que sube entre los árboles puede significar lo que hay mas delicioso en el mundo, el hogar doméstico, ó lo que hay mas horrible, el incendio; toda la dicha y toda la desdicha del hombre estan simbolizadas á veces en esa cosa que se esparce á impulso del viento.

El humo que miraba Tellmarch era alarmante.

Era negro con resplandores súbitos, como si el foco ardiente de donde salia tuviese intermitencias y acabase de extinguirse, y se elevaba por cima de Herbe-en-Pail.

Tellmarch apresuró el paso y se dirigió hácia aquel humo. Estaba muy cansado, pero queria saber lo que aquello era.

Llegó á la cima de un cerrillo en cuya ladera estaban la alquería y la aldehuela.

No existian ya ni la una ni la otra; un monton de escombros se quemaba y humeaba: aquello era la alquería.

Hay una cosa cuya vista causa mas dolor que ver quemarse un palacio, y es ver arder una cabaña. Una cabaña ardiendo es lamentable: la devastacion abatiéndose sobre la miseria, el buitre encarnizándose sobre el gusano, forman un contrasentido que oprime el corazon.

Segun la leyenda bíblica, la vista de un incendio cambia una criatura humana en estatua: Tellmarch quedó por un momento convertido en estatua. Tal fué la inmovilidad que le dió el espectáculo que tenia ante sus ojos. Aquella destruccion se consumaba en silencio: no se oia un grito, ni un suspiro humano se mezclaba con aquel humo; el inmenso brasero trabajaba y acababa de devorar la aldea, sin que se oyese mas ruido que el chasquido de las maderas y el chisporroteo de la paja de las techumbres. Por momentos la nube de humo se desgarraba y las paredes abiertas dejaban ver el interior de las habitaciones. El brasero mostraba todos sus rubíes, trapos encarnados y pobres muebles viejos de color de púrpura en interiores de color rojo; y Tellmarch experimentaba el deslumbramiento siniestro del desastre.

Algunos árboles de un castañar contiguo á las casas se habian prendido tambien y arrojaban llamas.

El mendigo escuchaba, procurando oir alguna voz, algun clamor, algun grito de socorro, pero nadie se movia, escepto las llamas; todo callaba, escepto el incendio. ¿Era que todos habian huido?

¿Dónde estaba aquel grupo vivo y trabajador

de Herbe-en-Pail? ¿qué habia sido de toda aquella aldea?

Tellmarch bajó del cerro.

Un enigma fúnebre se presentó á su vista. Aproximábase sin apresurarse, con la mirada fija; avanzaba hácia aquella ruina con una lentitud de sombra, considerándose como el fantasma de aquella tumba.

Llegó á lo que habia sido la puerta de la alquería; miró hácia el corral que ya entonces no tenia puertas y se confundia con el pueblecillo agrupado al derredor.

Lo que habia visto antes no era nada; no habia visto mas que lo terrible, pero á la sazón se le apareció lo horroroso.

En medio del corral habia un monton negro vagamente iluminado de una parte por la llama, de la otra por la luna; aquel monton era de hombres, y aquellos hombres estaban muertos.

Al rededor se veia un gran charco que humeaba un poco; el incendio se reflejaba en él, pero no tenia necesidad del reflejo de fuego para ser rojo, porque era sangre.

Tellmarch se acercó y se puso á examinar uno

tras otro aquellos cuerpos que yacían en tierra; todos eran cadáveres.

La luna y el incendio iluminaban la escena.

Los cadáveres eran de soldados; todos tenían los piés descalzos; les habían quitado los zapatos; les habían quitado también las armas; pero tenían aun los uniformes, que eran azules, y aquí y allá se distinguían, entre la confusión de brazos, piernas y cabezas, sombreros agujereados con escarpelas tricolores. Eran, pues, republicanos; eran aquellos parisienses que el día anterior estaban allí todos vivos, y guarnecían la granja de Herbe-en-Pail. Aquellos hombres habían sido ejecutados, como lo indicaba la caída simétrica de los cuerpos; habían sido fusilados en el sitio y con cuidado. Todos estaban muertos; ni el más leve suspiro salía de ninguno de ellos.

Tellmarch pasó aquella revista de cadáveres sin omitir uno solo; todos estaban acribillados de balas.

Los que les habían ametrallado, teniendo prisa probablemente por ir á otra parte, no se habían tomado el trabajo de enterrarlos.

Al tiempo de retirarse, su vista cayó sobre una pequeña pared que había en el corral, y vió cuatro

piés que salian por detrás del ángulo de aquella pared.

Aquellos piés tenian zapatos; eran mas pequeños que los otros; Tellmarch se acercó. Eran piés de mujer.

Dos mujeres habia allí tendidas una al lado de otra detrás de la pared, fusiladas tambien.

Tellmarch se inclinó sobre ellas. La una tenia una especie de uniforme; al lado de ella habia un cubeto roto y vacío; era una cantinera. Tenia cuatro balazos en la cabeza; estaba muerta.

Tellmarch examinó la otra. Era una aldeana; estaba lívida: tenia la boca abierta y los ojos cerrados, pero ninguna herida en la cabeza. Sus vestidos, convertidos en harapos, sin duda por la fatiga y las marchas, se habian abierto en la caída y dejaban ver el torso medio desnudo. Tellmarch acabó de separarlos y vió en un hombro el agujero redondo que habia hecho una bala; la clavícula estaba rota. Miró aquel seno lívido y murmuró:

—Madre y nodriza.

La tocó: no estaba fria.

No tenia al parecer mas herida que la del hombro, que habia roto la clavícula.

Le puso la mano sobre el corazón y sintió un débil latido. No estaba muerta.

Tellmarch se levantó y gritó con voz terrible:
—¿No hay nadie aquí?

—¿Eres tú Caimand? respondió una voz tan baja que apenas se oía, y al mismo tiempo salió una cabeza de un agujero de las ruinas.

Después otra cara se presentó entre otros escombros.

Eran dos aldeanos que se habían ocultado, los únicos que habían sobrevivido.

La voz del Caimand les había tranquilizado y hecho salir de los rincones en que se habían metido.

Adelantáronse hacia Tellmarch temblando.

Tellmarch había podido gritar, pero no podía hablar; las emociones profundas causan tales efectos.

Les mostró con el dedo la mujer tendida á sus piés.

—¿Es que vive todavía? dijo uno de los aldeanos.

Tellmarch hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¿Y la otra vive también? preguntó el otro aldeano.

Tellmarch hizo señas de que no.

El aldeano que se habia mostrado el primero, repuso:

—Todos los demás estan muertos, ¿no es verdad? Yo lo he visto; yo estaba en mi cueva; ¡cómo da uno gracias á Dios en tales casos de no tener familia! ¡Señor, Jesús! todos, todos han muerto; esta mujer tenia niños; tres niños pequeñitos. Los niños gritaban ¡madre! la madre gritaba ¡hijos míos! Han matado á la madre y se han llevado á los niños; he visto eso. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Dios mio! despues los matadores han marchado; iban todos muy contentos y se llevaron los niños despues de haber muerto á la madre. Pero no está muerta: ¿no es verdad que no está muerta? Dí Cai-
mand, ¿crees tú que podrias salvarla? ¿quieres que te ayudemos á llevarla á tu covacha?

Tellmarch hizo señas de que sí.

El bosque estaba inmediato á la alquería; pronto hicieron unas parihuelas con follaje y helechos, colocaron sobre ellas á la mujer, que permanecia inmóvil, y se pusieron en marcha, uno á la cabeza y otro á los piés, mientras Tellmarch sostenia el brazo de la mujer y examinaba el pulso.

Mientras caminaban, los dos aldeanos habla-

ban, y por cima de la mujer ensangrentada, cuyo rostro pálido iluminaba la luz de la luna, cambiaban exclamaciones de susto.

—¡Matar á todos!

—¡Quemarlo todo!

—¡Ah! señor Dios, ¿es que ahora van á ir así las cosas?

—Es aquel hombre alto, viejo, el que lo ha mandado.

—Sí, el era el general.

—Yo no le he visto cuando han fusilado. ¿Estaba allí?

—No; ya se habia marchado; pero es igual, todo se ha hecho por sus órdenes.

—Entonces es él quien lo ha hecho todo.

—El dijo: matad, quemad, nada de cuartel.

—Es un marqués.

—¿Cómo se llama entonces?

—El marqués de Lantenac.

Tellmarch levantó los ojos al cielo y murmuró entre dientes:

—¡Si yo lo hubiera sabido!

SEGUNDA PARTE.

EN PARIS.

LIBRO PRIMERO.

CIMOURDAIN.

I.

LAS CALLES DE PARÍS EN AQUEL TIEMPO.

Viviase entonces en público; se comia en mesas puestas delante de las puertas; las mujeres, sentadas en los pórticos de las galerías, hacian hilas cantando la marsellesa; el parque de Monceaux y el de Luxemburgo eran campos de maniobras; habia en todas las encrucijadas talleres de armeros trabajando; se hacian fusiles á la vista

de los transeuntes, que aplaudian; no se oían mas que estas frases en todas las bocas:

Paciencia, estamos en revolucion.

Hasta las mujeres eran heróicas; se iba al teatro como en Atenas durante la guerra del Peloponeso, y se veían carteles en las esquinas anunciando los dramas: *El sitio de Thionville.*—*La madre de familia salvada del incendio.*—*El club de los indolentes.*—*La mayor de las papisas, Juana.*—*Los filósofos soldados.*—*El arte de amar en la aldea.*

Los alemanes estaban á las puertas; corria el rumor de que el rey de Prusia habia mandado tomar palco en la ópera. Todo era espantoso y nadie se espantaba. La tenebrosa ley de sospechosos, que es el crimen de Merlin de Douai, hacia visible la guillotina suspendida sobre todas las cabezas. Un procurador llamado Sérán, denunciado, esperaba que fuesen á prenderlo vestido de bata y chinelas y tocando la flauta á la ventana. Nadie parecia estar desocupado; todo el mundo se apresuraba. No habia un sombrero que no tuviese una escarapela. Las mujeres decian: *estamos bonitas con el gorro colorado.* París parecia llenarse de gente que cambiaba de habitacion; los prenderos tenían sus tiendas llenas de coro-

nas, de mitras, de cetros de madera dorada y de flores de lis, restos de cosas reales; era la demolición de la monarquía que pasaba. Veíanse en las tiendas de trapo y hierro viejo capas pluviales y roquetes que se vendían por cualquier cosa. En las tabernas de los Porcherons y de Ramponneau, hombres vestidos de sobrepellices con estolas y montados en burros, que llevaban casullas por caparzones, bebían vino de la taberna en los cálices de las catedrales. En la calle de Santiago los empedradores descalzos detenían la carretilla de un vendedor ambulante de calzado, compraban á escote quince pares de zapatos y los enviaban á la Convención para que sirviesen á los soldados. Los bustos de Franklin, de Rousseau, de Bruto, y hay que añadir también de Marat, abundaban. Por debajo de uno de estos bustos de Marat, en la calle de Cloche-Pericé, estaba en un cuadro de madera negra cubierto con cristal una requisitoria contra Malouet, con todos sus considerandos y estas dos líneas al margen: « Me ha dado estos pormenores la querida de Silvano Bailly, buena patriota, que me favorece con sus bondades. =MARAT. » En la plaza del Palais-Royal, la inscripción de la fuente: *Quantos effundit*

in usus, estaba oculta por dos grandes lienzos pintados al temple que representaban el uno á Cahier de Gerville, denunciando á la Asamblea Nacional la consigna para la reunion de los *harapistas* de Arles; el otro á Luis XVI, volviendo de Varennes en su carroza real y bajo ella una tabla atada con cuerdas y teniendo en cada extremo un granadero con fusil y bayoneta armada. Pocas eran las grandes tiendas que estaban abiertas. Comercios ambulantes de comestibles y de quincalla, se veian establecidos sobre carretones que circulaban arrastrados por mujeres, iluminados por velas de sebo, el cual derretido, caia sobre las mercancías. Otros habia tambien al aire libre, que estaban dirigidos por ex-monjas con peluca rubia; tal zurcidora que remendaba medias en el hueco de una puerta era una condesa; tal costurera era una marquesa; madama de Boufflers habitaba una guardilla desde la cual veia su antiguo palacio. Corrian los vendedores ofreciendo papeles nuevos. Se llamaba *escrofulosos* á los que ocultaban la barba en la corbata. Los cantores ambulantes pululaban; la multitud silbaba á Pitou, el cancionero realista, valiente por otra parte, porque fue encarcelado veintidos veces y llevado

ante el tribunal revolucionario por haberse dado golpecitos algo mas abajo de la cintura al pronunciar la palabra *civismo*. Entonces, viendo su cabeza en peligro, exclamó *¡pero si es lo contrario de mi cabeza lo que es culpable!* Esto hizo reir á los jueces, y le salvó. Pitou se burlaba de la moda de los nombres griegos y latinos y su cancion favorita versaba sobre un zapatero de viejo á quien llamaba *cujus*, y á su mujer *cujus-dam*. Bailabase en los claustros arruinados con lamparillas sobre el altar y colgando de la bóveda dos palos en cruz con cuatro velas mientras los muertos yacían en sus tumbas bajo los pies de los bailadores. Llevábanse casacas de color «azul de tirano» y alfileres de camisa con el «gorro de la libertad», hechos de piedras blancas, azules y rojas. La calle de Richelieu se llamaba calle de la Ley; el arrabal de San Antonio tenia por nombre el arrabal de la Gloria; en la plaza de la Bastilla habia una estatua de la Naturaleza. Señalábase con el dedo á ciertos transeuntes conocidos, como Chatelet, Didier, Nicolás y Garnier-Delaunay, que vigilaban á la puerta del carpintero Duplay; Voulland que no faltaba un dia de guillotina, y seguia á las carretadas de sentenciados, lo cual llamaba

ir á la misa roja, y Montefiabert jurado revolucionario y marqués, que se hacía llamar *Diez de agosto*. Veíanse desfilan los alumnos de la escuela militar calificados por los decretos de la Convencion de *aspirantes á la escuela de Marte*, y por el público, de *pages de Robespierre*. Leíanse las proclamas de Fréron, denunciando á los sospechosos del crimen de negociantismo. Los elegantes, agolpados á las puertas de las alcaldías, se burlaban de los matrimonios civiles, y al pasar el novio le saludaban llamándole *casado municipaliter*. En los Inválidos, las estátuas de los santos y de los reyes estaban cubiertas con el gorro frigio. Jugábase á las cartas en los guarda-cantones de las encrucijadas, porque los juegos y aun los mismos naipes estaban tambien en revolucion; en efecto, los reyes habian sido reemplazados por génios, las sotas por libertad, los caballos por igualdad y los ases por las leyes. Se labraban los jardines públicos y el arado surcaba los de las Tullerías. Con todo esto se mezclaba, especialmente en los partidos vencidos, cierto cansancio altanero de la vida; un hombre escribia á Fouquier-Tinville: Tened la bondad de librarme de la existencia: á conti-

nuacion van las señas de mi casa. Champcenetz era preso por haber exclamado en las galerías del Palais-Royal : «¿Cuándo se hace la revolucion de Turquía? Quisiera ver la república puesta en la Puerta.» Por todas partes se veian periódicos : los oficiales de peluquero rizaban en público pelucas de mujeres, mientras que el maestro leia en alta voz el *Monitor* ; otros comentaban en medio de grupos con grandes gestos, el periódico : *Entendámonos* de Dubois-Crancé, ó la *Trompeta del tío Bellerose*. Algunas veces los barberos eran al mismo tiempo choriceros, y se veian jamones y salchichas colgadas al lado de una muñeca adornada de cabellos de oro. Otros mercaderes vendian en la via pública «vinos de emigrados;» otros publicaban en sus anuncios «vinos de cincuenta y dos especies,» otros iban vendiendo relojes de lira y sofás á la duquesa ; y un peluquero decia en la muestra que tenia en su tienda : «afeito al clero, peino á la nobleza y corto el cabello al estado llano.» Iba tambien la gente á ver á Martin, ántes Delfina, que echaba las cartas en su casa de la calle de Anjou, número 173, para que les dijese la buena ventura. Faltaba el pan ; faltaban el carbon y el jabon, y mientras

tanto pasaban todos los días hatos de vacas lecheras que llegaban de las provincias. En la Vallée, el cordero se vendía á quince francos la libra; un decreto de la municipalidad asignaba á cada boca una libra de carne por década; se otopellaba la gente á las puertas de las tiendas de comestibles; y una de estas *colas* ha quedado en la tradición. Llegaba desde la puerta de un especiero de la calle de Petit-Carreau, hasta la mitad de la calle de Montorgueil, y entonces á formar cola, se llamó «tener la cuerda» á causa de una cuerda larga en que se apoyaban uno detrás de otros los que formaban fila á la puerta de la tienda. Las mujeres, en medio de aquella miseria general, eran valientes y caritativas. Pasaban la noche esperando su vez para entrar en las tahonas. Los espedientes producían buenos resultados á la revolución, la cual salvaba aquella gran miseria con dos medios peligrosos: el asignado y el *máximo*, de los cuales, el primero era la palanca y el segundo, el punto de apoyo. Aquel empirismo salvó á la Francia. El enemigo, lo mismo el de Coblenza que el de Lóndres, especulaba sobre los asignados. Muchachas del pueblo iban y venían ofreciendo agua de lavanda, ligas y cadenetas y

haciendo el agio de asignados. Habia agiotistas del pórtico de la calle de Vivienne con zapatos rotos, cabellos grasientos, gorro de piel de cola de zorra; y los habia elegantes de la calle de Valois, con botas lustradas, mondadientes en la boca, sombrero de castor en la cabeza y que se veian tuteados por las muchachas. El público les daba caza lo mismo que á los ladrones, á quienes los realistas llamaban «ciudadanos activos.» Por lo demas habia pocos robos: ofrecíase generalmente el espectáculo de una desnudez salvaje unida á una probidad estóica. Los descalzos y los muertos de hambre, pasaban gravemente con los ojos bajos delante de los escaparates de las joyerías establecidas en el «Palacio-Igualdad.» En una visita domiciliaria que hizo la seccion Antoine en casa de Beaumarchais, una mujer cogió en el jardin una flor, y el público la dió de bofetadas. El haz de leña costaba cuatrocientos francos en dinero; veíanse en las calles personas que serraban las tablas de sus camas; en el invierno, las fuentes estaban heladas y el agua costaba á veinte sueldos el viaje; todo el mundo se hacía aguador. El luis de oro valia tres mil nuevecientos cincuenta francos; una carrera en coche de

alquiler costaba seiscientos francos; y despues de un dia de coche, se oia este diálogo:—Cochero, ¿cuánto te debo?—Seis mil libras. Una vendedora de yerba vendia por valor de veinte mil francos al dia. Un mendigo decia:—por caridad, socorredme; me faltan doscientas treinta libras para pagar los zapatos. A la entrada de los puentes se veian estátuas colosales pintadas por David, y Mercier las insultaba diciendo que eran *enormes polichinelas de madera*. Aquellos colosos figuraban el federalismo y la coalicion vencidos. No se notaba desfallecimiento en aquel público, sino por el contrario, el júbilo sombrío de haber acabado con los tronos. Los voluntarios afluian ofreciendo sus pechos, y cada calle daba un batallon. Las banderas de los distritos iban y venian, cada una con su divisa. En la del distrito de Capuchinos se leia: *Nadie nos hará la barba*. Otra tenia por lema: *Nada de nobleza mas que en el corazon*. En todas las puertas carteles grandes blancos, verdes, amarillos, rojos, impresos ó manuscritos, decian: ¡*Viva la república!* Y los niños que apenas sabian hablar balbuceaban la cancion *Ca ira*.

Aquellos niños eran el inmenso porvenir.

Posteriormente, á la ciudad trágica sucedió

la ciudad cínica. Las calles de París tuvieron dos aspectos revolucionarios muy diferentes: antes y despues del 9 termidor. El París de Saint-Just dejó su lugar al París de Tallien; tales son las continuas antitesis de Dios; inmediatamente despues de lo sublime apareció lo ridículo. Semeiantes accesos de locura pública no son raros. Uno de ellos se habia visto ya ochenta años antes. Se sale de Luis XIV como se sale de Robespierre, con un gran deseo de respirar; de aquí la Regencia que abre el siglo y el Directorio que le termina: dos saturnales, despues de dos terrorismos. La Francia se emancipa y sale del claustro puritano como del claustro monarquico con el júbilo de una nacion que se escapa del encierro.

Despues del 9 termidor, París se manifestó alegre, con una alegría estraviada; un pueblo mal sano se desbordó por todas partes, y al frenesí de morir sucedió el frenesí de vivir que eclipsó toda grandeza. Hubo un Trimalcion que se llamó Grimod de la Reyniere y hubo tambien *el almanaque de los glotones*. Se comia al ruido de las músicas militares en los entresuelos del Palas-Royal con orquestas de mujeres que tocaban el tambor y la trompeta; el bastonero con su violin reinaba

por todas partes; se cenaba á la *oriental* en casa de Meto en medio de pebeteros llenos de perfumes. El pintor Boze peinaba á sus hijas, inocentes y lindas cabezas de diez y seis años, «como guillotinadas» es decir escotadas con camisas rojas. A las danzas violentas en las iglesias arruinadas, sucedieron los bailes de Ruggieri, de Luquet, de Wenzel, de Mauduit, de la Montansier; á las graves ciudadanas que hacian hilas, sucedieron las sultanas, las salvajes, las ninfas; á los pies desnudos de los soldados cubiertos de sangre, de lodo y de polvo, sucedieron los pies desnudos de las mujeres adornados de diamantes. La improbidad apareció al mismo tiempo que el impudor y hubo en las altas esferas asentistas y en los pequeñas usureros al pormenor. Un enjambre de rateros invadió á París y cada uno debia velar por su *Lucas*, es decir por su bolsillo. Uno de los pasatiempos era ir á ver en la plaza del Palacio de Justicia á las ladronas en el banquillo, á las cuales era necesario atarles las faldas. A la salida de los teatros habia muchachos que ofrecian cabriolés, diciendo: *ciudadanas y ciudadanos, hay sitio para dos*. No se gritaba ya *El viejo franciscano*, ni *el Amigo del pueblo*, sino que se gritaba: *La carta de Polichinela y la peticion de los galopines*. El marqués de

Sade presidia la seccion de las Picas en la plaza de Vendome. La reaccion era jovial y feroz; *los dragones de la libertad* del 92 renacian bajo el nombre de *caballeros del puñal*. Al mismo tiempo surgió sobre la escena el tipo de Jocrisse; salieron á luz las *maravillosas* y despues hubo un mas allá en las *inconcebibles*; se juró por la *paola victimada* y por la *paola verde*; se retrocedió en fin de Mirabeau hasta Bobeche. Así es como París vá y viene, siendo el enorme péndulo de la civilizacion que toca ya en un polo ya en otro, desde las Termópilas, hasta Górra. Despues del 93 la revolucion atravesó un eclipse singular; el siglo pareció que se olvidaba de concluir lo que habia comenzado; no sé qué orgía se interpuso, ocupó el primer término, hizo retroceder al segundo la espantosa apocalipsis, cubrió con un velo la vision desmesurada y soltó una carcajada de risa despues de la espresion del espanto. La tragedia desapareció en la parodia; y en el fondo del horizonte una humareda de carnaval borró los caracteres trágicos de la Medusa. Pero en 93, en que estamos, las calles de París tenian todo el aspecto grandioso y feroz de los primeros dias. Tenian sus oradores, como Varlet, que paseaba una barraca con ruedas, desde lo alto de cual aren-

gaba á los transeuntes; tenian tambien sus héroes uno de los cuales se llamaba «el capitán de los garrotes herrados»; y tenian por último sus favoritos como Guffroy, autor del folleto titulado: *Rou-giff*. Alguna de estas popularidades eran corruptoras; otras eran sanas. Una entre todas era honrada y fatal; la de Cimourdain.

II.

CIMOURDAIN.

Cimourdain era una conciencia pura, pero sombría, en la cual reinaba lo absoluto. Había sido clérigo, lo cual es grave, porque el hombre puede, como el cielo, tener una serenidad negra, para lo cual basta que algo produzca en él la noche. La calidad de clérigo había producido la noche en el alma de Cimourdain. El que há sido clérigo, lo es.

Lo que produce la noche en nosotros puede dejarnos también las estrellas. Cimourdain estaba lleno de virtudes y de verdades, pero que brillaban en las tinieblas.

Su historia es corta de referir. Había sido cura párroco de una aldea y preceptor en una gran casa; después había tenido una pequeña herencia y héchose independiente. Era sobre todo un hombre terco; se servía de la meditación como podía servirse de unas tenazas; no se creía en el derecho de abandonar una idea hasta que había llegado á sus últimas consecuencias; pensaba con encarnizamiento; sabía todas las lenguas de Europa, y algunas más de los otros países; estudiaba sin cesar, lo cual le ayudaba á soportar su castidad; pero nada hay más peligroso que semejante ensimismamiento.

Por orgullo, por casualidad, ó por altivez de espíritu, había observado sus votos clericales; pero no había podido conservar su creencia; la ciencia había demolido su fé y el dogma se había evaporado en él. Entonces, examinándose, se había sentido como mutilado; y no pudiendo deshacerse de su carácter sacerdotal, había trabajado para rehacerse como hombre; pero de un modo austero

Ya que le habian quitado la familia, se propuso adoptar la patria; ya que le habian negado una mujer, se casó con la humanidad: plenitud enorme que en el fondo es el vacio.

Sus padres, aldeanos, al hacerle clérigo habian querido elevarlo sobre el pueblo; pero él habia vuelto á entrar en las filas del pueblo.

Y habia entrado apasionadamente: miraba á los que padecian con una ternura terrible. De clérigo se habia vuelto filósofo y de filósofo atleta. Todavía vivia Luis XV y Cimourdain se creia vagamente republicano. ¿De que república? De la república de Platon quizá; quizá tambien de la república de Dracon.

Estándole privado amar, se habia puesto á detestar. Detestaba las mentiras, la monarquía, la teocracia, su traje clerical; detestaba lo presente y llamaba á grandes gritos al porvenir, presintiéndole, entreviéndole de antemano, adivinándole espantoso y magnifico. Para resolver el problema de la lamentable miseria humana, comprendia la necesidad de algo que fuese como un vengador y al mismo tiempo un libertador. Adoraba de lejos la catástrofe.

En 1789, cuando aquella catástrofe llegó, en-

contró á Cimourdain apercibido. Habíase arrojado en medio de aquella vasta revolucion humana con lógica, es decir inexorablemente tratándose de un espíritu de su temple, porque la lógica no se entenece. Habia vivido la vida de los grandes años revolucionarios y experimentado el estremecimiento de todas sus corrientes: 1783, la caida de la Bastilla, el fin del suplicio de los pueblos; 1790, el 4 de Agosto, el fin del feudalismo; 1791, Varennes, el fin de la Monarquía; 1792, el advenimiento de la República. Habia visto levantarse la Revolucion y no era hombre capaz de detener á aquel gigante; y aunque ya viejo, porque tenia cincuenta años y un clérigo envejece mas pronto que cualquier otro hombre, se habia puesto él tambien á creer en la Revolucion. De año en año, habia contemplado desarrollarse y crecer los acontecimientos y se habia engradecido como ellos. Al principio temió que la Revolucion abortase; la observaba; teniendo la razon y el derecho, exigia que tuviese tambien el triunfo; y á medida que se presentaba mas espantosa, se sentia él mas tranquilo. Quería que aquella Minerva coronada de las estrellas del porvenir fuese tambien Palas y tuviese por escudo la máscara rodeada de serpientes. Quería que sus

ojos divinos pudiesen en caso necesario dirigir sobre los demonios el resplandor infernal, y devolverles terror por terror.

Así habia llegado hasta 1793.

El año 1793 es la guerra de la Europa contra Francia y de Francia contra París. ¿Y qué es la Revolución? Es la victoria de la Francia sobre la Europa y de París sobre la Francia. De aquí la inmensidad de aquel minuto que se llama 93, minuto mayor que todo el resto del siglo.

Nada mas trágico que la Europa atacando á la Francia y la Francia atacando á París; drama que tiene la grandeza de la epopeya.

93 es un año intenso. La tempestad reina en él en toda su cólera y en toda su grandeza; en él Cimourdain se encontraba en su elemento, porque aquella atmósfera tempestuosa y espléndida, convenia á su constitucion intelectual y moral. Aquel hombre tenia, como el águila de los mares, una calma profunda en su interior, y la aficion al peligro en lo exterior. Ciertas naturalezas aladas, feroces y tranquilas, han sido creadas para los grandes vientos: hay almas de tempestad hechas para las tempestades.

Tenia sin embargo una compasion particular,

reservada tan solo para los miserables. En aras de aquella especie de padecimientos que horrorizan, se sacrificaba. Nada entonces le parecía repugnante: aquel era su género de bondad; era asquerosamente y divinamente caritativo. Buscaba las úlceras para besarlas. Las buenas acciones feas de ver son las mas difíciles de ejecutar; pero él las prefería. Un dia, en el hospital llamado Hotel Dieu, un hombre iba á morir ahogado por un tumor en la garganta, por un absceso fétido, horrible, contagioso tal vez, que era preciso vaciar inmediatamente. Cimourdain estaba allí: aplicó la boca al tumor, le chupó escupiendo á medida que la boca se le llenaba, vació el absceso y salvó al hombre. Como todavía llevaba en aquella época el traje clerical, uno le dijo: «si hiciéseis eso al rey seriais obispo». — «Es que no lo haria al rey» respondió Cimourdain.

El acto y la respuesta le hicieron popular en los barrios oscuros de París.

Con esta conducta hacia de los que padecen, lloran, y amenazan lo que queria. En la época de la indignacion pública contra los monopolizadores, cólera tan fecunda en errores, Cimourdain fué quien con una palabra impidió el saqueo de un

buque cargado de jabon que habia en el puerto de San Nicolás, y quien disipó los grupos furiosos que detenian los carruajes en la barrera de Saint-Lazare.

El fué quien, dos dias despues del 2 de agosto, condujo al pueblo á derribar las estátuas de los reyes. Al caer mataron á varias personas; y en la plaza de Vendome una mujer llamada Regina Violet fué aplastada por Luis XIV á cuyo cuello habia rodeado una cuerda de la cual tiraba. Esta estatua de Luis XIV habia estado cien años cabales en pié: erigida en 12 de agosto de 1692, fué derribada en 12 de Agosto de 1792. En la plaza de la Concordia un tal Guinguerlot que llamó «canallas» á los demolidores fué muerto á golpes sobre el pedestal de Luis XV y tambien se destrozó esta estatua y de ella se hicieron despues monedas. Solo escapó el brazo, aquel brazo derecho de Luis XV estendido en actitud de emperador romano. A peticion de Cimourdain el público regaló, y una diputacion llevó, aquel brazo á Latude, el hombre que habia estado enterrado treinta y siete años en la Bastilla. Cuando Latude, con la argolla al cuello y la cadena á la cintura, se pudria vivo en el fondo de aquella prision por órden del rey, cuya estatua

dominaba á París, ¡quien le habia de decir que aquella cárcel caeria, que aquella estatua caeria, que él saldria del sepulcro, que la monarquía seria á su vez sepultada, que él, el preso, seria dueño de aquella mano de metal que habia firmado la orden de su prision, y que de aquel rey de lodo no quedaria mas que aquel brazo de bronce!

Cimourdain lo sabia todo y lo ignoraba todo. Sabia todo con relacion á la ciencia, é ignoraba todo con relacion á la vida. De aquí su rigidez. Tenia los ojos vendados como la Temis de Homero. Tenia la certidumbre ciega de la flecha, que no ve mas que el blanco, y que va derecha á él. En revolucion nada mas terrible que la línea recta: Cimourdain caminaba fatalmente en esta línea.

Creia que en los génesis sociales, el punto extremo es el terreno sólido: error propio de las inteligencias que reemplazan á la razon con la lógica. Iba mas allá de la Convencion, mas allá del Municipio; pertenecia al Obispado.

La reunion llamada del Obispado, porque celebraba sus sesiones en una sala del antiguo palacio episcopal, era mas bien una complicacion de hombres que una reunion. Allí asistian, como al Municipio, aquellos espectadores silenciosos y sig-

nificativos, que, dice Garat, llevaban tantas pistolas como bolsillos. El Obispado era una mezcla extraña de gente, mezcla cosmopolita y parisiense, cosas ambas que no se excluyen, porque París es el sitio en que late el corazón de los pueblos. Allí estaba la grande incandescencia plebeya. En comparacion del Obispado, la Convencion era fria, y el Municipio era tibio. El Obispado era una de esas formaciones volcánicas; contenia de todo; ignorancia, brutalidad, probidad, heroismo, cólera y policia. El duque de Brunswick tenia allí sus agentes; habia allí hombres dignos de Esparta y hombres dignos del presidio. La mayoría se componia de personas furiosas y honradas. La Gironda, por boca de Isnard, presidente momentáneo de la Convencion, habia pronunciado una frase monstruosa:—*Cuidado, parisienses; no quedará de vuestra ciudad piedra sobre piedra; y las generaciones futuras buscarán un dia el sitio en que estuvo París.*—Esta frase habia creado la reunion del Obispado; porque muchos hombres, y como acabamos de decir, hombres de todas las naciones, habian comprendido la necesidad de estrecharse al rededor de París, y Cimourdain se habia agregado á este grupo.

Era una sociedad de reaccion contra los reaccionarios; nacida de aquella necesidad pública de violencia, que es la faz temible y misteriosa de las revoluciones.

Fuerte el Obispado con aquella fuerza, habia tomado inmediatamente su parte de influencia, y en las conmociones de París el Municipio era quien disparaba el cañon, y el Obispado el que tocaba á rebato.

Cimourdain creia, en su ingenuidad implacable, que todo lo que se pone al servicio de la verdad es bueno: lo cual le hacia á propósito para dominar á los partidos extremos. Los pillos se veian honrados y estaban contentos porque los crímenes se encuentran lisonjeados cuando se ven presididos por una virtud. Esto, si bien á veces les perturba, siempre les agrada. Palloy, el arquitecto que habia esplotado la demolicion de la Bastilla vendiendo en su provecho las piedras de aquella fortaleza, y que encargado de pintarragear el calabozo de Luis XVI, habia por exceso de celo cubierto las paredes de barras, cadenas y argollas; Gouchon, el orador sospechoso del arrabal de San Antonio, de quien se han encontrado despues varios recibos; Fournier, el americano que el 17 de

Julio habia disparado contra Lafayette un pistoletazo, pagado, segun decian, por el mismo Lafayette; Henriot, que salia del hospital de Bicetre, y que habia sido lacayo, titiritero, ladron y espía, antes de ser general y de apuntar los cañones contra la Convencion; La Reynie, antiguo vicario general de Chartres, que habia reemplazado su breviario con el *Padre Duchesne*; todos estos hombres respetaban á Cimourdain; y en ciertos momentos, para impedir que los peores diesen un mal paso, bastaba que sintieran suspendido sobre sus cabezas el candor temible y convencido de Cimourdain. Así es como Saint-Just atemorizaba á Schneider. Al mismo tiempo la mayoría del Obispado, compuesta especialmente de hombres violentos pero honrados, creia en Cimourdain y le seguia. Tenia por ayudante, edecan ó como se quiera, á otro clérigo republicano llamado Danjou, á quien el pueblo amaba por su elevada estatura, habiéndole bautizado con el mote de *el cura Seis Piés*. Cimourdain podria haber elevado á donde hubiera querido á un intrépido jefe á quien llamaban el general *La Pica* y á aquel otro atrevido que se llamaba Truchon, alias el Gran Nicolás, que habia querido salvar á Madama de Lam-

balle, y le habia dado el brazo haciéndola atravesar por entre los cadáveres; tentativa que habria tenido buen éxito sin la feroz chocarrería del barbero Charlot.

El Municipio vigilaba á la Convencion y el Obispado vigilaba al Municipio. Cimourdain, hombre recto y á quien la intriga repugnaba, habia roto mas de un hilo misterioso en la mano de Pache, á quien Beurnonville llamaba «el hombre negro.» Cimourdain en el Obispado estaba á la altura de todos; era consultado por Dobsent y Momoro; hablaba español á Guzman, italiano á Pío, inglés á Arthur, flamenco á Pereyra, aleman al austriaco Proly, bastardo de un príncipe; creaba la inteligencia entre todos estos hombres discordantes, y de aquí la situacion oscura y fuerte que se habia formado. Hebert le temia.

Tenia en aquellos tiempos y en aquellos grupos el poder de los hombres inexorables; era un impecable que se creia infalible; nadie le habia visto llorar; era una virtud inaccesible y glacial; era un justo espantoso.

No hay término medio para un clérigo en la revolucion. Un clérigo no podia lanzarse á aquella prodigiosa aventura, sino por los motivos mas ba-

jos, ó por los mas elevados; era preciso que fuese infame, ó que fuese sublime. Cimourdain era sublime; pero sublime en el aislamiento, en lo escarpado, digámoslo así, en la soledad inhospitalaria; sublime en una situacion rodeada de precipicios. Las altas montañas tienen esta virginidad sinestra.

Su aspecto era el de un hombre ordinario; sus vestidos comunes, y toda su apariencia la de pobre. Jóven, habia sido tonsurado; viejo, era calvo, y los pocos cabellos que tenia eran grises. En su frente espaciosa el observador podia notar su grande inteligencia. Tenia un modo de hablar brusco, apasionado y solemne; la voz breve, el acento perentorio, la boca triste y amarga, la vista clara y profunda, y en todo el rostro cierto aire de indignacion.

Tal era Cimourdain.

Nadie sabe hoy su nombre de bautismo. La historia tiene terribles desconocidos como este.

III.

UN TALON NO MOJADO EN LA ESTIGIA.

Un hombre tal ¿era verdadero hombre? El servidor del género humano ¿podía tener un afecto, ¿No era demasiada alma para tener corazón? Aquel abrazo enorme en que se admitía á todo y á todos, ¿podía reservarse para alguno? ¿Podía Cimourdain amar? Digámoslo de una vez: sí.

Siendo jóven y preceptor en una casa de no-

bleza casi regia, habia tenido un discípulo, hijo del heredero de la casa, y á este discípulo amaba. ¡Amar á un niño es tan fácil! ¿Qué no se perdona á un niño? Se le perdona hasta el ser señor, el ser príncipe, el ser rey. La inocencia de la edad hace olvidar los crímenes de la raza; la debilidad del ser hace olvidar la exageracion de la categoría: es tan pequeño, que se le perdona que sea grande; el esclavo le perdona el ser señor; el viejo negro idolatra al niño blanco, Cimourdain se habia apasionado de su discípulo. La infancia tiene de inefable que se la pueda amar sin reserva con todo el amor del alma. Todo lo que en Cimourdain podia amar se habia abatido, digámoslo así, sobre aquel niño; aquel ser tierno é inocente era una presa para el corazon de Cimourdain condenado á la soledad. Le amaba con todas las ternuras á la vez, como padre, como hermano, como amigo, como creador. Era su hijo; el hijo, no de su carne, sino de su espíritu. No le habia dado el ser; no era su obra; pero era su discípulo, era su obra maestra. De aquel señorito habia hecho un hombre ¡y quien sabe si un grande hombre! porque tales son los sueños que se forjan. Sin saberlo la familia ¿hay acaso necesidad de permiso para crear una inteli-

gencia, una voluntad y una rectitud de alma?) habia comunicado al jóven vizconde su discípulo todo el progreso que tenia en sí; él habia inoculado el vírus temible de su virtud; le habia infundido en las venas su conviccion, su conciencia su ideal y en aquel cerebro de aristócrata habia vertido el alma del pueblo. El espíritu mama; la inteligencia es como el pecho de una nodriza; hay analogía entre la nodriza que dá su leche y el preceptor da su pensamiento. Algunas veces, el preceptor es mas padre que el padre, asi como con frecuencia la nodriza es mas madre que la madre.

Aquella profunda paternidad espiritual ligaba á Cimourdain con su discípulo. Solo la vista de aquel niño le enternecia.

Añadamos que reemplazar al padre era fácil porque el niño no le tenia; era huérfano de padre y madre y sin mas parientes que una abuela ciega y un tio segundo, ausente. La abuela murió tambien despues y el tio, jefe de la milicia, hombre de espada y gran señor con grandes empleos en la córte, huia del viejo castillo de familia; vivia en Versailles iba á los ejércitos y dejaba al huérfano abandonado en la mansion solitaria. El preceptor

era pues, el amo en toda la extension de la palabra.

Hay que añadir tambien que Cimourdain habia visto nacer al niño que era su alumno. Este niño, huérfano en su mas tierna infancia, habia tenido una enfermedad grave. En aquel peligro de muerte Cimourdain le habia velado noche y dia; y como el médico es el que cuida, pero el asistente es el que salva, Cimourdain habia salvado al niño. No solo su discípulo le debia la educacion, la instruccion, la ciencia, sino que le debia tambien la convalecencia y la salud; no solamente le debia el desarrollo de su facultad de pensar, sino que le era deudor igualmente de la vida. Y como se adora á los que nos lo deben todo, Cimourdain adoraba á este niño.

Habia llegado sin embargo la natural separacion en la vida. Concluida la educacion, Cimourdain habia tenido que separarse del niño convertido ya en hombre. ¡Con qué fria é inconsciente crueldad se verifican esas separaciones! ¡con qué tranquilidad las familias despiden al preceptor que deja su pensamiento en un niño, y á la nodriza que le deja sus entrañas! Cimourdain, pagado y despedido, habia salido de la sociedad elevada y

vuelto á entrar en la sociedad humilde; la puerta divisoria entre los grandes y los pequeños se habia vuelto á cerrar; el jóven señor, oficial por derecho de nacimiento y nombrado de un golpe capitán, habia marchado para una guarnicion cualquiera; el humilde preceptor, ya clérigo rebelde en el fondo de su corazon, se habia apresurado á bajar al oscuro entresuelo de la iglesia que se llama el bajo clero; y Cimourdain habia perdido de vista á su discípulo.

Al advenimiento de la Revolucion, el recuerdo de aquel ser, del cuál habia hecho un hombre, continuó latente en él, oculto pero no estinguido, por la inmensidad de las cosas públicas.

Modelar una estatua y darle la vida es grande; pero modelar una inteligencia y darle la verdad es mas grande todavía. Cimourdain era el Pygmalion de un alma.

Un espíritu puede tener un hijo.

Aquel alumno, aquel niño, aquel huérfano, era el único ser á quien Cimourdain amaba sobre la tierra.

Pero aun en tal afecto; ¿era aquel hombre vulnerable?

Vamos á verlo.

LIBRO SEGUNDO.

LA TABERNA DE LA CALLE DEL
PAVO-REAL.

I.

MINOS, EACO Y RADAMANTO.

Habia en la calle del Pavo-real una taberna que se llamaba café, y tenia una habitacion retirada, que hoy es histórica. Allí se encontraban á veces, en entrevista casi secreta, hombres tan poderosos y tan vigilados, que no se atrevian á hablarse en público. Allí se habia dado y recibido el 23 de octubre de 1792 un beso célebre entre la

Montaña y la Gironda. Allí era donde Garat, aunque no lo dice en sus memorias, había ido á recibir noticias durante aquella noche lúgubre en que despues de haber puesto á Claviere en un lugar seguro de la calle de Beaune, detuvo su coche en el Puente Real para escuchar el toque de rebato.

En 28 de Junio de 1793, tres hombres estaban reunidos alrededor de una mesa en aquella sala. Sus sillas no se tocaban; estaban sentados cada uno á uno de los lados de la mesa, dejando vacío el cuarto. Eran las ocho de la tarde; había claridad aun en la calle, pero era de noche en aquella sala; y un quinqué pendiente del techo, lujo de aquella época, iluminaba la mesa.

El primero de estos tres hombres era pálido, jóven, de aspecto grave, con labios delgados y mirada fria; tenía en la mejilla un tic nervioso que debía incomodarle para sonreír. Llevaba la cabeza empolvada, las manos cubiertas de guantes, la casaca cepillada y abotonada; aquella casaca de color azul claro no hacía ni un pliegue. Llevaba además calzones de mahon, medias blancas, corbata alta, guirindola de menudos pliegues y zapatos con hebillas de plata. Los otros dos eran, el uno una especie de gigante y el otro una especie de enano.

El primero, embutido en una gran casaca de paño escarlata, el cuello holgando en una corbata desnudada cuyas puntas caian mas abajo de la guirindola, la chupa abierta con botones arrancados, llevaba botas de campana y tenia los cabellos erizados aunque se veia en ellos un resto de peinado y de adorno: habia algo de crin en su cabellera. Era pecoso de viruelas; tenia una arruga entre las cejas que denotaba ser hombre colérico; el pliegue de la bondad en la comisura de los labios; estos espesos; los dientes grandes; puños de mozo de cordel; mirada brillante. El enano era un hombre amarillo, que sentado parecia deforme; tenia la cabeza inclinada hácia atrás, los ojos inyectados de sangre, lividez en el rostro, un pañuelo anudado sobre sus cabellos grasientos y lacios, poca frente, boca enorme y terrible. Vestia pantalon, babuchas, un chaleco que parecia haber sido de raso blanco, y encima un ropon entre cuyos pliegues una línea dura y recta dejaba adivinar la forma de un puñal.

El primero de aquellos hombres se llamaba Robespierre, el segundo Danton y el tercero Marat.

Estaban solos en aquella habitacion. Habia delante de Danton un vaso y una botella de vino cubierta de polvo, recordando la botella de cerveza

de Lutero; delante de Marat una taza de café, y delante de Robespierre papeles.

Al lado de aquellos papeles se veia uno de esos tinteros pesados de plomo, redondos y estriados que recuerdan los que eran estudiantes al principio de este siglo. Al lado del escritorio habia una pluma y sobre los papeles un grueso sello de cobre en el cual se leia *Palloy fecit* y que figuraba un pequeño modelo de la Bastilla.

Un mapa de Francia estaba estendido en medio de la mesa.

A la puerta y fuera de la sala estaba el perro de presa de Marat, aquel Lorenzo Basse, comisionista ó mozo de recados del número 18 de la calle de los Franciscanos, que el 13 de Julio, como unos quince dias despues de aquel 28 de Junio, debia descargar un silletazo sobre la cabeza de una mujer llamada Carlota Corday, la cual en el momento de que ahora hablamos se hallaba en Caen, sumergida en vagos ensueños. Lorenzo Basse era el portador de las pruebas del *Amigo del pueblo*; y aquella tarde llevado por su amo al café de la calle del Pavoreal, tenia la consigna de permanecer á la puertá de la sala en que estaban Marat, Danton y Robespierre, y de no dejar entrar á nadie, á no ser

que se presentara algun individuo de la Comision desalvacion pública, del Municipio ó del Obispado.

Robespierre no queria cerrar la puerta á Saint-Just; Danton no queria cerrársela á Pache, ni Marat á Guzman.

Hacia ya largo tiempo que duraba la conferencia, la cual era referente al contenido de los papeles que estaban sobre la mesa, y cuya lectura habia hecho Robespierre. Comenzaban á levantarse las voces, y la cólera tronaba en el alma de aquellos tres hombres. Desde afuera se oian de cuando en cuando algunas frases pronunciadas en voz mas alta que las otras. En aquella época la costumbre de las tribunas públicas parecia haber creado el derecho de escuchar. Era el tiempo en que el expedicionario Fabricio París miraba por el agujero de la cerradura lo que hacia la Comision de salvacion pública; lo cual dicho sea de paso no fué inútil, porque aquel París advirtió á Danton lo que pasaba en la noche del 30 al 31 de Marzo de 1794. Lorenzo Basse habia aplicado el oido á la puerta de la sala retirada donde estaban Danton, Marat y Robespierre. Lorenzo Basse servia á Marat, pero pertenecia á la reunion del Obispado.

II.

MAGNA TESTANTUR VOCE PER UMBRAS.

Danton acababa de levantarse despues de hacer retroceder con violento impulso la silla.

—Escuchad, exclamó. No hay mas que un asunto urgente, el de la república que está en peligro; no conozco mas que una cosa importante, librar á la Francia del enemigo. Para esto todos los medios son buenos, todos, todos, todos. Cuando

estoy amenazado de toda clase de peligros , acudo á toda clase de recursos , y cuando todo lo temo, lo arrostro todo. Mi pensamiento es un leon ; no entiendo de recursos á medias, no entiendo de hipocresía en revolucion ; Nemesis no es la diosa de la gazmoñería ; seamos espantosos y útiles ; ¿ por ventura el elefante mira donde pone el pié ? Aplastemos al enemigo.

Robespierre respondió con voz suave.

—Estoy de acuerdo.

Y añadió :

—La cuestion es saber dónde está el enemigo.

—Está fuera de Francia , de donde yo le he espulsado , dijo Danton.

—Está dentro , y yo le vigilo , dijo Robespierre.

—Y yo le espulsaré otra vez , respondió Danton.

—No se espulsa al enemigo interior.

—¿Entonces qué se hace ?

—Se le aniquila.

—Convengo en ello , dijo á su vez Danton.

Y añadió :

—Pero digo que está fuera , Robespierre.

—Danton , digo que está dentro.

—Robespierre , está en la frontera.

—Danton , está en la Vendée.

—Calmaos, dijo una tercera voz, está en todas partes, y vosotros estais perdidos.

Era Marat quien hablaba.

Robespierre miró á Marat y respondió tranquilamente:

—Dejémonos de generalidades; yo trato de hechos concretos, y esos hechos aquí estan.

—¡Pedante! murmuró Marat.

Robespierre puso la mano en los papeles que estaban delante de él, y continuó:

—Acabo de leeros las comunicaciones de Prieur del Marne, y tambien os he comunicado los datos que he recibido por ese Gelambre. Danton, la guerra extranjera no es nada; la guerra civil lo es todo. La guerra extranjera es una desolladura en el codo; la guerra civil es la úlcera que corroe las entrañas. De todo lo que acabo de leeros resulta que la Vendée, hasta hoy diseminada entre muchos jefes, se halla á punto de reconcentrarse, y va á tener un capitan único.

—Un faccioso central, murmuró Danton.

—Es, prosiguió Robespierre, el hombre que desembarcó cerca de Pontorson el 2 de junio. Habeis visto de lo que es capaz; observad que ese desembarco coincide con la prision de los represen-

tantes en mision, Prieur, en La Costa de Oro Romme en Bayeux, por ese distrito traidor de Calvados, el 2 de junio, es decir, en el mismo dia.

—Y su traslacion al castillo de Caen, dijo Danton. Robespierre añadió:

—Continuo resumiendo los partes: la guerra de montaña se organiza en vasta escala. Al mismo tiempo se prepara un desembarco inglés; vendeanos é ingleses son Bretaña y Bretaña; los hurones de Finisterre hablan la misma lengua que los topinambos del Cornwall. Os he presentado una carta interceptada, de Puisaye, donde se dice que veinte mil casacas rojas distribuidas entre los insurrectos harán que se levanten cien mil. Cuando la insurreccion de los paisanos sea completa, se hará el desembarco de tropas inglesas. Ved aquí el plan; podeis seguirle en el mapa. Robespierre puso el dedo sobre la carta y prosiguió:

Los ingleses tienen la eleccion del punto de desembarco desde Cancale á Paimpol. Craig preferiria la bahía de Saint-Brieuc, Cornwallis la bahía de Saint-Cast, pero este es un detalle de poca importancia. La orilla izquierda del Loira está defendida por el ejército vendeano rebelde; y respecto de las veintiocho leguas que tenemos al descubier-

to entre Ancenis y Pontorson, cuarenta parroquias normandas han prometido su cooperacion. El desembarco se hará en tres puntos; Plerin, Iffiniac y Pleneuf; de Plerin irán á Saint-Brieuc, y de Pleneuf á Lamballe. El segundo dia llegarán á Dinan, donde hay nuevecientos prisioneros ingleses, y ocuparán al mismo tiempo á Saint-Jouan y á Sain-Méen, donde dejarán caballería. El tercer dia dos columnas se dirigirán una de Jouan sobre Bédée, la otra desde Dinan sobre Becherel, que es una fortaleza natural, donde se establecerán dos baterías. Al cuarto dia estarán en Rennes, que es la llave de la Bretaña, porque el que tiene á Rennes la tiene toda; y una vez tomada Rennes, caerán Chateauneuf y Saint-Malo. En Rennes hay un millon de cartuchos y cincuenta piezas de artillería de campaña.

—De las cuales se apoderarian, murmuró Danton.

Robespierre continuó:

—Voy á terminar. De Rennes saldrán tres columnas, la una sobre Fougères, la otra sobre Vitré y la otra sobre Redon. Como los puentes están cortados, los enemigos, y ya habeis visto precisado este hecho, se proveerán de pontones y de

maderos y tendrán guías que les llevarán por los puntos vadeables para la caballería. De Fougères, como centro de operaciones, saldrán columnas sobre Arvanches; de Redon sobre Ancenis; de Vitré sobre Laval. Nantes se rendirá; Brest se rendirá; Redon proporciona la posesión de todo el curso del Vilaine; Fougères la del camino de Normandía; Vitré la del camino de París. En quince días habrá un ejército faccioso de trescientos mil hombres, y toda la Bretaña habrá proclamado al rey de Francia.

—Es decir, al rey de Inglaterra, dijo Danton.

—No, al rey de Francia.

Robespierre añadió:

—El rey de Francia es peor; bastan quince días para expulsar al extranjero; pero se necesitan mil ochocientos años para eliminar la monarquía.

Danton, que se había vuelto á sentar, puso los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, pensativo.

—Ya veis el peligro, dijo Robespierre: Vitré da á los ingleses el camino de París.

Danton levantó la cabeza y bajó sus dos manos gruesas crispadas sobre el mapa como sobre un yunque.

—Robespierre dijo, ¿por ventura Verdun no entregaba el camino de París á los prusianos?

—¡Y qué!

—Que arrojaremos á los ingleses de Francia como hemos arrojado á los prusianos.

Y Danton se levantó de nuevo.

Robespierre puso la mano fria sobre el puño febril de Danton.

—Danton; la Champaña no estaba por los prusianos y la Bretaña está por los ingleses. Recobrar á Verdun era hacer la guerra al extranjero; recobrar á Vitré será la guerra civil.

Y Robespierre murmuró con acento frio y profundo :

—La diferencia es grave.

Y añadió :

—Sentaos Danton y mirad la carta en lugar de darle de puñetazos.

Pero Danton estaba absorto en su pensamiento.

—¡Esto es grande! exclamó, ¡ver la catástrofe al Occidente cuando se presenta por el Oriente! Robespierre, concedo que Inglaterra se levanta sobre el Océano; pero la España asoma por los Pirineos, la Italia por los Alpes y la Alemania

por el Rhin, mientras en el fondo se muestra el grande oso de la Rusia. Robespierre, el peligro es un círculo dentro del cual estamos nosotros: en el exterior la coalicion; en el interior la traicion; al Mediodia Servant entreabre la puerta de Francia al rey de España; al Norte Dumouriez se pasa al enemigo, aunque por otra parte estando entre nosotros mas bien ha amenazado á París que á la Holanda. Nerwinde borra las glorias de Jemmapes y de Valmy. El filósofo Rabaut Saint-Etienne, traidor como protestante que es, está en correspondencia con el cortesano Montesquieu. El ejército se encuentra diezmado, sin que haya un batallon que pase de cuatrocientos hombres; el valiente regimiento de Deux-Ponts está reducido á ciento cincuenta hombres; el campamento de Pamars se ha entregado; no quedan ya á Givet mas que quinientos sacos de harina; retrocedemos sobre Landau; Wurmser persigue á Kleber; Maguncia sucumbe valientemente, Condé cobardemente, Valenciennes tambien: lo cual no impide que Chancel defendiendo á Valenciennes y el viejo Feraud defendiendo á Condé sean tan héroes como Meunier que defendió á Maguncia. Pero todos los demás nos hacen traicion: Dharville en

Aquisgram, Mouton en Bruselas, Valence en Breda, Neuilly en Limburgo, Miranda en Maestricht. Stengel es un traidor, Lanoue es un traidor; Ligonnier, Menou, Dillon son traidores; asquerosa moneda de Dumouriez. Es preciso hacer ejemplares; las contramarchas de Custine me son sospechosas; me parece que Custine prefiere la toma lucrativa de Francfort á la toma útil de Coblenza. Francfort puede pagar ciertamente cuatro millones de contribucion de guerra; pero ¿qué es eso en comparacion de la ventaja de aplastar aquel nido de emigrados? ¡Traicion! ¡traicion! repito. Meunier ha muerto el 13 de junio; ya está Kleber solo; y entre tanto Brunswick aumenta sus fuerzas y avanza enarbolando la bandera alemana en todas las plazas francesas que toma. El margrave de Brandeburgo es hoy el árbitro de la Europa; se mete en el bolsillo nuestras provincias, y ya vereis como se adjudica la Bélgica. No parece sino que trabajamos para Berlin; y si esto continúa, si no ponemos orden, la revolucion francesa se habrá hecho en beneficio de Potsdam; habrá tenido por único resultado engrandecer los pequeños Estados de Federico II y habremos muerto al rey de Francia en beneficio del rey

de Prusia: esto es, como vulgarmente se dice, habremos trabajado para el obispo.

Y Danton, terrible, soltó una carcajada.

La risa de Danton hizo sonreír á Marat.

—Cada uno, dijo, teneis vuestro coco: para vos Danton es la Prusia; para vos Robespierre es la Vendée; yo voy á deciros concretamente mi opinion. Vosotros no veis el verdadero peligro; y el verdadero peligro está en los cafés y en los garitos. El café de Choiseul es jacobino; el café de Patin es realista; el café de la Cita ataca á la guardia nacional; el café de la Puerta de San Martin la defiende; el café de la Regencia está contra Brissot; el café Coratza en su favor, el café Procope jura por Diderot; el café del Teatro-Francés jura por Voltaire; en la Rotonda se rasgan los asignados; los cafés del barrio de San Marcelo se enfurecen; el café Manouri agita la cuestion de las harinas; en el café de Foy ruido y borracheras; en el Pórtico zumbido de los tunos de la Bolsa. Estos son los peligros sérios.

Danton no se reía ya; Marat continuaba sonriéndose: sonrisa de enano, peor que la risa de un coloso.

—¡Os burlais Marat! gritó Danton.

Marat experimentó aquel movimiento de caderas que era célebre. Su sonrisa habia desaparecido.

—¡ Ah ! siempre sois el mismo, ciudadano Danton. Sois aquel que en plena convencion me llamó « el tal Marat. » Escuchad : os perdono porque atravesamos una época de imbecilidad. ¡ Ah ! ¿ decís que me burlo ? En efecto, ¿ quién soy yo ? Yo he denunciado á Chazot, he denunciado á Petion, á Kersaint, á Moreton, á Dufriche-Valacé, á Légonnier, á Menou, á Banneville, á Gensonné, á Biron, á Lidon y Chambon : ¿ los he denunciado injustamente ? Yo huelo la traicion en el traidor y encuentro útil denunciar al criminal antes que ejecute el crimen. Tengo por costumbre decir la víspera lo que vos aguardais á decir al dia siguiente. Soy el que propuso á la Asamblea un plan completo de legislacion criminal. ¿ Qué he hecho hasta ahora ? He pedido que se instruya á las secciones para disciplinarlas en la doctrina de la revolucion ; he hecho levantar los sellos de treinta y dos expedientes ; he reclamado los diamantes depositados en manos de Roland ; he probado que los Brisotistas habian dado á la comision de seguridad general autos de prision en

blanco; he señalado las omisiones del informe de Lindet sobre los crímenes de Capeto; he votado el suplicio del tirano en el término de veinticuatro horas; he defendido á los batallones llamados el Mauconseil y el Republicano; he impedido la lectura de la carta de Narbonne y de Malouet; he presentado una proposicion en favor de los soldados heridos; he hecho suprimir la comision de los seis; he previsto en el asunto de Mons la traicion de Dumouriez; he pedido que se tomasen en rehenes cien mil parientes de emigrados por los comisarios entregados al enemigo; he propuesto que se declare traidor á todo representante que pase las barreras de París; he desenmascarado la faccion rolandista en los desórdenes de Marsella; he insistido para que se pusiese á precio la cabeza de Igualdad, hijo; he defendido á Bouchotte; he pedido la votacion nominal para arrojar á Isnard de la presidencia; he hecho declarar que los parisienses han merecido bien de la pátria; por eso Louvet me llama polichinela; por eso el Finisterre pide que me espulsen, la ciudad de Loudun solicita que me destierren, y la de Amiens que me pongan un bozal; por eso Coburgo quiere que me prendan y Lecointre-Puiraveau propone

á la Convencion que me declaren loco. ¡Oh ciudadano Danton! ¿por qué me habeis hecho venir á vuestro conciliábulo sino es para pedirme mi parecer? ¿Por ventura os he pedido yo esta cita? Lejos de eso; no me gustan de modo alguno las conferencias privadas con gente contrarrevolucionarias como sois Robespierre y vos. Por lo demás, no me habeis entendido y yo debia esperar que así sucediese, ni vos ni Robespierre, ni Robespierre ni vos. ¿No hay aquí ningun hombre de Estado? ¿Habrá que enseñaros á deletrear el arte política? ¿Habrá que poner los puntos sobre las *ii*? Lo que os he dicho queria decir lo siguiente: os engañais los dos; el peligro no está en Londres, como cree Robespierre, ni en Berlin como cree Danton; está en París; está en la falta de unidad, en el derecho con que cada uno se cree de tirar por su lado, empezando por vosotros dos, en la trituracion de los talentos, en la anarquía de las voluntades.

—¡La anarquía! interrumpió Danton ¿quien la produce, sino vos?

Marat continuó nin detenerse:

—Robespierre, Danton, el peligro está en esa multitud de cafés, en esa porcion de garitos y de

clubs, club de los Negros, club de los Federados, club de las Damas, club de los Imparciales, fundado en tiempo de Clermont-Tonnerre y que ha sido el club monárquico de 1790; círculo social imaginado por el clérigo Claudio Fauchet; club de los Gorros de lana, fundado por el gacetista Prudhomme etc.; sin contar vuestro club de los Jacobinos, Robespierre y vuestro club de los Franciscanos, Danton. El peligro está en el hambre que ha hecho que el portasacos Blin cuelgue de un farol del Ayuntamiento al panadero del Mercado Palu, Francisco Denis; y en la justicia que ha ahorcado al portasacos Blin por haber ahorcado al panadero Denis. El peligro está en el papel moneda que se encuentra despreciado; como lo prueba que en la calle del Temple un asignado de cien francos cayó al suelo y pasando por allí un hombre del pueblo dijo: *no vale la pena de recogerlo*. El peligro está en los agiotistas y monopolizadores. ¡Gran cosa haber enarbolado la bandera negra en el Ayuntamiento! No basta haber preso al baron de Trenck; hay que retorcer el cuello á ese viejo intrigante de las cárceles. ¿Creeis no tener ya mas que hacer porque el presidente de la Convencion haya puesto una corona cívica

sobre la cabeza de Laberteche, que recibió cuarenta y un sablazos en Jemmapes y del cual Chenier se ha hecho el trompetero? ¡Comedias y farsas! ¡Ah! no mirais á París. ¡Ah! buskais el peligro lejos, cuando está cerca. ¿De que os sirve vuestra policía, Robespierre? Porque teneis vuestros espías; Payan en el Municipio, Coffinhal, en el Tribunal revolucionario; David, en la Junta de seguridad general; Couthon en la de salvacion pública. Ya veis que estoy bien informado. Pues sabed lo que voy á deciros: el peligro está sobre vuestras cabezas; el peligro está bajo vuestros pies; se conspira, se conspira, se conspira; los que pasan por las calles se leen unos á otros los periódicos y se hacen signos de cabeza; seis mil hombres sin carta de civismo, emigrados que han vuelto, petimetres y tunantes, están ocultos en las cuevas y en los graneros y en las galerías de madera del Palais-Royal; se forma cola á las puertas de las tahonas las mujeres en los portales cruzan las manos y dicen: ¿cuando tendremos paz? En vano, para estar entre los vuestros, vais á encerraros á la sala del Consejo Ejecutivo: se sabe todo lo que allí decís; y la prueba, Robespierre, es que ayer por la noche di-

jisteis á Saint-Just estas palabras: «Barbaroux principia á echar tripa, lo cual le vá á molestar mucho en la fuga.» Sí, el peligro está en todas partes y especialmente en el centro. En París los ex-nobles, conspiran, los patriotas van descalzos; los aristócratas, presos el 9 de marzo, están ya en libertad; los caballos de lujo, que deberian haber sido enganchados en la artillería y enviados á la frontera, nos llenan de lodo por las calles; el pan de cuatro libras vale tres francos y doce sueldos; los teatros representan piezas impuras, y Robespierre hará guillotinar á Danton.

—¡Bah! dijo Danton.

Robespierre miraba atentamente el mapa.

—Lo que necesitamos, gritó bruscamente Marat, es un dictador. Robespierre ya sabeis que quiero un dictador.

Robespierre levantó la cabeza:

—Ya lo sé, Marat, vos ó yo.

—Yo ó vos, dijo Marat.

Danton murmuró entre dientes.

—¡La dictadura! Proclamadla si os atreveis.

Marat vió el fruncimiento de cejas de Danton.

—Vamos, replicó, hagamos un último esfuerzo y pongamonos de acuerdo, porque la situacion

vale la pena de hacer algun sacrificio. ¿No nos pusimos ya de acuerdo para los sucesos del 31 de mayo? La cuestion de la unidad de accion es mas grave todavía que el girondinismo, que es una cuestion secundaria. Hay algo de verdad en lo que decís; pero la verdad, toda la verdad, la verdad verdadera, es lo que yo digo. Al Sur tenemos el federalismo; al Oeste, el realismo; en París el duelo entre la Convencion y el Municipio; en las fronteras la retirada de Custine y la traicion de Dumouriez. ¿Qué significa todo eso? La desmembracion. ¿Qué necesitamos? La unidad. Ahí está la salvacion; pero apresurémonos; es preciso que París tome el gobierno de la Revolucion. Si perdemos una hora, mañana los vendeanos pueden estar en Orleans y los prusianos en París. Os lo concedo, Danton, os lo concedo Robespierre; es verdad. Pues bien, de aquí se deduce la necesidad de la dictadura. Tomemos la dictadura; entre nosotros tres representamos la República, somos las tres cabezas del Cervero; de estas tres cabezas, la una habla y sois vos Robespierre; la otra ruge, y sois vos Danton.

—La otra muerde, dijo Danton, y sois vos Marat.

—Las tres muerden dijo Robespierre.

Hubo un momento de silencio; despues prosiguió el diálogo con sacudidas siniestras.

—Escuchad, Marat; antes de casarse, es preciso conocerse. ¿Cómo habeis sabido lo que yo dije ayer á Saint-Just?

—Esa es cuenta mia, Robespierre.

—¡Marat!

—Mi deber es ilustrarme, tomar notas y de ello no tengo que dar cuenta á nadie.

—¡Marat!

—Me gusta saber.

—¡Marat!

—Robespierre, yo sé lo que decis á Saint-Just como sé lo que Danton dice á Lacroix; como sé lo que pasa en el muelle de los Teatinos, en el hotel de Labriffe, refugio á donde acuden todas las ninfas de la emigracion; como sé lo que pasa en la casa de Thilles cerca de Gonesse que es en Valmerange, el antiguo administrador de correos, á donde iban antes Maury y Cazales, á donde han ido despues Sieyes y Vergniaud, y á donde ahora van muchos una vez por semana.

Al pronunciar este *muchos*, Marat miró á Danton.

Danton exclamó:

—Si yo tuviera dos dedos de poder, sucedería algo terrible.

Marat prosiguió:

—Sé lo que vos decís, Robespierre, como sé lo que pasaba en la torre del Temple cuando cebaban á Luis XVI, tanto que solamente en el mes de setiembre, el lobo, la loba y los lobeznos se comieron ochenta y seis cestas de melocotones, mientras el pueblo se moria de hambre. Yo sé todo eso, como sé que Roland estuvo oculto en un aposento que daba á un corral de la calle de la Harpe; como sé que seiscientas picas de las del 14 de julio fueron fabricadas por Faure, cerragero del duque de Orleans; como sé lo que se hace en casa de la Saint-Hilaire, querida de Sillery. En los dias de baile el viejo Sillery en persona frota con greda las baldosas del salon amarillo de la calle Neuve-des-Mathurins; allí comian antes Buzot y Keraint; allí comió Saladin el 27, ¿y con quien, Robespierre? Con vuestro amigo Lasource.

—¡Habla lurías! murmuró Robespierre; Lasource no es amigo mio.

Y añadió pensativo:

—Entre tanto hay en Lóndres diez y ocho fábricas de asignados falsos.

Marat continuó con voz tranquila, pero con un ligero temblor que era espantoso:

—Vosotros formais la faccion de los importantes. Sí, lo sé todo, á pesar de lo que Saint-Just llama el *silencio de Estado*.

Marat recalcó estas palabras mirando á Robespierre, y prosiguió.

—Sé lo que se dice á vuestra mesa los dias en que Lebas convida á David á comer la sopa hecha por su prometida Isabel Duplay, vuestra futura cuñada, Robespierre. Yo soy el ojo enorme del pueblo, y desde el fondo de mi cueva miro. Sí, miro y veo, y oigo y sé. Las cosas pequeñas os bastan; os admirais de vosotros mismos; Robespierre se hace contemplar por su madama de Chalabre, la hija de aquel marqués de Chalabre que jugó la partida de whist con Luis XV el dia de la ejecucion de Damiens. Sí, todos llevais erguida la cabeza; Saint-Just vive dentro de su corbata; Legendre es correcto; levita nueva, chaleco blanco, y una guirindola para hacer olvidar su delantal; Robespierre se imagina que la historia querrá saber que llevaba una levita color de aceituna en la

Constituyente, y una casaca azul en la Convencion. Tiene su retrato en todas las paredes de su cuarto.

Robespierre interrumpió á Marat, con voz mas tranquila aun que la de este último.

—Y vos, Marat, teneis el vuestro en todos los lupanares.

Así continuaron en tono de una conversacion familiar aquel diálogo, cuya lentitud era tanto mayor cuanto mayor era la violencia de las réplicas y de las respuestas, y en el cual las amenazas iban envueltas en la ironía.

—Robespierre, habeis llamado *Quijotes del género humano* á los que quieren la caida de los tronos.

—Y vos, Marat, despues del 4 de agosto, en vuestro número 559 del *Amigo del Pueblo* (he conservado el número porque es útil), habeis pedido que se devuelvan sus títulos á los nobles, diciendo: *Un duque es siempre un duque.*

—Robespierre, en la sesion del 7 de diciembre habeis defendido á la Roland contra Viard.

—Lo mismo que mi hermano os defendió á vos, Marat, cuando os atacaron los jacobinos. ¿Qué prueba eso? Nada.

—Robespierre, conocemos el gabinete de las Tu-

llerías donde habeis dicho á Garat: *Estoy cansado de la Revolucion.*

—Marat, aquí en esta taberna es donde el 29 de octubre abrazásteis á Barbaroux.

—Robespierre, habeis dicho á Buzot: *La República! ¿Qué cosa es la República?*

—Marat, en esta taberna habeis convidado á almorzar á tres marseleses por compañía.

—Robespierre, os haceis escoltar por un maton del mercado, armado de un garrote.

—Y vos, Marat, la vispera del 10 de agosto habeis suplicado á Buzot que os ayudase á ir á Marsella disfrazado de lacayo.

—Durante las justicias de setiembre os habeis ocultado, Robespierre.

—Y vos, Marat, os habeis mostrado en público.

—Robespierre, habeis arrojado al suelo el gorro colorado.

—Sí, cuando se le ponía un traidor; lo que adorna á Dumouriez mancha á Robespierre.

—Robespierre, durante el desfile de los soldados de Chateaufieux no habeis querido cubrir con un velo la cabeza de Luis XVI.

—He hecho mas que cubrirla con un velo; se la he cortado.

Danton intervino , pero como el aceite interviene en el fuego.

—Robespierre , Marat , dijo , calmaos.

Marat no gustaba nunca de ser nombrado en segundo lugar.

Volvióse hácia Danton y dijo :

—¿Quién le mete en esto á Danton?

Danton dió un salto sobre su asiento.

—¿Quién me mete á mí en esto? Que no debe haber fratricidios ; que no debe haber lucha entre dos hombres que sirven al pueblo ; que basta la guerra extranjera ; que basta la guerra civil , y que sería ya demasiado tener la guerra doméstica ; que soy yo quien ha hecho la Revolucion y no quiero que nadie la deshaga. Por eso intervengo en vuestra disputa.

Marat respondió sin levantar la voz.

—Tratad primero de rendir cuentas.

—¡Cuentas! gritó Danton , id á pedir las á los desfiladeros de la Argonne , á la Champaña liberada , á la Bélgica conquistada , á los ejércitos donde he estado cuatro veces ofreciendo mi pecho á la metralla ; id á pedir las á la plaza de la Revolucion , al patíbulo del 21 de enero , al trono echado por tierra , á la guillotina , esa viuda. ...

Marat interrumpió á Danton.

—La guillotina es una vírgen; el que se echa sobre ella no la fecunda.

—¿Qué sabeis vos? replicó Danton; yo la fecundaré.

—Veremos, dijo Marat.

Y se sonrió.

Danton vió aquella sonrisa.

—Marat, gritó, vos sois el hombre que se oculta mientras yo soy el hombre que se manifiesta á la luz del sol y á todos vientos. Aborrezco la vida reptil; no me conviene ser cucaracha; vos habitais una cueva, mientras yo vivo en la calle; vos no os comunicais con nadie, y yo me dejo ver de todo el que pasa y quiere hablarme.

—Gallardo jóven, ¿quereis subir á mi casa? murmuró Marat.

Y cesando de sonreir replicó con acento perentorio:

—Danton, rendid cuentas de los treinta y tres mil escudos en dinero contante que Montmorin os pagó á nombre del rey bajo pretesto de indemnizaros de la pérdida de vuestro destino de procurador en el Chatelet.

—He sido de los del 14 de julio, dijo Danton con altivez.

—¿Y el guarda muebles? ¿Y los diamantes de la corona?

—He sido de los del 6 de octubre.

—¿Y los robos de vuestro *alter ego* Lacroix, en Bélgica?

—He sido de los del 20 de junio.

—¿Y los préstamos hechos á la Montansier?

—Yo he excitado al pueblo cuando la vuelta de Varennes.

—¿Y el teatro de la ópera que se está edificando con el dinero que vos suministráis?

—Yo he armado á las secciones de París.

—¿Y las cien mil libras de fondos secretos del ministerio de justicia?

—Yo he hecho el 16 de agosto.

—¿Y los dos millones de gastos secretos de la Asamblea, cuya cuarta parte los habeis tomado vos?

—He detenido al enemigo en su marcha, y he cerrado el paso á los reyes coaligados.

—¡Prostituta! dijo Marat.

Danton se levantó espantoso.

—Sí, gritó, soy una mujer pública; he vendido mi cuerpo, pero he salvado el mundo.

Robespierre se habia puesto á roerse las uñas. No podia reir ni sonreir; no tenia ni la risa relámpago de Danton, ni la sonrisa punzante de Marat.

Danton añadió:

—Soy como el Oceano; tengo mi flujo y reflujo; en la baja mar se ven mis escollos; en la mar alta se ven mis olas.

—Vuestra espuma, dijo Marat.

—Mi tempestad, exclamó Danton.

Al mismo tiempo que Danton se habia levantado Marat, y entonces estalló su cólera: la culebra se convirtió súbitamente en dragon.

—¡Ah! gritó, ¡ah! Robespierre, ¡ah! Danton, ¡no quereis oirme! Pues bien, os lo digo, estais perdidos. Vuestra política os lleva á un callejon sin salida, á la imposibilidad de ir más lejos; á hacer cosas que os cierren todas las puertas, escepto la del sepulcro.

—Esa es nuestra grandeza, dijo Danton, encojiéndose de hombros.

Marat continuó:

—Ten cuidado, Danton: Vergniaud tambien tiene la boca grande, los labios espesos y frunce el entrecejo cuando está colérico; Vergniaud es tambien pecoso de viruelas como Mirabeau y como tú;

pero eso no ha impedido las ocurrencias el 31 de Mayo. ¡Ah! te encojes de hombros; algunas veces el encojarse de hombros produce la caída de la cabeza. Danton, no tengo reparo en decírtelo: tu gruesa voz, tu corbata floja, tus botas altas, tus cenizas de confianza, tus grandes bolsillos, todo eso corresponde á Luisita.

Luisita era el nombre de amistad que Marat daba á la guillotina.

Y prosiguió:

—En cuanto á ti, Robespierre, eres un moderado, pero eso no te servirá de nada. Anda, empólvate, péinate, cepíllate, haz el faraute, ten muchas camisas, preséntate arreglado, atildado, planchado, peinado; no por eso dejarás de ir á la plaza de Gréve. Lee la declaracion de Brunswick; no dejarás por eso de ser tratado como el rejeicida Damiens; ponte ahora de veinticinco alfileres, mientras llega la época de que te pongan entre cuatro caballos.

—¡Eco de Coblenza!, dijo Robespierre entre dientes.

—Robespierre, no soy el eco de nada y soy el grito de todo. ¡Ah! vosotros sois jóvenes. ¿Qué edad tendrás Danton? Treinta y cuatro años. ¿Y tú Robespierre? ¿treinta y tres? Pues bien, yo he vivi-

do siempre; yo soy el antiguo paciente humano; yo tengo seis mil años.

—Es verdad, replicó Danton; desde hace seis mil años Cain se ha conservado encerrado en su odio, como el sapo encerrado en su piedra; la piedra se rompe, el sapo salta entre los hombres y es Marat.

—¡Danton! gritó Marat; y un resplandor lívido apareció en sus ojos.

—Y bien, qué? dijo Danton.

Así hablaban aquellos tres hombres formidables. Disputa de truenos.

III.

ESTREMECIMIENTO DE FIBRAS PROFUNDAS.

El diálogo tuvo un momento de reposo, y aquellos titanes volvieron á abstraerse cada uno en su pensamiento.

Los leones temen á las hidras; Robespierre se habia puesto muy pálido y Danton muy colorado: ámbos se habian estremecido. El relámpago que habia animado las pupilas leonadas de Marat había-

se estinguido; y la calma, una calma imperiosa, habia vuelto á reinar en el semblante de aquel hombre, temido de los temibles.

Danton se sentia vencido, pero no queria rendirse; y renovando la conversacion dijo:

—Marat habla muy alto de dictadura y de unidad, pero no tiene más poder que el de disolver.

Robespierre, separando sus labios estrechos que tenia apretados uno contra otro, añadió:

—Yo soy de la opinion de Anacarsis Cloots, y que dijo: Ni Roland, ni Marat.

—Y yo, respondió Marat, digo: Ni Danton ni Robespierre.

Miró á los dos fijamente y añadió:

—Permitidme daros un consejo, Danton: estais enamorado; pensais en volveros á casar; no os mezcléis más en política y hareis muy bien.

Y retrocediendo hácia la puerta para salir, les hizo este saludo siniestro:

—Adios para siempre, señores.

Danton y Robespierre se estremecieron.

En aquel momento se levantó una voz en el fondo de la sala, y dijo:

—No tienes razon, Marat.

Todos se volvieron. Durante la explosion de

Marat, y sin que ninguno de ellos lo advirtiese, habia entrado una persona por la puerta del fondo.

—¡Eres tú, ciudadano Cimourdain! le dijo Marat: buenas tardes.

Era en efecto Cimourdain.

—Digo que no tienes razon, Marat.

Marat se puso verde, que era su manera de ponerse pálido.

Cimourdain añadió:

—Tú eres útil, pero Robespierre y Danton son necesarios. ¿Por qué amenazarlos? ¡Union, ciudadanos! el pueblo quiere que esteis unidos.

Esta entrada hizo el efecto de un chorro de agua fria, y como la llegada de un extraño en una disputa entre casados, apaciguó, si no el fondo, á lo menos la superficie.

Cimourdain se adelantó hácia la mesa. Danton y Robespierre le conocian por haber observado muchas veces en las tribunas públicas de la Convencion á aquel hombre poderoso, á quien el pueblo saludaba. Robespierre, sin embargo, que era formalista, preguntó:

—Ciudadano, ¿cómo habeis entrado aquí?

—Es del Obispado, respondió Marat, con voz en que se echaba de ver cierta especie de sumision.

Marat desafiaba á la Convencion, dirigia el Municipio, y temia al Obispado.

Tal es la ley de siempre.

Mirabeau siente removerse á una profundidad desconocida á Robespierre; Robespierre siente removerse á Marat; Marat siente bullir bajo sus piés á Hebert; Hebert siente á Babeuf. Mientras las capas subterráneas estan tranquilas, el hombre político puede marchar; pero bajo la capa más revolucionaria hay un sub-suelo, y los más osados se detienen perplejos cuando sienten bajo sus piés el mismo movimiento que antes han producido ellos sobre sus cabezas.

Saber distinguir el movimiento que viene de la codicia, del movimiento que viene de los principios, combatir el uno y secundar el otro, constituye el genio, y forma la virtud de los grandes revolucionarios.

—Danton vió ceder á Marat y dijo:

—¡Oh! no está aquí demás el ciudadano Cimourdain.

Y tendió la mano á Cimourdain; despues añadió:

—¡Par diéz! espliquemos la situacion al ciudadano Cimourdain, que viene muy apropósito. Yo

represento la Montaña; Robespierre representa la Comision de salvacion pública; Marat representa el Municipio; Cimourdain representa el Obispado; el ciudadano Cimourdain vá á desempatarlos.

—Sea, dijo Cimourdain con aire grave y sencillo. ¿De qué se trata?

—De la Vendée respondió Robespierre.

—¡La Vendée! dijo Cimourdain.

Y añadió:

—Esa es la grande amenaza; si la Revolucion muere, morirá por la Vendée; una Vendée es más temible que diez Alemanias. Así para que la Francia viva es menester matar á la Vendée.

Estas palabras le ganaron la consideracion de Robespierre.

Robespierre, sin embargo, le hizo esta pregunta:

—¿No habeis sido clérigo?

El aire clerical no se escapaba á la penetracion de Robespierre. Conocia fuera de sí lo que tenia dentro de sí.

—Cimourdain respondió: Sí, ciudadano.

—¿Qué importa eso? exclamó Danton; cuando los clérigos son buenos, valen mas que los que no lo son. En tiempo de revolucion los clérigos se

funden en ciudadanos como las campanas en moneda y en cañones. Danjou es clérigo y Daunou también lo es; Tomás Lindet es obispo de Evreux; Robespierre vos mismo os sentais en la Convención codo con codo con un Massieu, obispo de Beauvais. El Vicario general Vaugeois era individuo de la junta de insurrección del 10 de agosto; Chabot es capuchino; el cura Gerlé hizo el juramento del Juego de Pelota; el presbítero Audran fue quien hizo declarar á la Asamblea nacional superior al rey; el padre Goutte fue quien pidió que se quitase el dosel de encima del sillón de Luis XVI, y el abate Gregoire fue quien promovió la abolición del trono...

—Apoyado, dijo Marat sonriendo, por el actor Collot-d'Herbois. Entre los dos hicieron la cosa; el cura derriób el trono y el cómico derribó al rey.

—Volvamos á la Vendée, dijo Robespierre.

—Y bien, preguntó Cimourdain ¿qué hay? ¿qué hace la Vendée?

Robespierre respondió:

—Tiene un jefe y vá á hacerse formidable.

—¿Quién es ese jefe, ciudadano Robespierre?

—Un ex-marqués de Lantenac, que se titula príncipe breton.

Cimourdain hizo un movimiento.

—Le conozco, dijo: he sido cura en su casa.

Meditó un momento y añadió:

—Era amigo de mujeres antes de ser hombre de guerra.

—Como Biron, que primero fue Lauzun dijo Danton.

Cimourdain, pensativo, añadió:

—Si es antiguo calavera debe de ser terrible.

—Espantoso, dijo Robespierre. Quema las aldeas, asesina á los heridos, mata á los prisioneros, fusila á las mujeres.

—¡A las mujeres!

—Sí: ha hecho fusilar entre otras á una madre de tres niños, de los cuales no se sabe lo que ha sido; pero por lo demás, es un capitán que conoce el arte de la guerra.

—En efecto, respondió Cimourdain. Hizo la guerra de Hanover y los soldados decían: Riche-lieu arriba, Lantenac abajo, pero Lantenac ha sido el verdadero general. Dusaulx vuestro colega podrá daros informes.

Robespierre quedó un momento pensativo, y despues prosiguió el diálogo entre él y Cimourdain.

—Pues bien, ciudadano Cimourdain, ese hombre está en la Vendée.

—¿Desde cuando?

—Desde hace tres semanas.

—Es preciso ponerlo fuera de la ley.

—Ya lo está.

—Es preciso poner su cabeza á precio.

—Ya está hecho.

—Es preciso ofrecer mucho dinero á quien lo prenda.

—Tambien se ha hecho.

—No en asignados.

—No en asignados.

—En oro.

—Está hecho eso.

—Es preciso guillotinarle.

—Eso se hará.

—¿Por quién?

—Por vos.

—¿Por mí?

—Sí, vos sereis delegado de la Comision de salvacion pública con plenos poderes.

—Acepto, dijo Cimourdain.

Robespierre era rápido en su eleccion, cualidad de hombre de Estado. Tomó del legajo de

papeles que tenia delante un pliego en blanco en el cual se leia el membrete: REPÚBLICA FRANCESA UNA É INDIVISIBLE, COMISION DE SALVACION PÚBLICA.

Cimourdain continuó:

—Sí, acepto. Terrible contra terrible; Lantenac es feroz; yo lo seré tambien. Guerra á muerte á ese hombre; yo libraré de él á la República, si Dios quiere.

Aquí se detuvo y luego prosiguió:

—Soy clérigo, es igual, creo en Dios.

—Dios ha envejecido, dijo Danton.

—Yo creo en Dios, dijo Cimourdain impasible.

Robespierre, siniestro, aprobó con un signo de cabeza. Cimourdain continuó:

—¿Cerca de quien seré yo delegado?

Robespierre respondió:

—Cerca del comandante de la columna espedicionaria enviada contra Lantenac. Pero os prevengo que ese comandante es un noble.

Danton exclamó:

—Otra cosa de que yo me burlo. ¡Un noble! ¿y qué importa? Lo mismo que he dicho del clérigo, digo del noble: cuando es bueno, es excelente. La nobleza es una preocupacion; pero es preciso no

tener preocupacion ni en un sentido ni en otro, ni en favor ni en contra. Robespierre ¿por ventura Saint-Just no es noble? Se llama Florelle de Saint-Just. Anacarsis Cloots es baron; nuestro amigo Charles Hesse, que no perdona una sesion de los Franciscanos, es príncipe y hermano del langrave reinante de Hesse-Rothenburgo. Montaut, el íntimo de Marat, es marqués de Montaut; hay en el tribunal revolucionario uno que es cura y se llama Vilate, y otro que es noble, el jurado Leroy, marqués de Monflabert; y ambos son seguros.

—Olvidais, dijo Robespierre, el presidente del jurado revolucionario.

—¿Antonelle?

—Que es el marqués Antonelle, dijo Robespierre.

Danton repuso:

—Dampierre que acaba de hacerse matar delante de Condé por la República, era un noble; y un noble tambien era Beaurepaire que se ha saltado la tapa de los sesos por no abrir las puertas de Verdun á los prusianos.

—Lo que no impide, balbuceó Marat, que el dia en que Condorcet dijo: *Los Gracos eran nobles*, Danton gritáse á Condorcet: *Todos los nobles son*

traidores, empezando por Mirabeau y acabando por ti.

La voz grave de Cimourdain se elevó entonces diciendo :

—Ciudadano Danton, ciudadano Robespierre, teneis razon quizá al confiar; pero el público desconfia, y tambien la tiene en su desconfianza. Cuando es un clérigo el que está encargado de vigilar á un noble, es doble la responsabilidad y debe el clérigo ser inflexible.

—Cierto, dijo Robespierre.

Cimourdain añadió :

—E inexorable.

—Robespierre repuso : Bien dicho, ciudadano Cimourdain. Teneis que habéros las con un jóven, sobre el cual ejercereis ascendiente, pues que le doblais la edad. Será preciso dirigirle, pero al mismo tiempo tenerle consideraciones, porque segun parece posee talentos militares, como testifican los informes, que en este punto son unánimes. Forma parte de un cuerpo destacado del ejército del Rhin para ir á Vendée. Ha llegado de la frontera, donde ha mostrado admirable inteligencia y gran valor.

Conduce superiormente la columna espedicio-

naria, y desde hace quince dias tiene en jaque á ese viejo marqués de Lantenac, reprimiéndole y rechazándole delante de sí. Yo creo que acabará por hacerle retroceder hasta el mar y arrojarle en él. Lantenac posee la astucia de un viejo general, y él la audacia de un jóven capitán. Ese jóven tiene ya enemigos y envidiosos; uno de estos es el ayudante general Léchelle.

—Ese Léchelle, interrumpió Danton, quiere ser general en jefe, y no tiene á su favor mas que un retruecano que dice: *Se necesita á Léchelle (1) para subir sobre Charette*. Entre tanto Charette le derrota.

—Y no quiere, prosiguió Robespierre, que otro mas que él derrote á Lantenac. La desdicha de la guerra de la Vendée consiste en esas rivalidades. Nuestros soldados son héroes mal mandados. Cherin, simple capitán de húsares, entra en Saumur con un trompeta tocando el *Ça ira*, y toma á Saumur y aun podría continuar y tomar á Cholet; pero como no tiene orden para ello, se detiene. Es preciso remover á todos los comandantes de la Vendée. Se desparraman los destaca-

(1) Léchelle significa la escalera, y Charette carreta.

(N. del T.

mentos; se dispersan las fuerzas, y un ejército disperso, es un ejército paralizado; es un terron que se convierte en polvo. En el campamento de Paramé ya no hay mas que tiendas. Tenemos entre Treguier y Dinan cien puestos militares, pequeños é inútiles, con los cuales podria formarse una division que cubriese todo el litoral. Léchelle, apoyado por Pallein, desguarnece la costa del Norte, so pretesto de proteger la costa del Sur, y abre así las puertas de Francia á los ingleses. El plan de Lantenac, por consiguiente, es la sublevacion de medio millon de paisanos y un desembarco de ingleses en Francia. El jóven comandante de la columna espedicionaria tiene siempre en jaque á ese Lantenac; le estrecha y le derrota sin permiso de Léchelle; ahora bien, Léchelle es su jefe y le denuncia. Los informes son contradictorios acerca de ese jóven. Léchelle quiere que se le fusile; Prieur del Marne propone que se le haga ayudante general.

—Paréceme que ese jóven, dijo Cimourdain tiene grandes cualidades.

—Pero tiene un defecto.

La interrupcion era de Marat.

—¿Cuál? preguntó Cimourdain.

—La clemencia, dijo Marat, y prosiguió :

—Es firme en el combate y blando despues; concede indultos , perdona , es misericordioso, protege á las beatas y á las monjas, salva las mujeres y las hijas de los aristócratas, da libertad á los prisioneros y á los curas.

—Grave falta, murmuró Cimourdain.

—Crímen , dijo Marat.

—Algunas veces , dijo Danton.

—Muchas, dijo Robespierre.

—Casi siempre , respondió Marat.

—Cuando se trata de los enemigos de la patria, siempre , dijo Cimourdain.

Marat se volvió hácia Cimourdain.

—¿Y qué harías tú con un jefe republicano que pusiera en libertad á un jefe realista?

—Sería del parecer de Lechelle : le haria fusilar.

—O guillotinar , dijo Marat.

—A eleccion , dijo Cimourdain.

—Danton se echó á reir diciendo : lo mismo me da lo uno que lo otro.

—Podeis estar seguro de que tendreis lo uno ó lo otro , murmuró Marat, y su mirada pasó de Danton á Cimourdain.

—Así, ciudadano Cimourdain, si un jefe republicano tropezase, ¿le harías cortar la cabeza?

—En el término de veinticuatro horas.

—Pues bien, repuso Marat, soy del parecer de Robespierre, debemos enviar al ciudadano Cimourdain como comisario delegado de la Junta de salvacion pública cerca del comandante de la columna espedicionaria del ejército de las Costas. ¿Cómo se llama ese comandante?

Robespierre respondió:

—Es un ex-noble.

Y se puso á hojear los papeles.

—Pongamos á ese ex-noble bajo la vigilancia de un cura, dijo Danton. Desconfio de un clérigo que está solo, y de un noble que está solo; pero cuando están juntos, no les temo, porque el uno vigila al otro y ambos marchan.

Al oir estas palabras, se aumentó el fruncimiento natural de cejas de Cimourdain, señal de su indignacion; pero encontrando sin duda la observacion justa en el fondo, no se volvió hácia Danton y levantó su voz suavemente diciendo:

—Si el comandante republicano que me va á ser confiado da un mal paso, se le impondrá la pena de muerte.

Robespierre que concluyó de examinar los papeles, dijo:

—Aquí está el nombre, ciudadano Cimourdain; el comandante sobre el cual tendreis plenos poderes es un ex-vizconde y se llama Gauvain.

Cimourdain se puso pálido.

—¡Gauvain! exclamó.

Marat vió la palidez de Cimourdain.

—¡El vizconde Gauvain! repitió Cimourdain.

—Sí, dijo Robespierre.

—¡Y bien! dijo Marat con la vista fija en Cimourdain.

Hubo un momento de silencio. Marat repuso:

—Ciudadano Cimourdain, con las condiciones indicadas por vos mismo, ¿aceptais la mision de comisario delegado cerca del comandante Gauvain?

—La acepto, respondió Cimourdain, mientras su palidez iba aumentándose cada vez mas.

Robespierre tomó la pluma que tenia inmediata y escribió de su letra tarda y correcta cuatro líneas en la hoja de papel que tenia por membrete *Comision de salvacion pública*, firmó y pasó la hoja y la pluma á Danton; este firmó tambien, y Marat, que no quitaba la vista de la cara lívida de Cimourdain, firmó el último.

Robespierre, recogiendo el papel puso la fecha y le dió á Cimourdain, que leyó lo siguiente:

AÑO PRIMERO DE LA REPÚBLICA.

«Se conceden plenos poderes al ciudadano Cimourdain, comisario delegado de la Comision de salvacion pública cerca del ciudadano Gauvain, comandante espedicionario del ejército de las costas.»

«ROBESPIERRE. — DANTON. — MARAT.»

Y debajo de las firmas:

28 de junio de 1793.

El calendario revolucionario, llamado calendario civil, no existia aun legalmente en aquella época, pues que la Convencion no le aceptó aprobando la proposicion de Romme, hasta el 5 de octubre de 1793.

Mientras que Cimourdain leia, Marat le miraba.

Marat dijo á media voz como hablándose á sí mismo:

—Será preciso que todo eso conste por un decreto de la Convencion ó por una órden de la Comision de salvacion pública. Queda, pues, todavía algo que hacer.

—Ciudadano Cimourdain, preguntó Robespierre, ¿dónde vivís?

—Plaza del Comercio.

— ¡Calla! yo tambien, dijo Danton; sois mi vecino.

Robespierre añadió:

— No hay un momento que perder: mañana recibireis vuestro nombramiento en regla, firmado por todos los individuos de la Comision de salvacion pública; esta es una confirmacion de la delegacion que os acreditará especialmente para con los representantes en mision, Philipeaux, Prieur del Marne, Lecointre, Alquier y demás. Nosotros sabemos quién sois; vuestros poderes son ilimitados; teneis facultades para hacer general á Gauvain ó para enviarle al cadalso. Mañana á las tres recibiréis el nombramiento. ¿Cuándo saldreis de París?

— A las cuatro, dijo Cimourdain.

Y se separaron.

Al entrar en su casa, Marat previno á Simona Evrard que al dia siguiente iría á la Convencion.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

TABLA

DEL TOMO PRIMERO.

PRIMERA PARTE.

EN EL MAR.

LIBRO PRIMERO.

EL BOSQUE DE LA SAUDRAIE.

El bosque de la Saudraie. 9

LIBRO SEGUNDO.

LA CORBETA CLAIMORE.

I. Mezcla de Inglaterra y Francia. 35
II. Noche del buque y del pasajero. 43

III.	Mezcla de nobles y plebeyos.	49
IV.	Tormentum belli.	63
V.	Vis et vir.	69
VI.	Los dos platillos de la balanza.	79
VII.	El que se da á la vela juega á la lotería.	85
VIII.	9.=380.	93
IX.	Alguno se escapa.	103
X.	¿Se escapará?	107

LIBRO TERCERO.

HALMALO.

I.	La palabra es el verbo.	115
II.	Memoria de campesino, equivale á ciencia de capitán.	125

LIBRO CUARTO.

TELLMARCH

I.	La cumbre de la duna.	147
II.	Aures habet, et non audiet.	153
III.	Utilidad de las letras grandes.	159
IV.	El Caimand.	165
V.	Firmado Gauvain.	177
VI.	Las peripecias de la guerra civil.	185
VII.	Nada de perdon (consigna del municipio).— Guerra sin cuartel (consigna de los príncipes).	195

SEGUNDA PARTE.

EN PARIS.

—

LIBRO PRIMERO.

CIMOURDAIN.

- | | | |
|------|--|-----|
| I. | Las calles de Paris en aquel tiempo. | 209 |
| II. | Cimourdain. | 223 |
| III. | Un talon no mojado en la estigia. | 237 |

LIBRO SEGUNDO.

LA TABERNA DE LA CALLE DEL PAVO-REAL.

- | | | |
|------|---|-----|
| I. | Minos, Eanto y Radamanto. | 245 |
| II. | Magna testantur voce per umbras. | 251 |
| III. | Estremecimiento de fibras profundas | 279 |

UNIVERSIDAD DE CADIZ



3721482079

